



Facultad de Filosofía y Letras

Máster en Patrimonio Histórico y Territorial

**El centro histórico de Santander. Desarrollo urbano de un conjunto patrimonial desaparecido**

*The historical centre of Santander. Urban development of a heritage disappeared*

**Miguel Echevarría Bonet**

Dir.: M. A. Aramburu-Zabala Higuera

Curso 2014-2015



RESUMEN.- Se elaborará una síntesis historiográfica de todos los trabajos producidos hasta la fecha concernientes a la historia del urbanismo y la arquitectura del núcleo de población primigenio de la actual ciudad de Santander, desaparecido en su mayor parte en el incendio de febrero de 1941. A partir de estos trabajos y del diverso patrimonio documental (imágenes, planos, etc.) se obtendrá una visión global del desarrollo de este área, que configuró un conjunto patrimonial de gran relevancia de la capital cántabra, hoy parcialmente perdido. La presentación del trabajo estará compuesta por un discurso cronológico de amplio rango temporal (Antigüedad-mediados siglo XX) en el que se realizarán descripciones tanto del espacio urbano y sus transformaciones como de las estructuras arquitectónicas desaparecidas de mayor interés, insertándolo en el marco de las transformaciones urbanas de la cornisa cantábrica. Esto se verá acompañado de nuevas planimetrías creadas expresamente para este trabajo en base al material histórico disponible. Finalmente, se plantearán futuras líneas de investigación centradas en el patrimonio del centro histórico de Santander.

*ABSTRACT.- A historiographical synthesis from all the works produced concerning the history of urban planning and architecture of the original nucleus of the city of Santander, disappeared for the most part in the fire of February 1941, will be developed. Based on those works and diverse documentary heritage (photographs, drawings, etc.), an overview of this area, which set up a heritage of great relevance of the Cantabrian capital, today partially lost, will be produced. The presentation of the work will consist of a chronological dissertation of wide time range (Antiquity-20<sup>th</sup> century) in which there will be descriptions of urban space and its transformations as well as missing architectural structures of interest, by inserting it into the framework of the urban transformations of the Cantabrian coast. This will be accompanied by new maps created expressly for this work on the basis of the available historical material. Finally, future research lines focused on the historical heritage of Santander will be raised.*

PALABRAS CLAVE: Arquitectura, Urbanismo, Patrimonio, Santander

*KEY WORDS: Architecture, Urbanism, Heritage, Santander*



# -ÍNDICE-

1.	INTRODUCCIÓN .....	5
1.1.	LÍMITES DEL ESTUDIO .....	5
2.	ESTADO DE LA CUESTIÓN .....	7
3.	DESARROLLO URBANO DEL CENTRO HISTÓRICO DE SANTANDER .....	15
3.1.	ORÍGENES .....	15
3.1.1.	Marco físico .....	15
3.1.2.	Poblamiento romano .....	17
3.1.3.	Alta Edad Media .....	20
3.2.	LA VILLA MEDIEVAL (1187-1500) .....	21
3.2.1.	Espacios religiosos .....	22
3.2.1.1.	<i>Complejo de la colegial</i> .....	22
3.2.1.2.	<i>Conventos de San Francisco y Santa Clara</i> .....	25
3.2.1.3.	<i>Ermitas</i> .....	26
3.2.2.	Espacios defensivos .....	28
3.2.2.1.	<i>Muralla</i> .....	28
3.2.2.2.	<i>Castillo del Rey</i> .....	30
3.2.3.	La ría: puerto, puente y Atarazanas .....	31
3.3.	DE VILLA A CIUDAD (1500-1755) .....	33
3.3.1.	La renovación del entramado portuario y defensivo .....	34
3.3.2.	La plaza de la Llana .....	36
3.3.2.1.	<i>Ayuntamiento</i> .....	37
3.3.2.2.	<i>Palacio de Rivaherrera</i> .....	39
3.3.2.3.	<i>Colegio e iglesia de los jesuitas</i> .....	40
3.3.3.	La villa conventual .....	43
3.3.3.1.	<i>Reformas en los conventos de San Francisco y Santa Clara</i> .....	43
3.3.3.2.	<i>Reformas en la colegial</i> .....	45
3.4.	LA CIUDAD BURGUESA (1755-1936) .....	47
3.4.1.	Génesis de la ciudad burguesa (1755-1850) .....	48
3.4.1.1.	<i>Primeras medidas de policía urbana</i> .....	48
3.4.1.2.	<i>La expansión interior: cegamiento de la ría</i> .....	50
3.4.1.3.	<i>La expansión exterior: ensanches y derribo de murallas</i> .....	52
3.4.1.4.	<i>El primer plan de mercados, la desamortización y otras obras</i> .....	55

<b>3.4.2.</b>	<b>Desarrollo de la ciudad burguesa (1850-1893)</b> .....	59
3.4.2.1.	<i>Planes de reforma interior</i> .....	59
3.4.2.2.	<i>Auge de la ciudad burguesa: cegamiento de dársenas y el ensanche de Maliaño</i> .....	63
3.4.2.3.	<i>La llegada del ferrocarril</i> .....	66
<b>3.4.3.</b>	<b>Consolidación de la ciudad burguesa (1893-1936)</b> .....	69
3.4.3.1.	<i>La explosión del Machichaco y la reorientación de la ciudad</i> .....	69
3.4.3.2.	<i>Nuevos edificios civiles</i> .....	72
3.4.3.3.	<i>Nuevos edificios religiosos</i> .....	83
<b>3.5.</b>	<b>LAS ÚLTIMAS TRANSFORMACIONES (1936-1941)</b> .....	87
<b>3.6.</b>	<b>INCENDIO Y RECONSTRUCCIÓN</b> .....	91
<b>3.6.1.</b>	<b>El incendio</b> .....	91
<b>3.6.2.</b>	<b>La “reconstrucción”</b> .....	93
<b>3.6.3.</b>	<b>Actuaciones posteriores</b> .....	95
<b>3.7.</b>	<b>CONCLUSIONES: PÉRDIDAS Y PERMANENCIAS PATRIMONIALES</b> .....	97
<b>3.7.1.</b>	<b>Patrimonio construido</b> .....	97
<b>3.7.2.</b>	<b>Patrimonio arqueológico y documental</b> .....	103
<b>3.7.3.</b>	<b>Urbanismo y paisajismo</b> .....	104
<b>3.7.4.</b>	<b>Toponimia</b> .....	106
<b>4.</b>	<b>ELABORACIÓN DE UNA PLANIMETRÍA HISTÓRICA PARA EL CENTRO DE SANTANDER</b> .....	107
<b>5.</b>	<b>ÍNDICE DE ILUSTRACIONES</b> .....	114
<b>6.</b>	<b>BIBLIOGRAFÍA</b> .....	116

# **1. INTRODUCCIÓN**

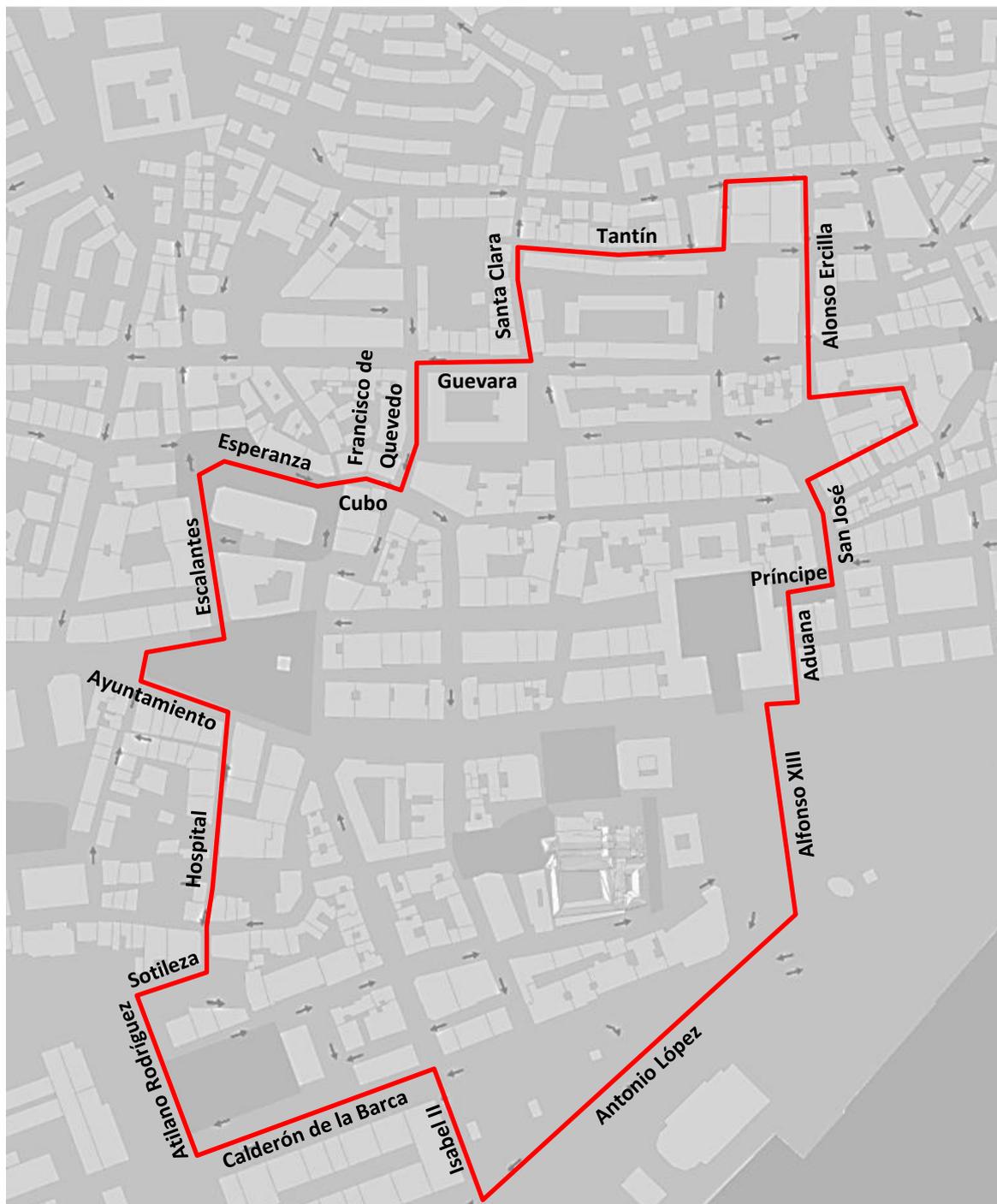
En febrero de 1941 desapareció casi por completo la parte más antigua de la ciudad de Santander, núcleo original de la población. Con ello se perdió un conjunto patrimonial de gran valor, más por cuanto representaba para la historia, la configuración urbana y la identidad de la ciudad que por sus bondades artísticas. En verdad el número de construcciones reseñables que fueron pasto de las llamas fue pequeño, pero la prácticamente absoluta desaparición del trazado de las rúas medievales, la arquitectura tradicional y hasta la topografía del entorno –que conllevó la eliminación de gran parte de los cimientos y vestigios arqueológicos– dejó a la ciudad huérfana de su historia y de sus orígenes.

El presente trabajo tiene como objetivo la creación de una base teórica sobre la que fundamentar posteriores estudios de esta área o de alguno de sus elementos. Así, se estructura el estudio en cuatro grandes apartados que sirvan como recopilatorio de materiales precedentes y punto de partida de futuras investigaciones: un estado de la cuestión en el que se repasará el material existente y sus principales lagunas; un discurso condensado sobre el desarrollo urbano del centro histórico de Santander a partir de la puesta en conjunto de esos trabajos previos –del que resultarán una serie de conclusiones acerca de las pérdidas y permanencias patrimoniales en el área–; una serie de planos que ilustren ese desarrollo en base a planimetría, imágenes y descripciones contemporáneas; y una bibliografía exhaustiva sobre cualquier aspecto relacionado con la arquitectura y el urbanismo del viejo casco santanderino.

## **1.1. LÍMITES DEL ESTUDIO**

El área a estudiar queda definida por la superposición de los límites de la villa medieval –murallas y convento de San Francisco– y la zona destruida en el incendio. Esta superposición nos permite estudiar la totalidad del área desaparecida sin obviar los espacios más inmediatos que participaron del desarrollo urbano del núcleo histórico de la ciudad, sin los cuales sería imposible construir un discurso coherente sobre su pasado. También se incluyen otros espacios anexos –estaciones de tren, iglesia de los jesuitas, Caja de Ahorros y Escuela de Industrias– que, al lindar con nuestro ámbito de estudio, constituyen igualmente elementos inexcusables para la comprensión de éste.

Así, resulta una superficie de 22 hectáreas cuyo perímetro marcan las actuales calles de Atilano Rodríguez, Calderón de la Barca, Isabel II, Antonio López, Alfonso XIII, Aduana, plaza del Príncipe, San José –incluida la iglesia de los jesuitas–, Alonso Ercilla, Tantín –incluida la antigua sede de Caja Cantabria–, Santa Clara, Guevara, Francisco de Quevedo, Cubo, plaza de la Esperanza, Escalantes, plaza del Ayuntamiento, cuesta del Hospital, y rampa Sotileza.



1. Área de estudio (Elaboración propia a partir de Google Maps).

## 2. ESTADO DE LA CUESTIÓN

El estudio del centro histórico de Santander comienza, de manera parcial y altamente sesgada, con las crónicas y los catálogos de monumentos de la segunda mitad del siglo XIX y principios del siglo XX. Al *Diccionario geográfico-estadístico-histórico* (1845-1850) de Pascual Madoz se unieron pronto otras obras de carácter más netamente histórico que, aunque realizaban ya descripciones parciales sobre el desarrollo urbano de la ciudad, resultaban aún muy vagas al respecto. Hablamos de la *Crónica de la Provincia de Santander* (1867) de Manuel de Assas, *España: sus monumentos y artes, su naturaleza e historia* (1891) de Amador de los Ríos y la *Crónica de la provincia de Santander* (1919-1922) de Mateo Escagedo Salmón. También debemos incluir el inédito *Catálogo monumental y artístico de la provincia de Santander* (1918) de Cristóbal de Castro, una obra de gran interés, tanto por sus detalladas descripciones como por su segundo tomo con material gráfico excepcional.

A partir de los años 20 se produjo un creciente interés por la historia de la ciudad entre los eruditos locales, dando paso a una generación de investigadores que, desde una óptica historiográfica plenamente moderna, empezaron a elaborar los primeros retales de la historia urbana de Santander. Suelen ser trabajos aún muy genéricos, con estudios más detallados acerca de los elementos patrimoniales más característicos de la ciudad, como el castillo desaparecido unas décadas atrás. Se trata de una época de gran interés para nosotros, en tanto que estos autores escriben todavía desde el casco histórico no desaparecido y recordando la ciudad decimonónica que habían difuminado las grandes operaciones urbanas del cambio de siglo.

Los principales trabajos de este periodo son los de Julián Fresnedo de la Calzada, cuya *Historia Urbana de Santander* quedó inédita y sólo algunos fragmentos fueron viendo la luz con el tiempo en distintas publicaciones: *Del Santander antiguo. Los edificios públicos de la villa de San Emeterio* (1923), “Santander en el siglo XVI” (en *Arte Español*, 1923) y “Santander en el siglo XVIII” (en *La Revista de Santander*, 1930). En 1956 Alejandro Camiroaga de la Vega publicó varios de estos fragmentos en su *Antología de escritores y artistas montañeses XLV*. Junto a Fresnedo, debemos destacar los trabajos de Francisco Camino y Aguirre sobre el castillo en *La Revista de Santander*: “Castillos y fortalezas en la villa de Santander”, “Castillos y fortalezas de Santander. El

siglo XVI” y “Castillos y fortalezas de Santander. El Castillo y los Escovedos”, todos ellos de 1930.

También a esta época corresponden los dos volúmenes de Elías Ortiz de la Torre, *La Montaña artística. Arquitectura religiosa* (1926) y *La Montaña Artística. Arquitectura civil* (1927) sobre patrimonio de la provincia y la serie de cinco artículos publicados en *La Revista de Santander* por Ramón de Solano entre 1930 y 1932 bajo el título “El ayer santanderino”, así como *La escultura funeraria de la Montaña* (1934) y las interesantísimas “Consideraciones históricas sobre urbanismo y desarrollo urbanístico de Santander hasta el año 1934” de Javier González de Riancho, redactado también en 1934 pero que tuvo que esperar hasta 1960 para que fuera publicado en la revista *Altamira*. Obras más tardías que se inscriben en esta misma dinámica son *La Villa y Ciudad de Santander en el siglo XVIII* (1950) de Luis Martínez Guitián y “Cuando Santander era una Villa” (en *Altamira*, 1955) de Tomás Maza Solano.

En los años 50 se retorna a las obras de tipo crónica, aunque ahora de manera más acabada que en las viejas obras decimonónicas. Aunque no podemos considerarlas como estudios históricos en toda su magnitud –carecen de una investigación rigurosa y las relaciones de causalidad que se plantean suelen ser sesgadas–, proporcionan una enorme cantidad de datos de todo tipo, lo que unido al hecho de estar escritas por gentes que todavía conocieron el viejo centro histórico, las convierten en fuentes de primer orden. Podríamos tomar como obra temprana de este género *Santander en llamas: así ocurrió la catástrofe* (1941), relato del incendio por Santiago Toca. En cualquier caso, el indiscutible autor por excelencia de este tipo de obras es José Simón Cabarga, quien durante tres décadas diseccionó archivos y periódicos tratando de reconstruir la historia local en sus últimas centurias. Sus principales trabajos son *Biografía de una ciudad* (1954), *Santander. Sidón Ibera* (1956), *Retablo Santanderino* (1964), *Santander en la historia de sus calles* (1980) y *Evocación de la Vieja Puebla* (1982), de tintes más literarios. Todos ellos han sido reeditados posteriormente en varias ocasiones. También hemos de destacar los trabajos de Fermín Sánchez González *La vida en Santander: hechos y figuras (50 años-1900-1949)* (1949-1950), poco centrado en arquitectura y urbanismo, y de Rafael Gutiérrez-Colomer *Santander: 1875-1930*, excepcional recopilación de noticias de la prensa local a lo largo de más de medio siglo; publicado parcialmente en 1973 –sólo abarcaba hasta 1899– y completado de manera póstuma con una nueva edición en 2010.

Junto a estas obras se enfatizó y depuró el estudio de elementos patrimoniales concretos, ya desde una historiografía plenamente actual. El abanico de obras a estudiar se amplió considerablemente, configurando una visión cada vez más rica del núcleo originario de la ciudad. Destacan *Las Reales Atarazanas de Santander* (1950) de Simón Cabarga, “La capilla de Escalante en la Catedral” (en *Altamira*, 1951) de Jerónimo Hoz Teja, “El castillo de San Felipe” (en *Altamira*, 1954) de Ángel Jado Canales, *La cripta de la Catedral de Santander* (1958) de Ángel Hernández Morales, *Historia del Ateneo de Santander* (1963) de Simón Cabarga, “El teatro en Santander: antecedentes e historia del Teatro Principal” (publicado en 2010 en *Altamira*) también de Simón Cabarga, “El antiguo Castillo de la Villa o de San Felipe en Santander” (en *Altamira*, 1964) de Valentín Calderón de la Vara, *El Instituto de Santander: estudios y documentos* (1971) de Benito Madariaga de la Campa, “De la arquitectura santanderina: el palacio de Riva-Herrera, desaparecido” (en *Altamira*, 1974) de Alfonso de la Lastra Villa, “La reforma y el mantenimiento económico del monasterio de Santa Clara en la Villa de Santander en el siglo XV” (en *Altamira*, 1974) de Rogelio Pérez-Bustamante y “Primeros tranvías que circularon por las calles de la ciudad de Santander” (en *Altamira*, 1978) de Rafael Gutiérrez-Colomer. No debemos obviar el factor que debió suponer la desaparición del centro en 1941 para el estímulo de estos estudios.

A partir de los años 80 y en especial los 90, se produce una auténtica explosión de trabajos relacionados con el centro histórico, iniciada por José Luis Casado Soto con su artículo “Santander: el caso de una villa de desarrollo urbano bajo medieval paralizado en el siglo XVI” (en *La España medieval*, 1985) y otros trabajos complementarios “Reconstrucción de las Reales Atarazanas de Galeras de Santander” (en el *Anuario del Instituto de Estudios Marítimos “Juan de la Cosa”*, 1983-1986), “Algunas precisiones sobre la reconstrucción de las Reales Atarazanas de Galeras de Santander” (ídem, 1987-1988) y *Santander, una villa marinera en el siglo XVI* (1990). A estos estudios se sucedió en los 20 años posteriores un reguero de trabajos de temática muy heterogénea que trataron –en la mayoría de los casos de manera tangencial– el antiguo casco santanderino. Destacamos: “Juan de Naveda y la arquitectura del manierismo clasicista en la villa de Santander (1600-1630)” (en *Altamira*, 1985) de José Miguel Muñoz Jiménez, *Arquitectura regionalista y de lo pintoresco en Santander (1900-1950)* (1987) de Ramón Rodríguez Llera, *El Fuero de Santander y su época: actas del Congreso conmemorativo de su VIII centenario* (1989), “La desamortización del convento de San Francisco de

Santander” (en *Altamira*, 1989) de Manuel Vaquerizo Gil, *Antonio de Zabaleta (1803-1864): la renovación romántica de la arquitectura española* (1992) de Luis Sazatornil Ruiz, “Urbanismo y clasicismo en Santander: la Plaza Vieja hacia 1600” (en *Juan de Herrera y su influencia: actas del Simposio: Camargo, 14-17 Julio 1992*) de Begoña Alonso Ruiz, *La catástrofe del Machichaco* (1993) editado por Casado Soto, *Santander: un puerto del Renacimiento* (1994) de Miguel Ángel Aramburu-Zabala y Alonso Ruiz, *San Francisco, de convento a parroquia* (1994) de José María Alonso del Val, Aramburu-Zabala y Sazatornil Ruiz, *El Puerto de Santander en la Cantabria romana* (1995) de Casado Soto y Joaquín González Echegaray, “Creación y transformaciones de un espacio urbano: Santander, 1750-1990” (en *Estudios sobre la sociedad tradicional cántabra: continuidades, cambios y procesos adaptativos*, 1995) de Ángela de Meer Lecha-Marzo y Elena Martín Latorre, *Arquitectura y desarrollo urbano de Cantabria en el siglo XIX* (1996) de Sazatornil Ruiz, *La Catedral de Santander, patrimonio monumental* (1997), editado por Casado Soto), “Notas históricas sobre el colegio de la compañía de Jesús de Santander” (en *Altamira*, 1997) de Luis Fernández Martín, *Santander fin de siglo* (1998), editado por Xavier Agenjo Bullón y Manuel Suárez Cortina, *Catálogo Cultural de Cantabria* (2000), editado por Julio Juan Polo Sánchez, *En el corazón de Santander: fundación e historia de la iglesia de la Compañía* (2000), de María del Carmen González Echegaray, *Santander hace un siglo* (2000), editado por Suárez Cortina, *Santander. Una ciudad medieval* (2001) de Lorena Fernández González, *Casonas, casas, torres y palacios en Cantabria* (2001) de Aramburu-Zabala, “El Monumento a Pedro Velarde en Santander, 1880” (en *Trasdós*, 2001) de Ana Belén Lasheras Peña, *Santander en la Edad Media: patrimonio, parentesco y poder* (2002) de Jesús Ángel Solórzano Telechea, *La arqueología de la Bahía de Santander* (2003), editado por Carmelo Fernández Ibáñez y Jesús Ruiz Cobo, *Un mercado con cien años de historia, la Plaza de la Esperanza* (2004), de María del Carmen González Echegaray, *Arquitectura religiosa en Cantabria, 1685-1754: las Montañas Bajas del arzobispado de Burgos* (2004) de Isabel Cofiño Fernández, *Por mejor servir al rey: el entramado defensivo de Santander (siglos XVI a XIX)* (2005) de Rafael Palacio Ramos, y *Santander: historia de una ciudad* (2005), editado por José Luis Pérez Sánchez.

En los últimos diez años, sin embargo, ha descendido significativamente la producción de estudios sobre esta temática, casi desapareciendo los trabajos focalizados exclusivamente en el viejo centro histórico. Prácticamente todas las obras actuales son

trabajos muy genéricos, habiendo casi desaparecido los estudios sobre elementos concretos o sobre dinámicas propias del área en cuestión. En cualquier caso, destacamos: “La élite santanderina en la Edad Moderna: la vivienda como símbolo del prestigio social” (en *Trasdós*, 2005) de María Eugenia Escudero Sánchez, “Linajes, casas y capillas: la promoción arquitectónica en Santander durante la Edad Moderna” (en *Liño*, 2007) de Alonso Ruiz, *Cien años con nosotros 1907-2007: el nuevo Ayuntamiento de Santander; notas históricas para un centenario* (2007) de Esteban Sainz y Antonio Santoveña, *Arquitectura de los indios en Cantabria (siglos XVI-XX)* (2007) de Aramburu-Zabala y Consuelo Soldevilla Oria, “Historia y avatares del monumento erigido a Pedro Velarde en Santander” (2008) de Palacio Ramos, *Las Cuatro Villas de la Costa de la Mar: arquitectura y urbanismo en la Edad Moderna* (2010) de Escudero Sánchez, *La implantación urbana medieval en la costa de Cantabria: ¿creación original o herencia del pasado?* (2010) de Javier Añíbarro Rodríguez, *Santander: puerto, historia, territorio* (2011) editado por Fidel Gómez Ochoa, *Santander bajo las bombas: bombardeos y refugios antiaéreos en el Santander republicano (julio 1936-agosto 1937)* (2011) de José Manuel Puente Fernández, *Un desastre a la española: la explosión del vapor Cabo Machichaco* (2011) de Luis Jar Torre, *Patrimonio destruido en Cantabria* (2012) de Aramburu-Zabala, Celestina Losada Varea y Rebeca Saavedra Arias, y *El Ateneo de Santander: una historia centenaria (1914-2014)* (2014) de Mario Crespo López.

Sobre material gráfico, existen precedentes en el catálogo inédito de De Castro (1918), en los trabajos de Fresnedo de la Calzada (años 20) y en las crónicas de los 50, además de las fantásticas imágenes publicadas en *Lo Admirable de Santander* (1935), pero no es hasta 1977 cuando Casado Soto publica una monografía, a modo de álbum, sobre antiguas imágenes de la ciudad desaparecida, *Santander: historia gráfica, I: siglo XIX*, con fotografías de Pablo Duomarco. Con el despegue de los estudios de este tema en los años 90 se va a realizar una producción paralela de compilaciones de material gráfico: *Cien años de Cantabria a través de sus fotografías* (1987), *El espejo constante: memoria fotográfica de Santander y su puerto: 1861-1950* (1994), *Vistas y visiones: imagen artística de Santander y su puerto: 1575-1950* (1995), *Santander en la tarjeta postal ilustrada (1897-1941)* (1997), *Calles del Viejo Santander. Estampas peredianas a orillas del año 2000* (1999), *El incendio de Santander: febrero 1941* (1941), *Santander. Valdecilla-Sardinero: un viaje por las imágenes de un siglo* (2004), *Aquellos días: Cantabria: Cantabria a través de Antonio Mediavilla y otros fotógrafos de su tiempo*

(1890-1936) (2004), *El ferrocarril en Cantabria: una visión* (2004), Santander. *Las imágenes y su historia: lo que cuentan las postales* (2006), Wunsch, *pasión por la fotografía* (2006), Santander *vista por los ilustradores del siglo XIX* (2010) y *100 X 100 puerto: cien imágenes de un siglo de actividad portuaria: 1900-2000* (2010), además de la reedición de 2001 de *Biografía de una ciudad* y la compleción de 2010 de *Santander: 1875-1930*, ambos con abundante material gráfico.

Otros géneros alternativos que apoyan el estudio con información contemporánea al centro histórico son las obras literarias y las crónicas de viajes, especialmente *La Biblia en España: los viajes, aventuras y prisiones de un inglés en su intento de difundir las Escrituras por la Península Ibérica* (1843) de George Borrow, *Costas y Montañas* (1871) de Amós de Escalante, *Sotileza* (1884) y *Pachín González* (1896) de José María de Pereda, *Cantabria vista por viajeros de los siglos XVI y XVII* (1980) de Casado Soto, *Santander, guía geoliteraria* (1997) de Carmen Gil de Arriba, “Cantabria y Castilla vistas por un noble inglés en el siglo XVII” (en *Altamira*, 1998) de Casado Soto y *Cinco viajes por Santander y Cantabria* (2000) de Dámaso López García.

Finalmente, mencionar dos obras de gran importancia para la comprensión del desarrollo urbano de Santander, a pesar de focalizar en temáticas económicas más que urbanísticas y arquitectónicas propiamente dichas: *Santander de villa a Ciudad: un siglo de esplendor y crisis* (1983) de Tomás Martínez Vara y *La burguesía mercantil santanderina 1700-1850: cambio social y de mentalidad* (1990) de Ramón Maruri Villanueva, además de *Santander, el puerto y su historia: bicentenario del Consulado del Mar* (1985) y *La memoria del territorio: atlas histórico de Santander y su puerto* (1998), dos excepcionales recopilaciones de mapas históricos de la ciudad de Santander dirigidas por Julio Pozueta Echávarri y Martín Latorre respectivamente, y de las que hablaremos más en relación a nuestra planimetría.

Después de más de un siglo de investigación, son dos los principales problemas no resueltos en el estudio del centro histórico santanderino. Por un lado, la falta de una unidad cronológica que vertebré todos los estudios parciales producidos impide un conocimiento global del área y sus transformaciones urbanas a lo largo de un marco cronológico amplio. Los diferentes estudios realizados hasta la fecha se han planteado siempre como compartimentos cuasi estancos, sin solución de continuidad respecto a épocas inmediatamente precedentes o posteriores, no existiendo tampoco ningún trabajo

monográfico que abarque el fenómeno en su totalidad y ordene y conecte las distintas etapas. Así, resultan incompletas algunas transiciones urbanas, como la del núcleo romano al medieval<sup>1</sup>, la del medieval al de época moderna o la de la villa barroca a la ciudad comercial e industrial que se inicia a mediados del siglo XVIII.

Por otro lado, la existencia de un lapso temporal de más de un siglo –desde la expansión del núcleo histórico más allá de las murallas a finales del siglo XVIII hasta el incendio de 1941– sin estudios pormenorizados dificulta ese *continuum* cronológico. La historiografía urbana de ese periodo se ha centrado casi exclusivamente en las zonas de los ensanches y el Sardinero, obviando el centro histórico y no atendiendo a fenómenos urbanos tan relevantes como el engarce de ese núcleo original en el total de la ciudad contemporánea. De este periodo se han realizado tan sólo estudios de actuaciones urbanas puntuales dentro de temáticas externas mayores.

Existen también problemas menores sobre dinámicas o elementos concretos, algunos de ellos insalvables por deficientes registros documentales, que habrán de ir salvándose en un futuro en estudios de mayor profundidad, quizás con el apoyo de prospecciones arqueológicas cuando sea posible. Aquí incluimos la configuración urbana del núcleo romano, los primeros tiempos de la abadía, el progresivo cegamiento de la ría de Becedo, el plan de reformas del alcalde Castillo, o estudios más detallados sobre elementos concretos como el castillo del Rey, la Bastida, el convento de Santa Clara, el colegio de la Compañía, las diferentes ermitas del municipio o los mercados decimonónicos, entre otros.

---

<sup>1</sup> Sin duda, la de más difícil resolución. La problemática es común a toda Europa y lleva un siglo siendo objeto de debate.



2. Santander hacia 1575 (De la web [historic-cities.huji.ac.il](http://historic-cities.huji.ac.il) de la Hebrew University of Israel).

### **3. DESARROLLO URBANO DEL CENTRO HISTÓRICO DE SANTANDER**

#### **3.1. ORÍGENES**

##### **3.1.1. Marco físico**

El espacio físico de nuestra área de estudio, altamente variado hasta la actualidad, estaba definido por una vaguada en dirección este-oeste encerrada entre dos elevaciones al norte y al sur. Esta vaguada, por la que discurría el arroyo de Becedo, vertía sus aguas a la bahía de Santander en su margen norte. La situación era altamente ventajosa para un asentamiento estable, dada su orientación hacia el sur, protegida de los vientos del norte por las elevaciones del actual paseo del General Dávila, y con una ría fácilmente aprovechable como abrigo para embarcaciones. La elevación que cerraba esta ría por el sur era el cerro de Somorrostro, desmontado hoy en su mayor parte. Este montículo, rodeado de agua en tres de sus costados y abierto por un lado hacia la bahía y por otro a la ría, fue el lugar elegido para un primer poblamiento que acabaría dando lugar a la actual ciudad de Santander. Al norte de la ría, la segunda elevación estaba constituida por una pequeña meseta cuya cota iba ascendiendo hacia el norte; este fue el lugar elegido para el crecimiento de la villa medieval, la Puebla Nueva, en el XII.

El conjunto de la ría se remataba al oeste en una zona de marismas –actual plaza del Ayuntamiento–, de donde se vertían las aguas al arroyo de Becedo. Este tapón natural obligó, hasta que su progresivo cegamiento abrió otro acceso<sup>2</sup>, a realizar el ingreso a la población a través del cerro de Somorrostro, desde la actual calle Alta. Otras zonas limítrofes fueron también rellenadas con posterioridad, como la ensenada de la Maruca al este o los arenales al sur que darían lugar al gran ensanche de Maliaño, ya en el siglo XIX.

---

<sup>2</sup> Todavía en el siglo XIX la zona era sistemáticamente rellenada con los escombros de desmontes y derribos con el objeto de aumentar su rasante y evitar las frecuentes inundaciones a que estaba sometida con las mareas más altas. FRESNEDO DE LA CALZADA, J. 1923. *Del Santander antiguo. Los edificios públicos de la villa de San Emeterio*, Santander: Librería Moderna, p. 8.



3. Ubicación del asentamiento respecto a la línea de costa original de la bahía de Santander (Elaboración propia a partir de Cendredo Uceda y Díaz de Terán, 1977).



4. Reconstrucción de la topografía original del cerro de Somorrostro y la ría de Becedo (Fernández González, 2001).

### 3.1.2. Poblamiento romano

El primer poblamiento conocido en el área que nos ocupa se remonta al siglo I d. C., de manera inmediatamente posterior a la conquista romana. Los vestigios hallados en la zona de la bahía revelan una gran cantidad de materiales y estructuras de la época que hacen inequívoca una fuerte presencia romana en el entorno, cuyo máximo exponente se encuentra localizado en el cerro de Somorrostro<sup>3</sup>. Las estructuras descubiertas en este lugar indican que existió un asentamiento permanente de dimensiones apreciables vinculado a un puerto ubicado al norte del mismo, en la ría. Este conjunto es identificado a día de hoy de manera prácticamente unánime con el Portus Victoriae Iuliobrigensium de las crónicas romanas, después de haber sido desechada la hipótesis de Santoña. El artículo publicado por Joaquín González Echegaray en 1951 contribuyó a asentar esta equivalencia de manera definitiva<sup>4</sup>.

La recuperación de la trama urbana de esta época resulta difícil, dadas las escasas investigaciones arqueológicas que se han llevado a cabo en la zona. Tampoco resultaría sencillo ampliar éstas, pues el cerro ha sido cercenado en gran medida a lo largo de los siglos –especialmente tras el incendio de 1941– y lo poco que queda de él está ocupado hoy por construcciones de épocas posteriores cuyo valor histórico impide dismantelar. En cualquier caso, las campañas arqueológicas de 1982-1983 y 1994 llevadas a cabo por Joaquín González Echegaray y José Luis Casado Soto en el área de la catedral sacaron a la luz las únicas estructuras arquitectónicas romanas que conocemos a día de hoy, sirviéndonos como base para teorizar el aspecto de este primer poblamiento. Desconocemos si hubo una ocupación precedente del cerro, ya que no contamos con vestigios arqueológicos que lo indiquen, aunque tampoco podemos descartarlo con seguridad<sup>5</sup>.

En la campaña de 1982-1983 se descubrieron en la nave del Evangelio de la iglesia del Cristo los restos de dos construcciones de época romana: un hipocausto de dimensiones totales desconocidas y los cimientos de un muro de mampostería de gran

---

<sup>3</sup> En la bahía de Santander se encuentra, de hecho, una de las mayores acumulaciones de materiales romanos de toda la costa cantábrica, lo que denota la relevancia del enclave. AÑÍBARRO RODRÍGUEZ, J. 2010. *La implantación urbana medieval en la costa de Cantabria: ¿creación original o herencia del pasado?* Santander: Ediciones de la Universidad de Cantabria, p. 79.

<sup>4</sup> GONZÁLEZ ECHEGARAY, J. 1951. “Estudio sobre Portus Victoriae” en *Altamira: Revista del Centro de Estudios Montañeses*, Nº 2-3, pp. 282-335.

<sup>5</sup> CASADO SOTO, J. L. y GONZÁLEZ ECHEGARAY, J. 1995. *El puerto de Santander en la Cantabria romana*. Santander: Autoridad Portuaria de Santander, p. 87.

tamaño –se alcanzó un espesor de metro y medio sin llegar a su final por salvaguardar la integridad de la iglesia medieval– que parece haber correspondido a algún tipo de estructura defensiva. Se descubrieron también otros restos relacionados con el hipocausto, como los cimientos de una posible exedra y una jamba de sillería que cierra el conjunto en su límite este junto a un espacio de 3 metros de anchura que debió corresponder a una calle. Este conjunto parece haber estado sostenido desde el Norte por un muro de contención de época también romana cuyo relleno en su cara interior se encontró en estas mismas excavaciones. El muro propiamente dicho fue identificado por este equipo como el existente a los pies de la calle de los azogues, junto a la moderna cabecera de la catedral<sup>6</sup>. No nos resulta posible confirmar esta identificación, aunque sí parece, como se aprecia en planos del siglo XVIII y en el grabado publicado por Georg Braun en 1575, que existió desde antiguo algún tipo de muro en ese lugar formando un rincón similar al actual en el que se encajaron viviendas. Esta teoría vendría refrendada por el hallazgo de un muro de similares características en la campaña de 1994 bajo la galería sur del claustro, que sería la contención de la misma plataforma original de poblamiento romano en su margen meridional<sup>7</sup>.

De todo esto se infieren una serie de notas con las que podemos definir de manera aún muy hipotética la estructura urbana del núcleo romano asentado en el cerro de Somorrostro. Éste se dispondría a modo de acrópolis desde lo alto del cerro hacia sus diferentes laderas aterrazadas –de las que podrían haber formado parte los muros de contención encontrados en la zona, a la espera de una datación más precisa–. En la plataforma superior se encontrarían las principales construcciones del núcleo, cuyas dimensiones desconocemos: unas termas, un probable santuario a la diosa Victoria<sup>8</sup> –que habrían sido cristianizados posteriormente con la construcción de un templo cristiano– y quizás un área de mercado. Al norte, junto a la ría, se debió ubicar un puerto de pequeñas dimensiones, tal y como atestigua la presencia de restos navales de la época a los pies de

---

<sup>6</sup> *Ibíd.* p. 80.

<sup>7</sup> *Ibíd.* pp. 80-81.

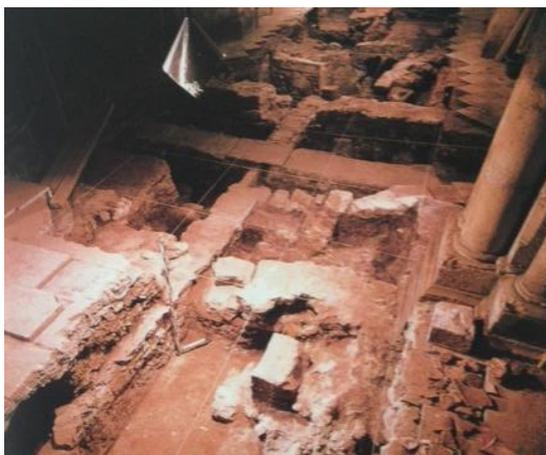
<sup>8</sup> La suposición de la existencia de este santuario parte de la idea de que la población hubo de estar bajo la advocación de tal diosa, identificada con el propio emperador y origen del nombre del enclave. El promontorio de la catedral parece un lugar idóneo dentro de la bahía para tal propósito. CASADO SOTO, J. L. 1999. "La Bahía de Santander en la época romana" en IGLESIAS GIL, J. M. y MUÑIZ CASTRO, J. A. (Eds.) *Regio Cantabrorum*. Santander: Caja Cantabria, p. 189 e IGLESIAS GIL, J. M. 2011 "Usos portuarios de la Bahía de Santander en época romana" en GÓMEZ OCHOA, F. (Ed.) *Santander: puerto, historia, territorio*. Santander: Ediciones de la Universidad de Cantabria/Autoridad Portuaria de Santander, pp. 72 y 81.

la catedral<sup>9</sup>. Este puerto no debió de constar más que de unos pocos atraques de madera, conformando más un abrigo que una infraestructura portuaria propiamente dicha<sup>10</sup>, y quizás algún almacén en la orilla<sup>11</sup>. El acceso a la población seguramente se efectuaba a lo largo de la loma del cerro, delineando la posterior rúa Mayor medieval.

Estas estructuras debieron quedar definidas entre los siglos I-II d. C. Posteriormente, en el siglo III, se procedió a fortificar el promontorio, momento en el que se construyó el muro de gran espesor contiguo al hipocausto. Este paramento no se corresponde con ninguna construcción defensiva levantada después en época medieval, aunque comparte ubicación al este del cerro, el lugar más natural para la defensa del mismo. Esta fortificación romana coincide en el tiempo con otras levantadas a lo largo del arco atlántico en el mismo siglo III ante la amenaza de invasiones germánicas desde el mar, lo que conllevó una cierta reactivación urbana en toda la costa, como en los puertos de Bayona y Gijón<sup>12</sup>.



5. Presunto muro romano a los pies de la catedral (fotografía del autor).



6. Termas romanas bajo el subsuelo de la iglesia del Cristo (Casado Soto, 1997, *La Catedral de Santander...*).

<sup>9</sup> Durante las obras de reconstrucción tras el incendio de 1941 se encontraron los restos de un barco de época romana a más de 4 metros bajo el nivel del suelo junto a uno de los contrafuertes del atrio de la iglesia del Cristo. CASADO SOTO, J. L. y GONZÁLEZ ECHEGARAY, J. 1995. p. 85.

<sup>10</sup> AÑÍBARRO RODRÍGUEZ, J. 2010. p. 142.

<sup>11</sup> IGLESIAS GIL, J. M. 2011. p. 72.

<sup>12</sup> CASADO SOTO, J. L. y GONZÁLEZ ECHEGARAY, J. 1995. p. 90.

### 3.1.3. Alta Edad Media

Con el declive y desarticulación del Imperio Romano, de manera análoga al resto de urbes del arco atlántico, el Puerto de la Victoria quedó prácticamente abandonado, aunque tenemos constancia de la llegada de naves que nos indican que el abandono no fue total y que una cierta población –probablemente de un peso demográfico mínimo y con la mayoría de los edificios públicos romanos arruinados– permaneció en el cerro. Los pocos vestigios documentales y arqueológicos de que disponemos para esta época nos hacen suponer un poblamiento continuo en torno a la ría<sup>13</sup>, a pesar de que textos posteriores no parezcan conservar el recuerdo del origen romano de la población. Esto no tendría por qué significar una ruptura temporal del poblamiento, sino tan sólo un periodo de prolongado decaimiento durante más de medio milenio del que apenas existen fuentes escritas.

En esta época debió de transformarse el primitivo santuario de la Victoria en un templo cristiano que acabaría acogiendo las reliquias de San Emeterio y San Celedonio a partir del siglo VIII, al encontrar refugio éstas en el norte ante el avance musulmán. En concreto, la zona elegida para el nuevo culto fue la de las viejas termas, buscando borrar el pasado pagano del sitio y purificando sus aguas. Esta superposición de templos cristianos sobre antiguos baños públicos fue usual en la época, como atestigua también la iglesia de San Juan de Maliaño. Desconocemos la naturaleza de este primer templo, aunque sin duda fue el que dio lugar al actual complejo catedralicio, manteniéndose durante mucho tiempo las reliquias de los mártires en las estructuras termales del subsuelo.

El resto de las transformaciones urbanas debió de ser de poca envergadura, limitadas a las necesidades que surgieran de manera puntual y que quedarían resueltas de modo igualmente espontáneo. El núcleo de la población siguió estando ubicado en el emplazamiento de la actual catedral, con un grupo de viviendas apiñadas en su entorno y a los lados de la principal vía de entrada, la naciente rúa Mayor. En la ría se mantuvieron los atraques para embarcaciones y aguas arriba, junto a la zona de marismas de Becedo, se ubicó una necrópolis, en la zona en que se levantaría más tarde el convento de San Francisco, que mantendría el mismo lugar como cementerio<sup>14</sup>.

---

<sup>13</sup> CASADO SOTO, J. L. 2005. “De Portus Sancti Emetherii a Santander” en PÉREZ SÁNCHEZ, J. L. (Dir.) *Santander: historia de una ciudad*. Santander: Editorial Cantabria, p. 77.

<sup>14</sup> A mediados de los años 60 se descubrieron en este emplazamiento, actual calle de Isabel II y edificios anejos, una serie de estelas discoideas que, aunque de difícil datación, parecen corresponder a época altomedieval, entre los siglos IX-XI. BOHIGAS ROLDÁN, R. 2003. “La arqueología de la

### 3.2. LA VILLA MEDIEVAL (1187-1500)

El antiguo Puerto de la Victoria, ahora de San Emeter, va a renacer en el siglo XII apoyado en su pujante abadía de los Cuerpos Santos, que ya había alcanzado el rango de colegiata, y en la concesión del Fuero por Alfonso VIII en 1187. La nueva realidad legal, que hacía villa a la pequeña aldea de pescadores, catapultó su actividad económica y su preeminencia política y social en su entorno de la mano del monarca, cuya apuesta decidida por la fundación de núcleos marítimos estables en la cornisa Cantábrica salpicó de fueros toda la costa durante estas décadas. Como no podía ser de otra manera, estos cambios se reflejaron ampliamente en el espacio urbano construido, naciendo la mayor parte del viario y de las parcelas que llegarían sin demasiados cambios hasta 1941.

La villa medieval estuvo constituida, a partir del siglo XII, por dos zonas de poblamiento contrapuestas y separadas por la ría. Al sur, sobre el cerro de Somorrostro, pervivió el viejo núcleo de orígenes romanos. Allí se encontraban los principales poderes de la villa: la abadía de los Cuerpos Santos y las más importantes casas nobiliarias, afincadas en casonas apiñadas en la rúa Mayor. También en la puebla Vieja, o de Arriba, se ubicaba el castillo del Rey, en el extremo este del cerro, dominando la población junto a la abadía. Esta parte de la villa será durante la mayor parte de la Edad Media el área más codiciada –y, por tanto, más densamente poblada– debido a lo ilustre de la zona. La Puebla Vieja constituía además la principal entrada a la villa, que se efectuaba desde la actual calle Alta como en tiempos romanos<sup>15</sup>. Esta zona contaba con apenas dos calles longitudinales al cerro, una en la cima –la rúa Mayor– y otra a media ladera hacia la ría –la rúa Menor–, a las que se añadía la calle del Puente a los pies de la abadía y de manera transversal a las anteriores. Esta última calle conducía al puente que daba paso a la otra puebla.

Al otro lado de la ría se desarrolló la Puebla Nueva, o de Abajo, como respuesta a la presión demográfica cada vez mayor a partir del siglo XII, coincidente con la concesión del Fuero. A diferencia de la Puebla Vieja, de poblamiento espontáneo a lo largo de la Alta Edad Media, la Nueva será fruto de la planificación urbana<sup>16</sup> que quedará patente en

---

Tardoantigüedad a la Alta Edad Media en las riberas de la Bahía de Santander” en FERNÁNDEZ IBÁÑEZ, C. y RUIZ COBO, J. (Eds.) *La Arqueología de la Bahía de Santander*. Santander: Fundación Marcelino Botín, tomo III, p. 722 y AÑÍBARRO RODRÍGUEZ, J. 2010, p. 89.

<sup>15</sup> FERNÁNDEZ GONZÁLEZ, L. 2001. *Santander. Una ciudad medieval*. Santander: Librería Estudio, p. 130.

<sup>16</sup> *Ibíd.* p. 271.

una retícula de calles bien ordenadas y dispuestas en torno a una de mayor anchura a modo de plaza: la plaza de la Llana. El poblamiento de este nuevo área fue rápido, estando en apenas unas décadas ampliamente construido<sup>17</sup>. Si la abadía era el referente espiritual de la añeja Puebla Vieja, dos nuevos conventos franciscanos lo serán de la Nueva: el de San Francisco, extramuros junto a la puerta del mismo nombre, y el de Santa Clara, en la parte interior más septentrional.

A partir del siglo XIII se crearon también dos arrabales extramuros: el de Fuera la Puerta hacia el oeste como continuación de la rúa Mayor y el de la Mar junto a la puerta del Arcillero en dirección este. El trazado de ambos sobrevivió al incendio de 1941 –fue de hecho lo único no desaparecido de la villa medieval– y han corrido distinta suerte hasta nuestros días. No los trataremos en nuestro estudio.

### **3.2.1. Espacios religiosos**

#### *3.2.1.1. Complejo de la colegial*

A partir la llegada de las reliquias de San Emeterio y San Celedonio en el siglo VIII, la pequeña abadía santanderina se convirtió en un importante centro de culto en su entorno más inmediato, lo que motivó, junto a otros factores, el progresivo poblamiento del cerro de Somorrostro y la creciente importancia del asentamiento. Apenas conocemos nada sobre los primeros tiempos de la abadía. Sí podemos intuir que en época románica se construyó una iglesia de la cual se encontraron canecillos integrados en los muros de la fachada norte de la actual catedral durante las obras de reconstrucción tras el incendio de 1941<sup>18</sup>. Suponemos la existencia de un centro de culto cristiano en este emplazamiento desde la Alta Edad Media que después habría ido sufriendo continuas reformas y reconstrucciones hasta la última de mayor envergadura, en el siglo XII, como consecuencia de la concesión del título de colegiata en 1131<sup>19</sup>. Además, con la concesión del Fuero se le va a otorgar también a la abadía un preeminente papel en la configuración institucional de la nueva villa.

---

<sup>17</sup> *Ibíd.* pp. 272-273.

<sup>18</sup> Estos canecillos se encuentran actualmente decorando el dintel interior de la puerta principal de la catedral y el friso del coro. GONZÁLEZ ECHEGARAY, J. y CASADO SOTO, J. L. 2003. “El yacimiento arqueológico de la Catedral” en FERNÁNDEZ IBÁÑEZ, C. y RUIZ COBO, J. (Eds.) *La Arqueología de la Bahía de Santander*. Santander: Fundación Marcelino Botín, tomo II, p. 483.

<sup>19</sup> FERNÁNDEZ GONZÁLEZ, L. 2001. p. 29.

La mayor singularidad del complejo gótico construido a partir del siglo XII es la existencia de dos iglesias superpuestas<sup>20</sup>. Esta superposición no es fruto de una casualidad, sino que la iglesia baja parece formar parte de un plan premeditado para salvar el desnivel sobre el que había de levantarse la iglesia alta, la principal<sup>21</sup>. Por tanto, ambas participarían de un mismo proyecto conjunto y habrían sido erigidas de manera inmediata, una tras otra. La construcción de la iglesia baja, de un estilo gótico aún temprano, debió realizarse a comienzos del siglo XII, iniciándose la superior, ya plenamente gótica, en el último tercio del mismo siglo. La construcción fue rápida dada la uniformidad que presenta su fábrica, y en 1318 ya habían comenzado las obras del claustro al sur de la iglesia alta<sup>22</sup>. Este claustro del siglo XIV remató el conjunto, al que en ese mismo siglo se añadirían una serie de capillas de las que la de Santiago, en el costado oeste y desaparecida en 1952 a raíz de la reconstrucción tras el incendio, fue la de mayores dimensiones y más apurada calidad artística<sup>23</sup>. También en ese lado del claustro, contiguo a la capilla de Santiago, se ubicó el Hospital del Santo Espíritu, que, a pesar de sus reducidas dimensiones, sería el más grande de la ciudad durante siglos<sup>24</sup>. A comienzos siglo XX aún quedaban restos del hospital, desaparecidos con la reconstrucción de los años 40<sup>25</sup>.

Durante la construcción de las dos iglesias se dieron importantes problemas de estabilidad de los edificios que obligaron a reformar el proyecto a medida que avanzaban las obras. El de mayor repercusión, por el gran volumen que hubo que añadir al oeste del conjunto, fue el que provocó la construcción del torreón para evitar la caída de los muros en esa dirección<sup>26</sup>. No sería descabellado pensar que la construcción de esta torre truncó

---

<sup>20</sup> En contra de la denominación muchas veces otorgada, la iglesia baja nunca fue concebida como una cripta.

<sup>21</sup> DE LOS RÍOS Y FERNÁNDEZ VILLALTA, A. 1891. *España: sus monumentos y artes, su naturaleza e historia: Santander*. Barcelona: [s. n.], p. 329 y HERNÁNDEZ MORALES, Á. 1958. *La cripta de la Catedral de Santander*. Santander: Colegio Oficial de Arquitectos, pp. 33-35.

<sup>22</sup> La rapidez con que se levantó la estructura fue en perjuicio de su estabilidad, como se hizo patente en el incendio de 1941. CAMPUZANO RUIZ, E. 1985. *El gótico en Cantabria*. Santander: Librería Estudio, p. 180 y ARAMBURU-ZABALA HIGUERA, M. A. 1989. “La arquitectura gótica en Cantabria entre el proyecto político y la realidad social” en *El Fuero de Santander y su época: actas del Congreso conmemorativo de su VIII centenario*. Santander: Diputación Regional de Cantabria, p. 345.

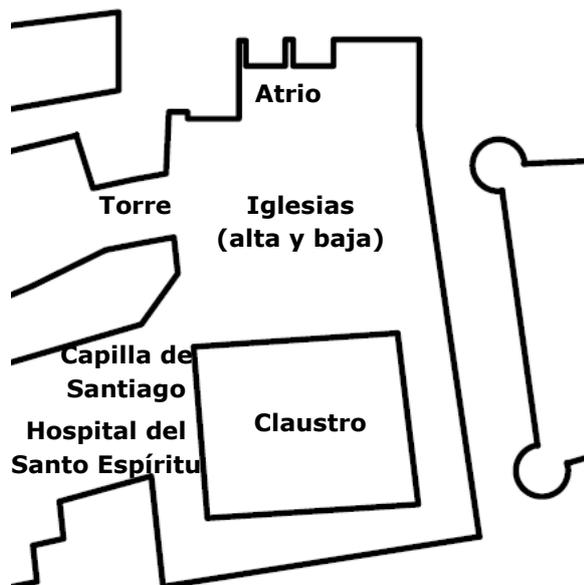
<sup>23</sup> Quedó integrada en el palacio episcopal neogótico a finales del siglo XIX, funcionando como capilla de éste. HOZ TEJA, J. 1951. “La capilla de Escalante en la Catedral” en *Altamira: Revista del Centro de Estudios Montañeses*, Nº 2-3, p. 218 y CASADO SOTO, J. L. y GONZÁLEZ ECHEGARAY, J. 1997. “Los edificios medievales” en CASADO SOTO, J. L. (Ed.) *La Catedral de Santander, patrimonio monumental*. Santander: Fundación Marcelino Botín, 1997, p. 117.

<sup>24</sup> CASADO SOTO, J. L. 1980. *Cantabria vista por viajeros de los siglos XVI y XVII*. Santander: Institución Cultural de Cantabria, pp. 102, 120 y 190-191 y FERNÁNDEZ GONZÁLEZ, L. 2001. p. 344.

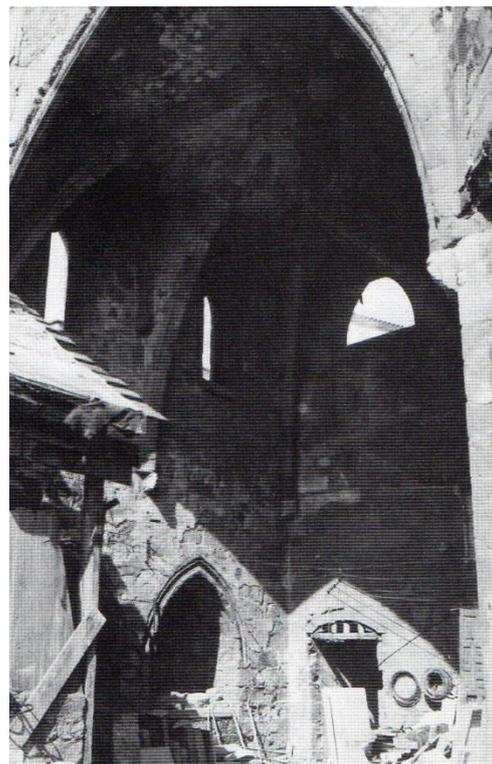
<sup>25</sup> FRESNEDO DE LA CALZADA, J. 1923. *Del Santander antiguo...*, p. 6.

<sup>26</sup> CASADO SOTO, J. L. y GONZÁLEZ ECHEGARAY, J. 1997. p. 79.

los planes de un acceso principal desde la rúa Mayor, orientación más que lógica y que guardaría relación con la composición de otras iglesias góticas del momento<sup>27</sup>. Por el contrario, el acceso a la iglesia alta hubo de abrirse hacia el sur, hacia el cementerio y posteriormente claustro. Otra construcción singular nacida de los mismos problemas de estabilidad fue el atrio norte, originalmente compuesto por dos tramos que en época barroca se ampliarían en uno hacia el este<sup>28</sup> y otro más hacia el oeste tras el incendio en los años 40. Con él se evitó la caída de los muros de la iglesia baja en ese sentido<sup>29</sup>.



7. Complejo de la colegial hacia el siglo XV (Elaboración propia).



8. Capilla de Santiago tras el incendio (Casado Soto, 1997, *La Catedral de Santander...*).



9. Iglesia baja o del Cristo (De la web [www.arteguias.com](http://www.arteguias.com)).

<sup>27</sup> De hecho, existen indicios para pensar que existió un acceso desde el oeste al menos para la iglesia baja, desapareciendo posteriormente con la construcción de la torre. CAMPUZANO RUIZ, E. 1985. p. 173.

<sup>28</sup> Este tramo se levantó a principios del siglo XVII para fundamentar la capilla de los Rivaherrera en la iglesia alta. CASADO SOTO, J. L. y GONZÁLEZ ECHEGARAY, J. 1997. p. 98.

<sup>29</sup> *Ibíd.* pp. 75-77.

### 3.2.1.2. Conventos de San Francisco y Santa Clara

A mediados del siglo XIII, en pleno auge devocional hacia la figura de San Francisco, comenzó una fiebre constructiva de recintos monásticos de órdenes vinculadas a este santo en todo el mundo occidental. Cantabria no quedó al margen de este proceso, edificándose numerosos conventos de franciscanos y clarisas, de los cuales dos se levantaron en Santander.

El más antiguo, el de San Francisco, se vincula a un hipotético paso del santo –sin duda, de carácter mítico– por la región. Según esta tradición, el convento habría sido fundado en 1214 por el propio San Francisco, tal y como rezaba una inscripción en el claustro<sup>30</sup> hasta que éste fue demolido a finales del siglo XIX. El emplazamiento elegido fue el sitio de Becedo, al norte de la zona marismeña de la que manaba el arroyo que discurría hasta los pies de la catedral. Allí, junto a la puerta que se llamaría de San Francisco, se encontraba la pequeña ermita de la Magdalena, donde los monjes franciscanos se refugiaron a su llegada a la ciudad<sup>31</sup>. Poco tiempo después, en la segunda mitad del siglo XIII o inicios del XIV<sup>32</sup>, iniciarían la construcción de su complejo monástico a escasos metros de la ermita<sup>33</sup>, del cual desconocemos su aspecto original, ya que fue reedificado casi por completo en el siglo XVII, aunque no sería muy diferente del de Santa Clara<sup>34</sup>, del que nos ha llegado alguna fotografía decimonónica. De los pocos elementos medievales que sobrevivieron a esta reforma destacaba el torreón existente al oeste, sobre el trazado de la actual calle de los Escalantes, y que fue demolido en 1889<sup>35</sup>. Todo el complejo estaba rodeado por una cerca que lo aislaba del entorno urbano circundante<sup>36</sup> y entre éste y la muralla quedó establecido el cementerio dependiente del convento, único de la ciudad junto a la catedral hasta la edificación del cementerio de San Fernando en la calle Alta en la primera mitad del siglo XIX.

<sup>30</sup> GARCÍA DIEGO, P. 1958 (1793). *Primera guía de Santander*. Santander: Bedia Hermanos, p. 82.

<sup>31</sup> ALONSO DEL VAL, J. M. 1994. “El convento de San Francisco: seis siglos de vida y vecindad en Santander” en ALONSO DEL VAL, J. M., ARAMBURU-ZABALA HIGUERA, M.A. y SAZATORNIL RUIZ, L. *San Francisco, de convento a parroquia*. Santander: Ediciones Tantín, p. 73.

<sup>32</sup> ARAMBURU-ZABALA HIGUERA, M. A. 1994. “La huella de San Francisco en el Arte de Cantabria” en ALONSO DEL VAL, J. M., ARAMBURU-ZABALA HIGUERA, M.A. y SAZATORNIL RUIZ, L. *San Francisco, de convento a parroquia*. Santander: Ediciones Tantín, p. 23.

<sup>33</sup> En otras ciudades, como Burgos o Vitoria, los monjes franciscanos siguieron patrones de poblamiento parecidos.

<sup>34</sup> ARAMBURU-ZABALA HIGUERA, M. A. 1994. “La huella de San Francisco...”, p. 20.

<sup>35</sup> FRESNEDO DE LA CALZADA, J. 1923. *Del Santander antiguo...*, p. 12. Parte de esta torre había sido ya demolida en 1536 por amenazar ruina. BLASCO MARTÍNEZ, R. M. (Ed.) 1998. *Los libros de acuerdos municipales de Santander, siglo XVI*. Santander: Ayuntamiento de Santander, p. 267.

<sup>36</sup> CASADO SOTO, J. L. 1990. *Santander: una villa marinera en el siglo XVI*. Santander: Librería Estudio, p. 38.

El convento de Santa Clara, de monjas clarisas, no debió construirse mucho más tarde que el de San Francisco, aunque el año es igualmente difuso. La fecha citada habitualmente es la de 1323, cuando María de Guitarte, viuda del capitán de la marina castellana Gonzalo García de Santander, cedió a las religiosas el espacio intramuros junto a la puerta más septentrional de la muralla, donde construyeron su convento<sup>37</sup>. En cualquier caso, su edificación debió ser realmente algo anterior<sup>38</sup>. Lo que sí es probable es que la ubicación de este convento fuese una donación pía, pues resulta infrecuente la localización de este tipo de órdenes pertenecientes a la regla franciscana en el interior de las murallas<sup>39</sup>. En base a las fotografías que nos han llegado de esta construcción y a los planos de la ciudad en los que se percibe la silueta de su planta, parece que se trató de un ejemplo típico de arquitectura franciscana; su iglesia contaba con un marcado transepto y una cabecera poligonal rematando una alta nave con ventanales alargados<sup>40</sup>.



10. Cabecera de la iglesia del convento de Santa Clara a finales del siglo XIX (Fresnedo de la Calzada, 1923, *Del Santander antiguo...*).

### 3.2.1.3. Ermitas

Las ermitas proliferaron en los siglos medievales por toda Europa, siendo especialmente frecuentes en lugares de población reducida y dispersa donde estas pequeñas construcciones suplían las necesidades religiosas de los habitantes. Así, la cornisa Cantábrica se fue llenando paulatinamente en esta época de pequeños santuarios en los que gremios, cofradías e individuos a título personal custodiaban imágenes para su veneración<sup>41</sup>. El término de Santander fue especialmente prolijo a este respecto, acumulando en el siglo XVI hasta dieciocho ermitas<sup>42</sup>, de las cuales tres estaban

<sup>37</sup> PÉREZ-BUSTAMANTE GONZÁLEZ DE LA VEGA, R. 1974. “La reforma y el mantenimiento económico del monasterio de Santa Clara en la Villa de Santander en el siglo XV” en *Altamira: Revista del Centro de Estudio Montañeses*, Nº 2, p. 11.

<sup>38</sup> ARAMBURU-ZABALA HIGUERA, M. A. 1994. “La huella de San Francisco...”, p. 36.

<sup>39</sup> FERNÁNDEZ GONZÁLEZ, L. 2001. pp. 342-343.

<sup>40</sup> ARAMBURU-ZABALA HIGUERA, M. A. 1994. “La huella de San Francisco...”, pp. 20-21.

<sup>41</sup> FERNÁNDEZ GONZÁLEZ, L. 2001. pp. 347-348.

<sup>42</sup> CASADO SOTO, J. L. 1980. p. 120.

edificadas junto a los muros de la villa<sup>43</sup>: la Magdalena, San Nicolás y San Lázaro. Los orígenes de las tres se pierden en la Edad Media, sin que dispongamos de documentación acerca de su construcción. De la de San Lázaro sabemos que tenía anejo un pequeño hospital para leprosos que ya se encontraba en ruinas a finales del siglo XVI<sup>44</sup> y que se encontraba, como la de San Nicolás, en algún lugar indeterminado al oeste de la muralla, probablemente en la ladera del arrabal de Fuera de la Puerta que caía hacia el norte.

La ermita de la Magdalena fue la de más largo recorrido y, como ya hemos señalado, germen del convento de San Francisco. Alonso del Val la sitúa en la actual calle del Mercado, “a la altura de la entrada principal sur del Mercado de la Esperanza”<sup>45</sup>, localización que juzgamos errónea por varias cuestiones. Fuentes antiguas la sitúan en “la plazuela frente al convento”, reconociendo del Val dicha plazuela en el espacio posterior del convento, entre las dos alas del complejo que sobresalían hacia el norte. Sin embargo, dudamos que este espacio fuera una plaza como tal, puesto que allí se encontraban las huertas del convento y presumiblemente formaba parte del área encerrada por la cerca del mismo. Además, en 1735 se derriba la ermita y se construye otra nueva, despejando la plazuela en cuestión; resulta inverosímil que hubiera de despejarse una zona interior del convento, máxime cuando allí continuó sin haber nada más que huertas hasta finales del siglo XIX.

Por tanto, la ermita de la Magdalena original debió de estar situada frente a la fachada sur del convento, lindando con las aguas de la marisma. Esta pequeña construcción debía de obstruir el acceso y la vista del edificio conventual, lo que motivó su derribo en 1735 y la construcción de un nuevo santuario unos metros hacia el este, en el espacio comprendido entre los muros del convento y la muralla, junto al cementerio, utilizándose la misma piedra de sillería y dimensiones que la antigua<sup>46</sup> y a cargo de Sebastián García y José de la Sierra<sup>47</sup>.

---

<sup>43</sup> CASADO SOTO, J. L. 1990. p. 39, aunque omitimos la de Consolación por estar suficientemente alejada de la muralla y no haber sido citada por Juan de Castañeda, y añadimos la de la Magdalena, incomprendiblemente obviada por Casado Soto.

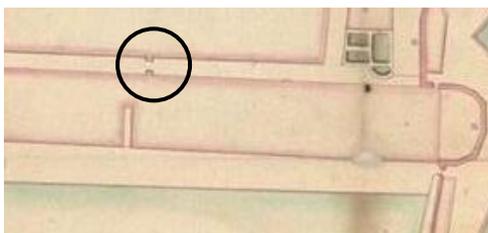
<sup>44</sup> *Ibíd.* p. 39.

<sup>45</sup> ALONSO DEL VAL, J. M. 1994. p. 75.

<sup>46</sup> MAZA SOLANO, T. 1955. “Cuando Santander era una Villa” en *Altamira: Revista del Centro de Estudios Montañeses*, Nº 1-3, p. 56 y ARAMBURU-ZABALA HIGUERA, M. A. 1994. “La huella de San Francisco...”, p. 32.

<sup>47</sup> COFIÑO FERNÁNDEZ, I. 2004. *Arquitectura religiosa en Cantabria, 1685-1754: las Montañas Bajas del arzobispado de Burgos*. Santander: Universidad de Cantabria, p. 289.

También en Becedo había un humilladero dedicado a un Cristo crucificado que se custodiaba en su interior. Su ubicación original había sido junto a la puerta de las Atarazanas, pero en el siglo XVIII, a petición de Juan de Isla, se trasladó al extremo occidental de la actual plaza del Ayuntamiento, donde pervivió hasta 1840<sup>48</sup>. Otros lugares de devoción que se repartían por la villa eran una Virgen de los Remedios sobre la puerta de la muralla que daba acceso a la calle a la que dio nombre la Virgen<sup>49</sup> y una imagen de Nuestra Señora de la Blanca en la calle del mismo nombre, al parecer también en un arco<sup>50</sup>. Dudamos si este arco era el del postigo de don Gutierre u otro arco a mitad de la calle de la Blanca que creemos identificar en el plano de los muelles de 1759. Fue corriente hasta el siglo XIX la presencia de este tipo de imágenes aisladas en las ciudades sobre arcos o en esquinas y soportales, a veces acompañadas de farolillos; en muchos casos, como el de Santander, su recuerdo quedó patente en la nomenclatura de calles y plazas<sup>51</sup>.



11. Plano de 1759 en el que creemos identificar el arco de la calle de la Blanca (Pozueta Echávarri, 1985).

### 3.2.2. Espacios defensivos

#### 3.2.2.1. Muralla

En cuanto se concedió el Fuero y la naciente villa comenzó a expandirse al otro lado de la ría de Becedo se hizo necesaria la construcción de una muralla de piedra que englobara todo el conjunto, remplazando a una probable cerca de madera de menores dimensiones que habría de haberse levantado de manera provisional<sup>52</sup>. La muralla constituía un elemento fundamental de la nueva población como villa<sup>53</sup>, más por su función legal y como límite físico del espacio urbano que por cuestiones defensivas.

<sup>48</sup> FRESNEDO DE LA CALZADA, J. 1923. *Del Santander antiguo...*, pp. 35-36 y SIMÓN CABARGA, J. 1979. *Biografía de una ciudad*. Santander: Librería Estudio, pp. 336-337.

<sup>49</sup> FRESNEDO DE LA CALZADA, J. 1923. *Del Santander antiguo...*, pp. 44-45 y CAMINO Y AGUIRRE, F. G. 1930. "Castillos y fortalezas de Santander. El siglo XVI" en *La Revista de Santander*, tomo II, Nº 4, p. 147.

<sup>50</sup> GONZÁLEZ ECHEGARAY, M. C. 2000. *En el corazón de Santander: fundación e historia de la Iglesia de la Compañía*. Santander: M. C. González, p. 26.

<sup>51</sup> LOZANO BARTOLOZZI, M. M. 2011. *Historia del urbanismo en España II: Siglos XVI, XVII y XVIII*. Madrid: Cátedra, p. 234.

<sup>52</sup> FERNÁNDEZ GONZÁLEZ, L. 2001. p. 209.

<sup>53</sup> *Ibíd.* p. 199.

La muralla santanderina, de la que se conserva un trozo de lienzo en el subsuelo de la plaza Porticada –recientemente musealizado–, describía un perímetro de 1,3 kilómetros, encerrando en su interior unas 12 hectáreas. Construida por medio de dos paredes de mampostería rellenas de cascajo, alcanzaba una altura de siete metros sin contar las almenas y contaba con 3 metros mínimos de separación del caserío interior<sup>54</sup>. En su lado exterior contaba con un foso seco y se habría en diez puertas de distintas dimensiones: las de la rúa Mayor y San Nicolás<sup>55</sup> en la Puebla Vieja, San Francisco y la Sierra en la Puebla Nueva hacia el oeste, Santa Clara hacia el norte, Arcillero hacia el este, las de la Mar, don Gutierre y la Ribera hacia el muelle del Cay y la de Somorrostro hacia el muelle de las Naos, a los pies del Castillo.

Apenas contaba con torres en sus lienzos<sup>56</sup>, a parte de las dos circulares que defendían el Boquerón<sup>57</sup> –entrada de la ría–, la de la esquina noroeste –junto al convento de Santa Clara– y otra más junto a la puerta de San Nicolás, previsiblemente para defender las Atarazanas y el punto débil que suponía la entrada del arroyo de Becedo en la villa. A los pies del cerro de Somorrostro, junto al Boquerón, se adosaba a la muralla una mole de piedra que recibía el nombre de Bastida. Su función parece haber sido más la de almacén de productos de los cercanos muelles que defensiva, aunque su escasa presencia en la documentación medieval hace imposible precisar más. Desapareció probablemente en algún momento del siglo XVII o comienzos del XVIII.



12. Lienzo de muralla bajo la plaza Porticada, recientemente musealizado (Fotografía del autor).

<sup>54</sup> CASADO SOTO, J. L. 1985. “Santander: el caso de una villa de desarrollo urbano bajomedieval, paralizado en el siglo XVI” en *La España medieval*, Nº 6, p. 658 y FERNÁNDEZ GONZÁLEZ, L. 2001. pp. 214-215.

<sup>55</sup> Braun nombra también la de Atarazanas, que no es otra sino la misma que San Nicolás. CASADO SOTO, J. L. 1980. p. 102 y FRESNEDO DE LA CALZADA, J. 1923. “Santander en el siglo XVI” en *Arte Español*, VI, p. 328. La cuantificación de ambos está errada, nombrado siete el primero y seis el segundo.

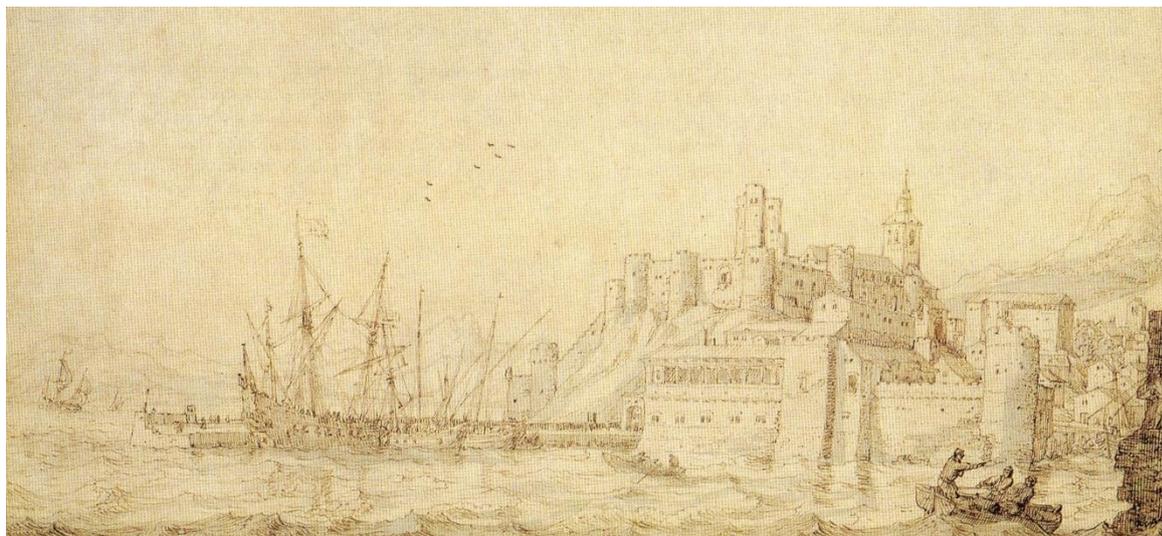
<sup>56</sup> DE ASSAS, M. 1995 (1867). *Crónica de la provincia de Santander*. Santander: Librería Estudio, p. 77.

<sup>57</sup> ARAMBURU-ZABALA HIGUERA, M. A. y ALONSO RUIZ, B. 1994. *Santander: un puerto del Renacimiento*. Santander: Autoridad Portuaria de Santander, p. 69.

### 3.2.2.2. *Castillo del Rey*

El castillo del Rey, más tarde de San Felipe, era la fortificación por excelencia de la villa santanderina. Remataba el conjunto defensivo de las murallas y controlaba el área de la ría y el puerto desde la ventajosa posición del extremo este del cerro de Somorrostro, donde también podría haberse levantado una fortificación romana según atestiguan las excavaciones efectuadas en el complejo de la catedral. Se desconocen los orígenes del castillo, que no parecen corresponderse con la estructura romana. Es probable que su construcción se iniciara en la época del Fuero, dado el aspecto primitivo que presenta en las imágenes del siglo XVI<sup>58</sup>. Las reformas efectuadas en el siglo XVII desvirtuaron el conjunto, por lo que el aspecto que mejor conocemos, dado que pervivió hasta finales del siglo XIX como cuartel, resulta confuso para conocer la fisonomía original de la fortaleza.

El castillo se componía de un patio central rectangular de unos 11 metros de lado rodeado por un muro con cuatro torres circulares en las esquinas y dos más a mitad de los lienzos norte y sur, más largos. El espesor de los muros era de unos 2 metros, ligeramente más bajos que las torres. Existía una torre del homenaje en el lienzo oeste, junto a la colegiata, de una altura marcadamente superior a las demás y planta rectangular<sup>59</sup>. Este es el aspecto que se nos ofrece en las imágenes del siglo XVI, cuando ya aparece en un estado de abandono avanzado y con sus muros arruinados.



13. Santander hacia 1565. El castillo del Rey domina el cerro de Somorrostro. A la derecha, el boquerón de entrada a la ría y, a su izquierda, la Bastida (Casado Soto, 1990).

<sup>58</sup> FERNÁNDEZ GONZÁLEZ, L. 2001. pp. 246-247.

<sup>59</sup> CAMINO Y AGUIRRE, F. G. 1930. "Castillos y fortalezas de la villa de Santander" en *La Revista de Santander*, tomo II, N° 2, p. 81 y FERNÁNDEZ GONZÁLEZ, L. 2001. pp. 248-249.

### 3.2.3. La ría: puerto, puente y Atarazanas

Desde época medieval hasta su cegamiento en el siglo XVIII, el corazón geográfico de la villa fue su ría. Ésta tuvo funcionalidad diversa: límite físico entre las dos pueblas, desagüe de inmundicias y, ante todo, germen de una actividad portuaria que irá en aumento y se alejará progresivamente de la antigua villa hacia terrenos ganados a la bahía. En el siglo XV se produjeron ya los primeros rellenos a costa de la desembocadura de la ría, reduciendo su anchura para obtener nuevos terrenos llanos a los pies de la colegial. Estas obras hubieron de conllevar la construcción de muelles uniformes para rematar el nuevo espacio, operación replicada en la margen norte de la ría, tal y como se aprecia en las imágenes del siglo XVI. Dadas las reducidas dimensiones de esta dársena casi natural, los muelles fueron ampliados poco después hacia el exterior de la ría, construyéndose el del Cay hacia el norte, junto a la puerta de la Mar, y el de las Naos, un espigón de envergadura apreciable que partía desde los pies del castillo y, trazando una curva, cerraba el conjunto y permitía el atraque de navíos. Este complejo, aunque aún de pequeñas dimensiones, constituía una infraestructura de primer orden para la época, marcadamente adelantado frente a la mayoría de los puertos cantábricos<sup>60</sup>.

Sin embargo, las bondades de la ría conllevaban también un problema de comunicación entre las dos pueblas de la villa, que tuvieron que ser unidas por un puente al poco de construirse la Puebla Nueva, en el último cuarto del siglo XII. Es probable que el primer puente fuera de madera y de poca altura, pero con la construcción de las atarazanas en el siglo XIV, el puente tuvo que ganar altura para dejar paso a las embarcaciones que accedían a aquellas, haciéndose necesaria la construcción de uno nuevo de piedra, peraltado y de mayores dimensiones<sup>61</sup>. Este es el puente que vemos en el grabado de Braun, de cinco arcos –tres sobre la ría, dos sobre tierra tapados por edificios– de los cuales el central, el más grande, debió medir unos 4 metros de alto y 7 de ancho, permitiendo el paso de galeras desarboladas. La anchura del puente rondaba los 4 metros<sup>62</sup>.

Una vez superado el puente, las galeras alcanzaban las Reales Atarazanas de Galeras, ya en el fondo de la ría, con la muralla y Becedo a sus espaldas. Esta era una de las construcciones más singulares de la villa medieval, y acentuaba la prominencia naval

---

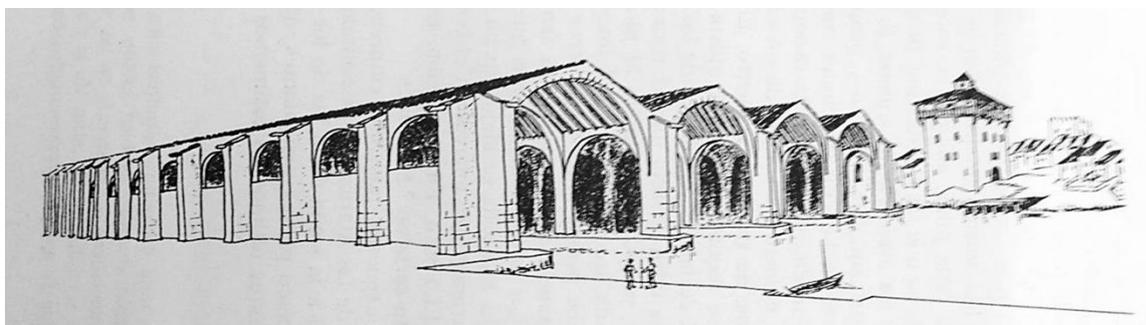
<sup>60</sup> ARAMBURU-ZABALA HIGUERA, M. A. y ALONSO RUIZ, B. 1994, p. 23.

<sup>61</sup> FERNÁNDEZ GONZÁLEZ, L. 2001. pp. 297-298.

<sup>62</sup> CASADO SOTO, J. L. 1985. p. 655.

de la población frente a las demás cantábricas; de hecho, Santander fue la única villa del norte con una instalación de estas características<sup>63</sup>. El origen del edificio es incierto, pues se superponen varias fechas: una escritura de 1435, durante el reinado de Juan II, hace referencia a la compra de terrenos para la construcción de las atarazanas, pero ya en 1396 se nombran éstas en otra escritura de venta de una casa que linda con ellas. Igualmente, del mismo siglo XIV consta la referencia documental más antigua sobre galeras construidas en la bahía de Santander, presumiblemente en estas atarazanas<sup>64</sup>. Todo ello hace pensar en la existencia de unas atarazanas primigenias, quizás de la época del Fuero, que fueron ampliadas con la compra de nuevos terrenos en 1435<sup>65</sup> con objeto de organizar una armada para luchar contra los reyes de Navarra y Aragón<sup>66</sup>.

Las dimensiones totales del edificio eran de 44 x 75 metros<sup>67</sup> y estaba dividido en cuatro naves alargadas apoyadas en una estructura de arcos de medio punto similar a la conservada en otras ciudades. Estas naves albergaban las embarcaciones para su construcción o reparación. La última referencia que tenemos de su uso data de 1475<sup>68</sup> y en 1504 parece que ya han dejado de cumplir su función<sup>69</sup>. En la segunda mitad del siglo XVI aparecen totalmente arruinadas.



14. Reconstrucción de las Atarazanas por José Luis Casado Soto. A la derecha se observa la “torre del Almirante” (Casado Soto, 1983-1986).

<sup>63</sup> CASADO SOTO, J. L. 1983-1986. “Reconstrucción de las Reales Atarazanas de Galeras de Santander” en *Anuario del Instituto de Estudios Marítimos “Juan de la Cosa”*, V, p. 64. A parte de las de Santander, en la península sólo consta documentación de las atarazanas de Sevilla, Málaga, Valencia y Barcelona, lo que refuerza la exclusividad de esta infraestructura.

<sup>64</sup> CASADO SOTO, J. L. 1983-1986. p. 62.

<sup>65</sup> FERNÁNDEZ GONZÁLEZ, L. 2001. pp. 380-381.

<sup>66</sup> CASADO SOTO, J. L. 1983-1986. p. 68.

<sup>67</sup> *Ibíd.* p. 81.

<sup>68</sup> *Ibíd.* p. 68.

<sup>69</sup> *Ibíd.* p. 69.

### 3.3. DE VILLA A CIUDAD (1500-1755)

La Edad Moderna fue para Santander una época de altibajos en la que el desarrollo urbanístico fue mínimo, conservando la misma estructura urbana heredada de tiempos medievales. Sin embargo, sí existieron novedades arquitectónicas propias de la época que renovaron en cierta medida el espacio construido, confiriéndole una mayor monumentalidad. En esta línea, se construyeron el Ayuntamiento, el destacado palacio de los Rivaherrera<sup>70</sup>, el colegio y la iglesia de los jesuitas y el nuevo convento de San Francisco, al mismo tiempo que se renovaba el convento de Santa Clara y se realizaban importantes reformas en la colegiata. Ésta va a pugnar por el título de catedral durante todo el periodo, hasta que en 1754 finalmente lo consiga. Su elección como tal provocará la concesión del título de ciudad al año siguiente.

La suerte de la villa durante estos siglos es controvertida y se ha solido caer en posturas, tanto triunfalistas como fatalistas, que probablemente se alejen de la realidad. Está claro que estos 250 años conllevaron una importante regresión demográfica y constructiva, pero no es menos cierto que la importancia de la villa en su entorno no decayó en demasía y que los principales poderes locales, junto a otros recién llegados, continuaron fomentando importantes construcciones que hicieron de la villa un conjunto urbano más imponente de lo que había sido anteriormente. Resulta inconsistente pensar que las concesiones del obispado y del título de ciudad a mediados del siglo XVIII partieron de la nada, de una pequeña aldea de pescadores que subsistía a duras penas. Por el contrario, esos hechos no son sino consecución de un desarrollo continuado –con marcados baches, eso sí– que entronca con la bonanza de la villa bajomedieval. El desarrollo artístico que vivió Santander en épocas renacentista y barroca así lo demuestra<sup>71</sup>.

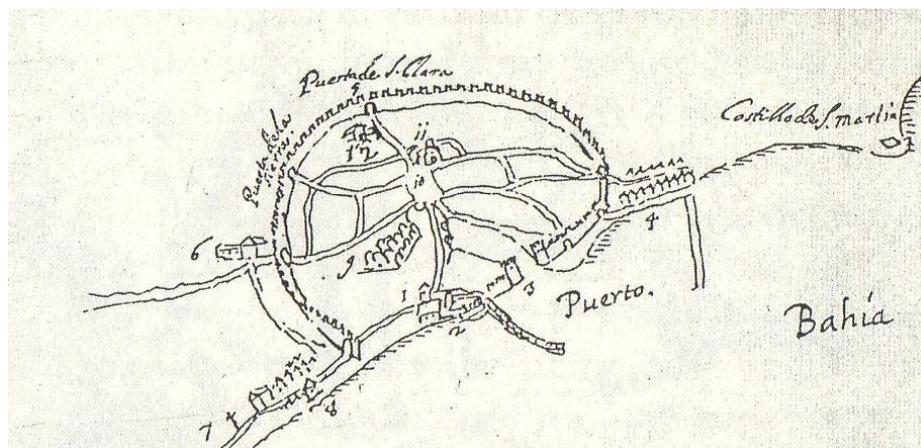
Tres son los aspectos que vamos a resaltar de esta época. En primer lugar, la renovación del entramado portuario y defensivo que vivió la villa en el siglo XVI y, en menor medida, en el XVII, como consecuencia de la adaptación de sus muelles y defensas para albergar a la Armada en su puerto. Por otro lado, la función de la plaza de la Llana

---

<sup>70</sup> Además de otras casas nobles de menor empaque, como la del Marqués de la Conquista en la calle del Arcillero.

<sup>71</sup> ARAMBURU-ZABALA HIGUERA, M. A. y ALONSO RUIZ, B. 1994. p. 19.

como corazón del organismo vivo que es la villa barroca<sup>72</sup>, cuya plaza principal se convierte en el teatro por excelencia, cuajado de balcones, en el que se apiñan los principales poderes<sup>73</sup>. Por último, trataremos la faceta de Santander como “villa conventual”, también propia del barroco<sup>74</sup> y que conllevará un aumento significativo de la preeminencia de los espacios conventuales –y religiosos en general–, en la población, realizándose reformas de gran calado en las construcciones medievales.



15. Plano de Santander por Pellegrino Zuyer. Hacia 1660 (Simón Cabarga, 1979).

### 3.3.1. La renovación del entramado portuario y defensivo

A mediados del siglo XVI los intereses de la monarquía recayeron nuevamente sobre Santander. Dadas las magníficas características de su puerto –uno de los más preparados del cantábrico como hemos visto ya–, se decidió hacer de él base de la Armada, lo que tuvo importantes implicaciones en el entramado portuario y defensivo de la ciudad. En nuestra área de estudio esto significó una ligera adecuación de los muelles, sujeta principalmente a la construcción de un contramuelle al este de la dársena exterior<sup>75</sup> –no hablaremos más de él al alejarse de la zona en cuestión– y a la reparación de los muelles ya existentes, así como a la renovación del arruinado castillo del Rey, que complementó a otras estructuras defensivas que se levantaron en el entorno de la bahía

<sup>72</sup> CÁMARA MUÑOZ, A. 1990. *Arquitectura y sociedad en el siglo de oro: idea, traza y edificio*. Madrid: El Arquero, pp. 224-226.

<sup>73</sup> *Ibíd.* p. 210. Esta concepción del espacio urbano quedó significativamente expuesta en el plano de Santander que el canónigo suizo Pellegrino Zuyer trazó hacia 1660. En él la ciudad figura con una falsa forma circular en el centro de la cual se ubica la plaza de la Llana, de la que parten radialmente el resto de las calles.

<sup>74</sup> ARAMBURU-ZABALA HIGUERA, M. A. 1994. “La huella de San Francisco...”, p. 24.

<sup>75</sup> ARAMBURU-ZABALA HIGUERA, M. A. y ALONSO RUIZ, B. 1994. p. 35 y *Felipe II, los ingenios y las máquinas: ingeniería y obras públicas en la época de Felipe II*. 1998. Madrid: Sociedad Estatal para la Conmemoración de los Centenarios de Felipe II y Carlos V, p. 147.

para proteger el puerto<sup>76</sup>. Entre los ingenieros que participaron en el diseño de las nuevas defensas destacan Cristóbal de Rojas, Vespasiano Gonzaga y el Fratrín<sup>77</sup>.

La tenencia y alcaldía del castillo había pasado por esa época a Juan de Escobedo, quien procedió a su reparación general, a partir de 1570, para reponer las partes arruinadas y adaptar la construcción a las tácticas de la guerra artillada, para la que resultaba inoperante<sup>78</sup>. También construyó allí su residencia, adaptando en los pisos superiores habitaciones –con nuevas ventanas al exterior– y en la planta baja almacenes<sup>79</sup>. En 1590 se levantó en el flanco este del castillo, sobre el puerto y adosada a los pies del muro exterior de la fortaleza, una plataforma con capacidad para cinco cañones<sup>80</sup>, cuya necesidad había sido ya enunciada en el informe que en 1571 había remitido el duque de Medinaceli sobre las reformas a realizar en la plaza para su conveniente defensa<sup>81</sup>. Las reparaciones continuaron en el siglo siguiente, efectuando obras Juan de Naveda hacia 1620<sup>82</sup> ya siendo propiedad de Fernando de Acebedo, quien lo había adquirido en 1617<sup>83</sup>. A partir de 1656 se le dio el nombre “de San Felipe” en referencia a Felipe IV, que autorizó nuevas actuaciones en el edificio<sup>84</sup>; fue entonces cuando se colocó sobre su acceso norte, desde la calle de los Azogues, el escudo de este monarca<sup>85</sup>, bajo el que figuraba la inscripción “Gobernando las armas del Rey Nuestro Señor en estas Cuatro Villas de la Costa y el Principado de Asturias, por su Gracia y Grandeza, don Sebastián Hurtado de Corvera, del Orden de Alcántara y del Consejo Supremo de Guerra, mandó poner a la puerta de este su castillo, las armas reales en 30 días del mes de agosto del año 1656”<sup>86</sup>.

---

<sup>76</sup> El mismo esfuerzo defensivo se dio en los puertos de San Vicente de la Barquera, Suances, Laredo y Castro Urdiales, donde se construyeron plataformas para la artillería. PALACIO RAMOS, R. 2005. *Por mejor servir al rey: el entramado defensivo de Santander (siglos XVI a XIX)*. Santander: Ayuntamiento de Santander, pp. 34-35.

<sup>77</sup> CAMINO Y AGUIRRE, F. G. 1930. “... El siglo XVI”, p. 155.

<sup>78</sup> FERNÁNDEZ GONZÁLEZ, L. 2001. p. 249.

<sup>79</sup> *Ibíd.* p. 250.

<sup>80</sup> PALACIO RAMOS, R. 2005. p. 39.

<sup>81</sup> PORRAS GIL, C. 1995. *La organización defensiva española en los siglos XVI y XVII desde el río Eo hasta el Valle de Arán*. Valladolid: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Valladolid, p. 119.

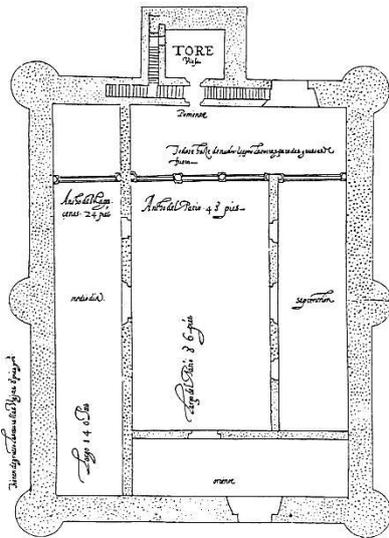
<sup>82</sup> MUÑOZ JIMÉNEZ, J. M. 1985. “Juan de Naveda y la arquitectura del manierismo clasicista en la villa de Santander (1600-1630)” en *Altamira: Revista del Centro de Estudios Montañeses*, Nº 45, pp. 200-205.

<sup>83</sup> ARAMBURU-ZABALA HIGUERA, M. A. y ALONSO RUIZ, B. 1994. p. 77.

<sup>84</sup> PALACIO RAMOS, R. 2005. p. 56. Simón Cabarga creyó erróneamente que el nombre hacía alusión a Felipe II en relación a las obras efectuadas durante su reinado. SIMÓN CABARGA, J. 1979. p. 14.

<sup>85</sup> GONZÁLEZ ECHEGARAY, M. C. 2001. *Escudos de Cantabria. Tomo II: Asturias de Santillana I*. Santander: Librería Estudio, pp. 26-27.

<sup>86</sup> DE ESCALANTE, A. 1999 (1871). p. 161 y DE LOS RÍOS Y FERNÁNDEZ VILLALTA, A. 1891. p. 363.



16. Plano del castillo en 1577  
(Casado Soto, 1985).

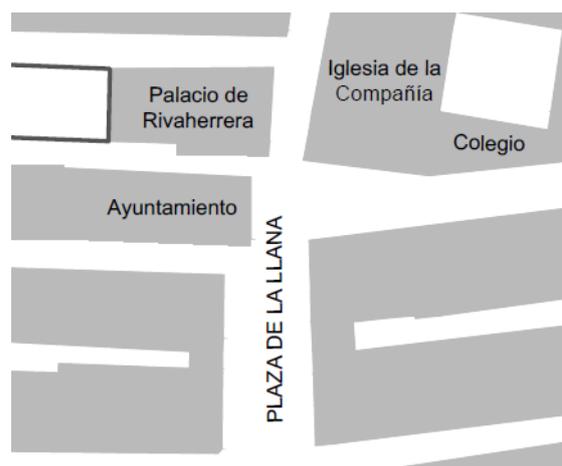


17. Castillo de San Felipe hacia 1890  
(Pérez Sánchez, 2005).

### 3.3.2. La plaza de la Llana

Como ya hemos dicho, la ciudad barroca es un ente orgánico cuyo corazón es la plaza central del mercado. En el caso de Santander, esta plaza principal es la de la Llana, nacida de la urbanización de la Puebla Nueva en el siglo XII. A medida que el grupo de comerciantes locales vaya ganando preeminencia en la villa y que la economía de ésta se vaya centrando en el comercio marino, el peso político y social se irá desplazando de la vieja puebla altomedieval sobre el cerro de Somorrostro hacia esta Puebla Nueva, de linajes más jóvenes, ligados a la actividad portuaria y naviera y, por tanto, más cercanos desde aquí a los muelles de la Ribera y el Cay. La plaza de la Llana va a quedar así como el epicentro de una nueva relación de poderes que van a ir desplazando progresivamente a la vieja abadía y los linajes más antiguos de la rúa Mayor, con los que, a pesar de todo, se sigue manteniendo un diálogo directo a través de la calle del Puente.

La preeminencia de la plaza de la Llana y su carácter de corazón urbano, por el que pasan personas y mercaderías de continuo, la van a transformar en el salón de la población, donde los principales poderes de la villa van a desear asentarse y ser vistos. Esto va a propiciar una dinámica constructiva focalizada en la plaza, de manera que los representantes del poder político, económico y religioso del momento erigirán aquí sus casas, entrando en una muda competencia de muros de piedra que se miran y se abren hacia la plaza en forma de balcones, portadas y soportales. Los protagonistas de este espacio urbano, que pasaremos a tratar a continuación, son el nuevo Ayuntamiento, el palacio de Rivaherrera y el colegio e iglesia de los padres jesuitas.



18. Plaza de la Llana y principales edificios en su entorno (Elaboración propia).

### 3.3.2.1. Ayuntamiento

Tras la ley promulgada en 1480 por los Reyes Católicos instando a la construcción de casas para los concejos<sup>87</sup>, el siglo XVI va a vivir una fiebre constructiva de casas consistoriales en toda la península, como quedará patente en Santander y en poblaciones próximas como Laredo, Escalante o Reinosa<sup>88</sup>. Todos estos concejos tratarán de posicionarse en las plazas más céntricas de sus respectivas poblaciones, las plazas de los mercados<sup>89</sup>, abriéndose a ellas por medio de soportales y balcones. Santander trató de erigir su Ayuntamiento en la primera mitad del siglo, pero fue incapaz de llevar a buen puerto las gestiones comenzadas en 1532. El proyecto se retomó en 1565, y hasta 1568 se prolongaron las compras de solares en el costado occidental de la plaza de la Llana, esquina a la rúa Palacio –después calle del Peso–. En 1587 aún no se había comenzado la construcción, pero el Concejo acordaba por fin “que se dé orden como se hagan las casas del Ayuntamiento desta villa desde el cimiento con salón y cámara de ayuntamiento y audiencia y cerrado para el pan, con una danza de arcos por todas las delanteras y casa para la justicia y para el Alcaide de la cárcel”<sup>90</sup>.

No queda claro si esa fecha fue la de la construcción efectiva del edificio, ya que en la segunda mitad del siglo XVII continúan las referencias a más obras. En cualquier caso,

<sup>87</sup> RINCÓN GARCÍA, W. 1988. *Ayuntamientos de España*. Madrid: Espasa-Calpe, p. 21.

<sup>88</sup> ARAMBURU-ZABALA HIGUERA, M. A. 2001. *Casonas: casas, torres y palacios en Cantabria*. Santander: Fundación Marcelino Botín, tomo II, p. 20.

<sup>89</sup> RINCÓN GARCÍA, W. 1988. p. 20.

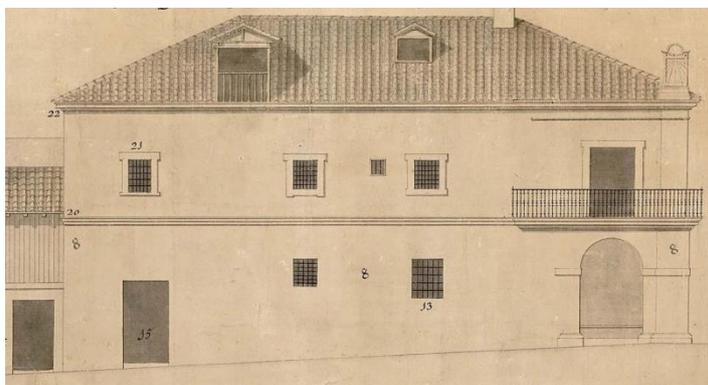
<sup>90</sup> ALONSO RUIZ, B. 1993. “Urbanismo y clasicismo en Santander: la Plaza Vieja hacia 1600” en ARAMBURU-ZABALA HIGUERA, M. A. y GÓMEZ MARTÍNEZ, J. (Eds.) *Juan de Herrera y su influencia: actas del Simposio: Camargo, 14-17 Julio 1992*. Santander: Fundación Obra Pía Juan de Herrera/Universidad de Cantabria, p. 321 y ARAMBURU-ZABALA HIGUERA, M. A. 2001. Tomo II, p. 28.

estas operaciones de 1668-1676 a cargo de Jerónimo de la Riva y Francisco de la Sierra<sup>91</sup> parecen más bien reformas de un edificio preexistente que se considera ya viejo. Así, parece que el Ayuntamiento sí se construyera durante el siglo anterior y que para esta época, con casi un siglo de existencia, se procediera a su renovación en clave barroca. Estas reformas se completaron con el hinchado de la cornisa y el antepecho del balcón, además de la obra de hierro del balcón en 1676 por el maestro cerrajero Pedro Gutiérrez<sup>92</sup>.

La Casa Consistorial original, modificada en el siglo XIX, constaba de dos pisos, el primero con un soportal con cuatro arcos de medio punto y el segundo con un balcón corrido y cuatro vanos<sup>93</sup>. Entre estos huecos del piso superior se situaron tres escudos. El central correspondía a las armas de Carlos II, último monarca de la Casa de Austria, y que se habría colocado en el momento de la reforma; los laterales eran los dos escudos de la ciudad de Santander, quizás de la misma época: el de la nave correspondiente al sello medieval de la ciudad –conservado actualmente en el Museo Marítimo del Cantábrico– y el más moderno de la conquista de Sevilla<sup>94</sup>. El interior del edificio se decoró profusamente ya en época borbónica, situándose en la Sala Capitular un dosel de terciopelo rojo bajo el que se cobijaba el cuadro de Fernando VII de Goya, hoy en el Museo de Arte Moderno y Contemporáneo de Santander (MAS), acompañado por los retratos de Felipe V, Fernando VI, Carlos III y Carlos IV en el resto de la estancia<sup>95</sup>.



20. Fachada principal del Ayuntamiento hacia la plaza de la Llana a mediados del siglo XIX (Biblioteca Nacional).



19. Fachada lateral del Ayuntamiento hacia la calle del Peso a comienzos del siglo XIX (Archivo de la Real Chancillería de Valladolid).

<sup>91</sup> *Ibíd.* p. 78.

<sup>92</sup> *Ibíd.* Tomo II, pp. 123-124.

<sup>93</sup> Se trata de la típica configuración clasicista para los Ayuntamientos del siglo XVI, análoga a los del resto de la región. Las reformas barrocas del siglo XVII alteraron sensiblemente su fisonomía con grandes cornisas. ESCUDERO SÁNCHEZ, M. E. 2010. *Las Cuatro Villas de la Costa de la Mar: arquitectura y urbanismo en la Edad Moderna*. Santander: Ediciones de la Universidad de Cantabria, p. 69.

<sup>94</sup> FRESNEDO DE LA CALZADA, J. 1923. *Del Santander antiguo...*, p. 26.

<sup>95</sup> ARAMBURU-ZABALA HIGUERA, M. A. 2001. Tomo II, p. 124.

### 3.3.2.2. *Palacio de Rivaherrera*

La familia de los Rivaherrera, procedente de la localidad de Gajano, era la más preeminente de la villa a finales del siglo XVI, cuyos negocios vinculados al comercio marítimo la habían situado en una posición privilegiada en la población. Por tanto, no debe extrañarnos el papel que jugaron en la actividad constructiva de su época, al ser la familia más activa económica y artísticamente<sup>96</sup>. Fernando de la Rivaherrera y González de Cossío, Proveedor y Veedor General de las Armadas, fue quien decidió construir a comienzos del siglo XVII la nueva casa de la familia en la plaza de la Llana, al mismo tiempo que su hermano Francisco reformaba en 1617 la casa que poseían en la rúa Mayor<sup>97</sup>, símbolo del antañón orgullo nobiliario. De esta manera, la familia establecía un formidable diálogo entre la tradición y el prestigio que representaban los viejos caserones de la Puebla Vieja y la pujanza económica exhibida en plena plaza de la Llana, puerta con puerta con el recientemente construido Ayuntamiento. Esta nueva casa era la materialización del poder que la familia había llegado a acumular<sup>98</sup>.

El palacio de los Rivaherrera en la plaza de la Llana se elevaba originalmente un piso por encima del vecino Ayuntamiento, accediéndose al interior por medio de una gran arcada desde la calle de Santa Clara. Su situación complicada, encajada en una esquina de la plaza, se resolvió por medio de un excepcional balcón en esquina que conseguía hacer participar a la familia del teatro que era la plazuela<sup>99</sup>. Sobre éste se colocó el escudo de la familia. La fachada principal a la plaza y a la calle de Santa Clara –de gusto arcaizante<sup>100</sup>– era de sillares, mientras que las paredes posteriores se construyeron



21. Palacio de Rivaherrera a comienzos del siglo XX (Pérez Sánchez, 2005).

<sup>96</sup> ALONSO RUIZ, B. 1993. p. 322.

<sup>97</sup> ARAMBURU-ZABALA HIGUERA, M. A. 2001. Tomo II, p. 80.

<sup>98</sup> ESCUDERO SÁNCHEZ, M. E. 2005. “La élite santanderina en la Edad Moderna: la vivienda como símbolo del prestigio social” en *Trasdós: Revista del Museo de Bellas Artes de Santander*, Nº 7, p. 94.

<sup>99</sup> Son absurdas las especulaciones tradicionales de que el palacio fue recrecido hacia la plaza para poder apreciar el reloj del torreón de la catedral a través de la calle del puente.

<sup>100</sup> Combina elementos clasicistas con ideas heredadas del plateresco, como el propio balcón en esquina. Es también posible que el edificio sufriera alteraciones en el siglo XVIII, como sugieren algunos de sus balcones. ALONSO RUIZ, B. 1993. p. 322.

en mampostería. Esta técnica era habitual en la época con el objeto de abaratar costes<sup>101</sup>. En la parte trasera del palacio, hacia la futura calle Lealtad, existió el jardín de la casa, que permaneció sin construir hasta su desaparición en 1941.

### 3.3.2.3. *Colegio e iglesia de los jesuitas*

Desde 1595 los padres jesuitas ya buscaban un emplazamiento adecuado para su establecimiento en la villa<sup>102</sup>. El Concejo, consciente de las ventajas que entrañaba la llegada de los jesuitas a la población, no dudó en apoyar a la orden, liberando del pago de alcabala a los vecinos que dispusieran sus terrenos para los intereses de los recién llegados<sup>103</sup>. Éstos, patrocinados por Magdalena de Ulloa –esposa del mayordomo de Carlos V, Luis de Quijada<sup>104</sup>–, decidieron establecerse en la esquina noreste de la plaza de la Llana, en una abierta declaración de intenciones sobre la preeminencia que buscaban en la villa. Allí levantaron un complejo de grandes dimensiones –sólo comparable en tamaño al convento de San Francisco– compuesto por colegio, residencia e iglesia. Jovellanos diría de estos edificios que eran “lo mejor que había de arquitectura en Santander”<sup>105</sup>.

La compra de los terrenos se prolongó entre 1603 y 1616, sufriendo la obra continuos contratiempos debidos a las trabas que ofrecía la abadía, recelosa del establecimiento de los jesuitas en la población por significar un contrapunto de poder religioso en la villa a todas luces no deseado por la colegial<sup>106</sup>. La construcción del colegio comenzó el mismo año de 1603 y la de la iglesia en 1607 o 1615, difiriendo la

---

<sup>101</sup> Sin embargo, hay quien ha querido ver en esta diferenciación de fachadas un erróneo argumento para sostener la teoría del recrecimiento hacia la plaza, diferenciando dos momentos constructivos. DE LA LASTRA VILLA, A. 1976. “De la arquitectura santanderina: el palacio de Riva-Herrera, desaparecido” en VV. AA. *XL Aniversario de la fundación del Centro de Estudios Montañeses*. Santander, Vol. 2, pp. 57-58.

<sup>102</sup> CASCÓN, M. 1952. “La historia del Colegio de la Compañía de Jesús, de Santander” en *Altamira: Revista del Centro de Estudios Montañeses*, Nº 1, p. 5. Es probable que la elección de Santander para su sede en la región viniera condicionada por ser el puerto de estancia de los galeones de la Armada, además de la entrada predilecta de luteranos del norte. FERNÁNDEZ MARTÍN, L. 1997. “Notas históricas sobre el colegio de la compañía de Jesús de Santander” en *Altamira: Revista del Centro de Estudios Montañeses*, Nº 53, pp. 197-198.

<sup>103</sup> BLASCO MARTÍNEZ, R. M. (Ed.) 2002. *Los libros de acuerdos municipales de Santander, siglo XVII*. Santander: Ayuntamiento de Santander, Vol. I, p. 356.

<sup>104</sup> CASCÓN, M. 1952. p. 4 y GONZÁLEZ ECHEGARAY, M. C. 2000. p. 28. El establecimiento de los jesuitas siempre se efectuaba por medio de patronazgos que abalaran no sólo la construcción de los edificios, sino la permanencia del proyecto educativo de la orden. FERNÁNDEZ MARTÍN, L. 1997. p. 197.

<sup>105</sup> LÓPEZ GARCÍA, D. 2000. *Cinco siglos de viajes por Santander y Cantabria*. Santander: Concejalía de Cultura del Ayuntamiento de Santander, p. 128.

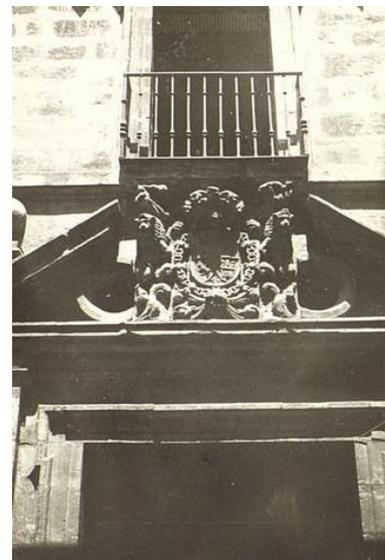
<sup>106</sup> ALONSO RUIZ, B. 1993. p. 320.

fecha según el autor<sup>107</sup>. El colegio se componía de un amplio edificio de dos plantas estructurado en torno a un claustro central de arcos de medio punto; adosado a éste, en la parte posterior hacia las huertas que subían en dirección a la muralla, se encontraba la residencia, también con un patio central de menores dimensiones y con pozo<sup>108</sup>. La iglesia se situó al oeste del conjunto, visible desde la plaza. Desde la residencia partía un pasadizo elevado hacia las huertas, en dirección norte, sobrevolando la calleja de las Escuelas<sup>109</sup>; este paso desapareció en 1872, pudiendo verse hasta 1908 en la fachada el arranque del arco que lo había sostenido<sup>110</sup>.

Sobre la puerta principal del colegio, en la calle de la Compañía, existió un gran escudo con las armas reales, colocado previsiblemente a raíz de la expulsión de los jesuitas en 1767 para afirmar su pertenencia a la monarquía<sup>111</sup>. Después de estos hechos el colegio pasó a funcionar como seminario<sup>112</sup> y residencia del obispo. La fachada principal y parte del claustro desaparecieron en 1919 con la construcción de los almacenes de Pérez del Molino, que mutilaron el complejo<sup>113</sup>, definitivamente destruido en 1941 junto a las escuelas que en 1820 se habían construido adosadas al este, sobre la plaza de las Escuelas, y que también formaban parte de los almacenes<sup>114</sup>.



22. Fachada del colegio a la calle de la Compañía a principios del siglo XX (De Castro, 1918).



23. Escudo real sobre la puerta del colegio (De Castro, 1918).

<sup>107</sup> FERNÁNDEZ MARTÍN, L. 1997. p. 199.

<sup>108</sup> GONZÁLEZ ECHEGARAY, M. C. 2000. pp. 61-62.

<sup>109</sup> *Ibíd.* pp. 39-40.

<sup>110</sup> FRESNEDO DE LA CALZADA, J. 1923. *Del Santander antiguo...*, p. 38.

<sup>111</sup> FERNÁNDEZ MARTÍN, L. 1997. p. 200.

<sup>112</sup> GONZÁLEZ ECHEGARAY, M. C. 2000. p. 94.

<sup>113</sup> FRESNEDO DE LA CALZADA, J. 1923. *Del Santander antiguo...*, pp. 38-39 y GONZÁLEZ ECHEGARAY, M. C. 2000. p. 111.

<sup>114</sup> SIMÓN CABARGA, J. 1979. p. 267.

La iglesia, única superviviente y ligeramente transformada<sup>115</sup>, fue acabada con el apoyo económico de José de Villapiente, a quien pertenecen los escudos de su fachada, entre los que se encuentra una hornacina que albergó hasta el incendio una imagen de San Ignacio de Loyola, después sustituida por Nuestra Señora de la Bien Aparecida, patrona de la región<sup>116</sup>. Desconocemos quien estuvo detrás de esta construcción, aunque diversos autores la atribuyen a Juan de Nates, dada la similitud con otras de sus obras<sup>117</sup>, al arquitecto jesuita Juan de Tolosa<sup>118</sup> o a Juan de Naveda<sup>119</sup>. Su estilo no se aparta del sobrio clasicismo contrarreformista imperante en la época, estrechamente ligado al círculo vallisoletano, cosa no extraña dada la procedencia de su promotora Magdalena de Ulloa. La iglesia está compuesta por una nave cubierta por bóveda de cañón a la que se abren en sus dos costados una serie de capillas con bóveda de arista; el transepto no sobresale del rectángulo en el que se inscribe el edificio y su crucero se cubre con una cúpula con linterna. En la cabecera tiene adosada una torre campanario que sustituyó en algún momento no identificado a una espadaña cuyos arcos son aún apreciables<sup>120</sup>. La iglesia quedó terminada en 1637 con la erección del retablo y la colocación de los escudos de la fachada<sup>121</sup>.



24. Plano del complejo levantado por los jesuitas (Elaboración propia).



25. Iglesia de la Compañía hacia 1930 (González Echegaray, M. C., 2000).

<sup>115</sup> A parte de la completa reconstrucción de todo su tercio oeste tras la guerra civil, destaca la apertura de sendas ventanas circulares en su fachada a principios del siglo XX y la remoción tras el incendio de la espadaña que remataba el frontón de la misma. GONZÁLEZ ECHEGARAY, M. C. 2000. p. 56.

<sup>116</sup> PEREDA DE LA REGUERA, M. 1954. "Miscelánea histórico-artística" en *Altamira: Revista del Centro de Estudios Montañeses*, Nº 1-3, p. 159.

<sup>117</sup> PEREDA DE LA REGUERA, M. 1953. *Juan de Nates*. Santander: Librería Moderna., p. LVI.

<sup>118</sup> MUÑOZ JIMÉNEZ, J. M. 1985. pp. 191-192.

<sup>119</sup> LOSADA VAREA, C. 2007. *La arquitectura en el otoño del Renacimiento: Juan de Naveda (1590-1638)*. Santander: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cantabria, p. 249.

<sup>120</sup> GONZÁLEZ ECHEGARAY, M. C. 2000. p. 55.

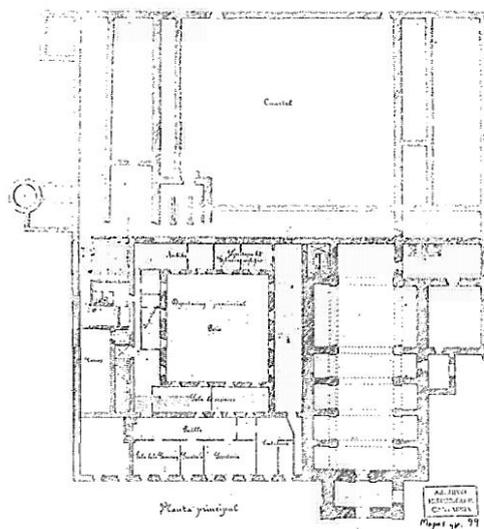
<sup>121</sup> MUÑOZ JIMÉNEZ, J. M. 1985. p. 193.

### 3.3.3. La villa conventual

#### 3.3.3.1. Reformas en los conventos de San Francisco y Santa Clara

A partir de finales del siglo XVI, al calor de la Contrarreforma, se produjo un nuevo impulso constructivo que, a parte de la edificación de nuevos espacios religiosos, también incidió en la renovación de los ya existentes<sup>122</sup>. En el caso de Santander, este fenómeno alcanzó de lleno a los conventos medievales de San Francisco y Santa Clara, que variaron su aspecto en distinta medida y, gracias a su engrandecimiento, ornamentación y mayor preeminencia social, participaron de la villa conventual en la que se estaba convirtiendo Santander como tantas otras.

El convento de San Francisco fue el que vivió los cambios más radicales, al ser prácticamente demolido el viejo complejo medieval para la construcción de otro de nueva planta, respetando muy poco del original. Ya había obras en marcha en 1610<sup>123</sup> y hasta 1687 no se darían por acabadas, habiéndose ejecutado primeramente el claustro y después la iglesia<sup>124</sup>. Así, quedó configurado el convento que permanecería en pie hasta finales del siglo XIX, compuesto por una robusta iglesia rectangular, apoyada en prominentes contrafuertes entre los que se cobijaban las capillas, y un claustro con arcos y bóvedas de arista en sus cuatro pandas al oeste de la anterior. En torno al claustro se ubicaron las dependencias conventuales, mientras que al este de la iglesia se adosaron las sacristías. Al norte de ambas construcciones se alzaron dos alas paralelas que avanzaban unos metros hacia el norte y encerraban entre sí las huertas del complejo. Destacaba especialmente la anchura de la iglesia, inusual para el siglo XVII y que probablemente se debió a su uso como lugar de enterramiento<sup>125</sup>.



26. Planta del convento de San Francisco en 1878 (Vaquerizo Gil, 1989).

<sup>122</sup> ARAMBURU-ZABALA HIGUERA, M. A. 1994. "La huella de San Francisco...", p. 35.

<sup>123</sup> ALONSO RUIZ, B. 2000. "El urbanismo de la Edad Moderna" en POLO SÁNCHEZ, J. J. (Ed.) *Catálogo del patrimonio cultural de Cantabria. Tomo III: Santander y su entorno*. Santander: Consejería de Cultura y Deporte, pp. 110-114.

<sup>124</sup> ARAMBURU-ZABALA HIGUERA, M. A. 1994. "La huella de San Francisco...", p. 24. Después de esa fecha aún se produjeron algunas obras más en la cocina, el refectorio y la sacristía. COFIÑO FERNÁNDEZ, I. 2004. p. 244.

<sup>125</sup> ARAMBURU-ZABALA HIGUERA, M. A. 1994. "La huella de San Francisco...", p. 28.

Desconocemos quién fue el tracista del nuevo convento, aunque diversos autores señalan a Juan de Naveda, presente en la villa en aquellos años<sup>126</sup>. Para su construcción se emplearon sillares de las ya arruinadas atarazanas cedidos por el Concejo<sup>127</sup> y en la fachada de la iglesia quedó fijada la fecha de construcción de ésta: 1639<sup>128</sup>, junto a un escudo real y una inscripción que hacía gala de estas armas: “Este divino toisón y sacrosantas señales entienda el mundo que son armas de esta religión aunque son armas reales. Porque el Rey las ganó y pudo disponer de ellas sólo a Francisco las dio y por honrarse con ellas a nosotros las dejó”. A comienzos del siglo XX el escudo fue mandado picar por el párroco, pero la inscripción subsistió hasta la demolición de la iglesia en 1936<sup>129</sup>.



27. Convento de San Francisco a finales del siglo XIX (Casado Soto, 1977).

En el convento de Santa Clara las reformas fueron más contenidas, manteniéndose el grueso de la construcción medieval. En 1654 se levantaron un nuevo coro y una nueva espadaña con trazas de Francisco de la Riva Velasco<sup>130</sup>, además de otras obras menores cuya documentación conservada es incompleta, pero que aluden a la reconstrucción parcial de algunas de las dependencias conventuales por Pedro de Gandarillas en 1705<sup>131</sup>. Todo ello renovó el aspecto gótico original por otro en clave clasicista.

<sup>126</sup> *Ibíd.* pp. 28-29 y LOSADA VAREA, C. 2007. p. 245.

<sup>127</sup> ARAMBURU-ZABALA HIGUERA, M. A. 1994. “La huella de San Francisco...”, p. 25.

<sup>128</sup> DE ESCALANTE, A. 1999 (1871). p. 133.

<sup>129</sup> FRESNEDO DE LA CALZADA, J. 1923. *Del Santander antiguo...*, pp. 8-9. El sillar con la inscripción fue rescatado y se custodia actualmente en el interior del Ayuntamiento. ACEBO GONZÁLEZ, C. 2005. *Santander: monumentos y motivos ornamentales*. [S. l.]: [s. n.], p. 7.

<sup>130</sup> ARAMBURU-ZABALA HIGUERA, M. A. 1994. “La huella de San Francisco...”, p. 36.

<sup>131</sup> ALONSO RUIZ, B. 2000. pp. 114-115 y COFIÑO FERNÁNDEZ, I. 2004. p. 245.

### 3.3.3.2. Reformas en la colegial

También la colegial participó del nuevo impulso constructivo, aunque con un factor diferencial: sus reformas estuvieron marcadas por la pretensión de constituirse en obispado, lo que conllevaba dotar a la iglesia de una ornamentación y grandiosidad propias de una catedral. En la pugna por hacerse con la capitalidad de la futura diócesis, la colegiata de Santander luchó contra la de Santillana, estableciéndose una carrera de obras que hicieron variar ostensiblemente la vieja mole medieval santanderina, buscando un aspecto más propio de las corrientes clasicistas y barrocas del momento<sup>132</sup>. En última instancia, sería la colegiata santanderina la que fuera nombrada sede de la nueva diócesis en 1754.

La pugna por la catedralidad vivió su punto álgido en la década de 1660, cuando se efectuaron inspecciones a la colegiata santanderina para analizar su estado. Estas inspecciones fueron las que desataron los principales esfuerzos renovadores, que comenzaron en 1668 con la construcción de una sacristía, una antesacristía y un oratorio, todo ello con proyecto de Francisco del Pontón Setién, al mismo tiempo que se levantaba la nueva portada de la iglesia en el acceso desde el claustro<sup>133</sup>. En ese mismo año se proyectó el nuevo coro, que sustituyó al antiguo de madera; es probable que fuera trazado también por Francisco del Pontón<sup>134</sup>.

Las obras continuaron en 1698 con la construcción de una portada monumental hacia el sur, en la esquina de la calle del Puente, a cargo de Gregorio de la Roza. Este nuevo acceso, que había de convertirse en el principal –evitando el paso por el claustro– requirió una escalinata de importantes dimensiones para salvar el desnivel. La puerta quedó coronada por un dintel con las cabezas de San Emeterio y san Celedonio en relieve, lo que le dio el nombre a la misma y a la escalera de “los Mártires”<sup>135</sup>. Más adelante, en 1719, José y Juan de Cereceda, Juan Antonio del Palacio, Juan Solana y Juan Solana Palacios iniciaron la ampliación de la cabecera<sup>136</sup>, que conllevó la total destrucción de la cabecera poligonal medieval y su sustitución por otra ochavada, además de la

---

<sup>132</sup> COFIÑO FERNÁNDEZ, I. 2004. p. 243.

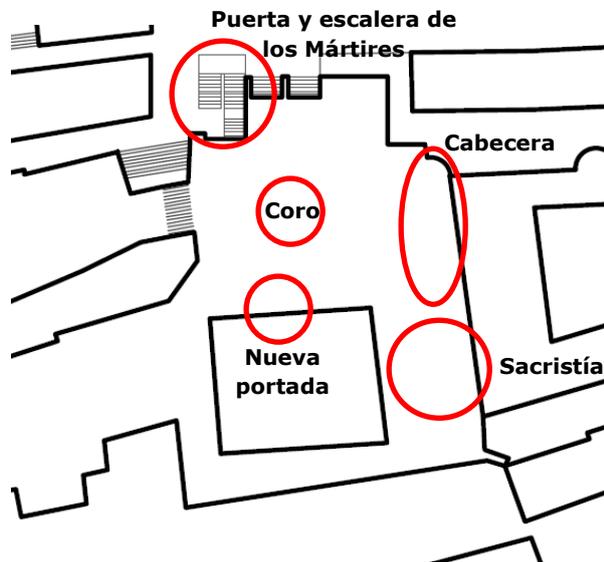
<sup>133</sup> ARAMBURU-ZABALA HIGUERA, M. A. 1997. “De Colegiata a Catedral” en CASADO SOTO, J. L. (Ed.) *La Catedral de Santander, patrimonio monumental*. Santander: Fundación Marcelino Botín, p. 131.

<sup>134</sup> *Ibíd.* pp. 131-132.

<sup>135</sup> *Ibíd.* pp. 135-137 y COFIÑO FERNÁNDEZ, I. 2004. p. 243. Posteriormente se colocaron también a ambos lados de la puerta sendos escudos episcopales. DE CASTRO, C. 1918. *Catálogo monumental y artístico de la provincia de Santander*. Inédito, p. 49.

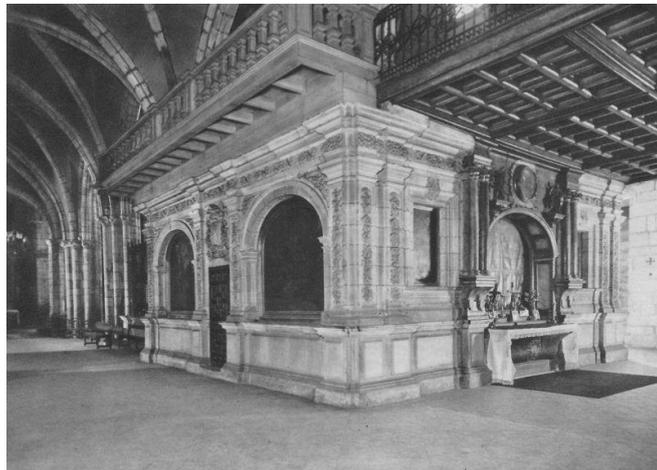
<sup>136</sup> COFIÑO FERNÁNDEZ, I. 2004. p. 244.

incorporación de un tramo más de nave previo a la cabecera, lo que provocó que la iglesia se adosara a los muros del castillo e hiciera desaparecer el callejón hasta entonces existente entre ambos<sup>137</sup>. En la nueva cabecera, acabada hacia 1726<sup>138</sup>, se colocó un altar churrigueresco<sup>139</sup>.



28. Reformas barrocas en la catedral (Elaboración propia).

29. Puerta y escalinata de los Mártires a comienzos del siglo XX (Casado Soto, 1997, *La Catedral de Santander...*).



30. Coro barroco de la catedral antes del incendio (Casado Soto, 1997, *La Catedral de Santander...*).

31. Interior de la catedral a comienzos del siglo XX (Casado Soto, 1997, *La Catedral de Santander...*).

<sup>137</sup> ARAMBURU-ZABALA HIGUERA, M. A. 1997. p. 137.

<sup>138</sup> *Ibíd.* p. 140.

<sup>139</sup> DE CASTRO, C. 1918. pp. 53-54.

### 3.4. LA CIUDAD BURGUESA (1755-1936)

A partir de la segunda mitad del siglo XVIII, y ya de forma plena en el XIX, se desarrolló un nuevo modelo de relaciones económicas y sociales que acabó configurando el nuevo orden socioeconómico burgués. Este proceso implicó también cambios radicales en la fisonomía urbana de las ciudades, que hubieron de adaptar su espacio al nuevo marco económico y social. Esto implicó una fuerte ruptura con el modelo de ciudad preexistente, un quiebro abrupto en el desarrollo histórico seguido hasta la fecha; ya no fueron suficientes meras operaciones de cirugía urbana como las acometidas durante el Antiguo Régimen, sino que se hizo necesario un replanteamiento global del espacio construido para adaptarlo a las nuevas necesidades, mejorando la viabilidad, la seguridad, la higiene y el ornato<sup>140</sup>.

Podemos englobar en tres grandes líneas las principales modificaciones urbanísticas que protagonizaron el proceso: la progresiva supresión de los límites espaciales de la ciudad, eliminando los muros o tapias que la habían encerrado desde siglos atrás, para desbordarse en múltiples direcciones; la uniformización sistemática del trazado urbano, siguiendo severas pautas de jerarquización; y la introducción del elemento vegetal en el espacio construido, apareciendo árboles en calles, plazas, parques y paseos, hasta entonces restringidos al medio rural y a las fincas particulares<sup>141</sup>.

Hemos dividido este capítulo en una secuencia adaptada de la división efectuada por Bidagor Lasarte sobre el desarrollo urbano decimonónico. Así, las tres generaciones propuestas por Bidagor –fernandina, isabelina y de la Restauración<sup>142</sup>– se han transformado, atendiendo a las particularidades locales, en:

-Génesis de la ciudad burguesa (1754-1850). Desde la erección del obispado de Santander hasta la desamortización y las reformas de Antonio Zabaleta a mediados del siglo XIX.

-Desarrollo de la ciudad burguesa (1850-1893). Desde las reformas de Zabaleta hasta la explosión del Cabo Machichaco y la consiguiente reformulación de la ciudad de Lavín Casalís por medio del Plan Extraordinario de Obras Municipales.

---

<sup>140</sup> ANGUITA CANTERO, R. 1997. *Ordenanza y policía urbana: los orígenes de la reglamentación edificatoria en España (1750-1900)*. Granada: Universidad de Granada, p. 227.

<sup>141</sup> BIDAGOR LASARTE, P. 1968. "El siglo XIX" en GARCÍA Y BELLIDO, A., TORRES BALBÁS, L., CERVERA VERA, L., CHUECA GOITIA, F. y BIDAGOR LASARTE, P. *Resumen histórico del urbanismo en España*. Madrid: Instituto de Administración Local, p. 252.

<sup>142</sup> *Ibíd.*

-Consolidación de la ciudad burguesa (1893-1936). Desde el Plan Extraordinario de Obras Municipales hasta los albores de las reformas del alcalde Castillo durante la Guerra Civil.

### **3.4.1. Génesis de la ciudad burguesa (1755-1850)**

La erección de la diócesis de Santander en 1754 y la inmediata concesión del título de ciudad a la entonces villa<sup>143</sup> coincidió con un desarrollo sin precedentes de la economía local, espoleada gracias al Reglamento de Libre Comercio que en 1778 permitió abrir el puerto de Santander al comercio americano. Esta actividad comercial incentivó la implantación de nuevos negocios que dieron lugar a una emergente burguesía que comenzó a tomar las riendas de la vieja villa y a modernizar su entramado urbano de manera progresiva, si bien la aristocracia local, encabezada por Manuel Francisco Ceballos, conde de Villafuertes, trató de parar estos cambios<sup>144</sup>. En última instancia, se produjo el nacimiento de una nueva ciudad, volcada a las actividades portuarias y con un naciente sector industrial.

Esto produjo un importante aumento de la población y de las necesidades de nuevos espacios, tanto habitacionales como dedicados a actividades productivas, lo que conllevó la expansión de la ciudad más allá de sus murallas, creando los ensanches y derribando los viejos muros que encerraban la ciudad. Este proceso es especialmente relevante en nuestro estudio, ya que supone el comienzo de la singularidad de nuestra área de estudio como “casco antiguo” o “centro histórico” por contraposición al resto de la ciudad; en otras palabras, pasamos de estudiar el total de la urbe a tan sólo la parte más nuclear y vieja, al margen del resto de dinámicas urbanas que se sucederán en otros puntos de la ciudad. Esta parte antigua irá degradándose progresivamente –en especial la Puebla Vieja por sus difíciles accesos–, perdiendo población y reteniendo tan sólo a las clases más humildes, mientras que los más pudientes huirán a los nuevos ensanches.

#### *3.4.1.1. Primeras medidas de policía urbana*

La gran preocupación de la Ilustración, mantenida a lo largo del siglo XIX, fue la búsqueda de espacios más higiénicos que mejoraran la calidad de vida de las poblaciones urbanas y pusieran freno a las epidemias que asolaban de manera periódica las ciudades.

---

<sup>143</sup> La concesión del título de ciudad en 1755 no vino sino a refrendar la situación que *de facto* ya había quedado establecida con la erección del obispado el año anterior.

<sup>144</sup> ARAMBURU-ZABALA HIGUERA, M. A. 2001. Tomo II, p. 268.

Esto implicó una amplia política de reformas en materias de alcantarillado, enterramientos o ampliación de calles, regulando las dimensiones de éstas y de los propios edificios en búsqueda de una mayor ventilación de los mismos. En Santander es a finales del siglo XVIII cuando comienza a hacerse patente esta preocupación, desarrollándose desde entonces un número creciente de operaciones de higienización de la ciudad, hasta entonces reducidas a pequeñas intervenciones improvisadas de pequeño calado y escasa repercusión.

Al frente de estas medidas iniciales estuvo el conde de Villafuertes, regidor de la ciudad en la segunda mitad del siglo XVIII. Bajo su mandato se procedió a la demolición de un buen número de casas arruinadas<sup>145</sup> y a la redimensión de otros tantos solares que estrechaban distintos puntos del entramado urbano. De la misma manera, se realizó un importante esfuerzo en la construcción de una red básica de alcantarillado<sup>146</sup>, fruto en cierta medida del cegamiento de gran parte de la ría. También en esta época se comenzó a barajar el traslado del cementerio de San Francisco, junto al convento, a la actual calle Alta, lugar alto, ventilado y alejado por entonces de la población<sup>147</sup>; este cementerio sería bendecido en 1830 con el nombre de San Fernando<sup>148</sup>. En la misma línea se alejó también el matadero de la calle del Puente<sup>149</sup>, que fue remplazado por uno nuevo en 1797 en la parte posterior del convento de San Francisco, en el emplazamiento de la actual parroquia del mismo nombre<sup>150</sup>. José Alday dirigió estas actuaciones tras visitar Madrid y otras ciudades en las que se estaban desarrollando proyectos similares<sup>151</sup>.

---

<sup>145</sup> Estas operaciones, desatadas en la época de la concesión del título de ciudad, tuvieron también un importante sesgo especulativo. SIMÓN CABARGA, J. 1979. p. 187. A pesar de ello, su carácter regulador resulta innegable, como demuestran medidas tan avanzadas como la instauración de un límite de alturas. *Ibíd.* pp. 192-193.

<sup>146</sup> SIMÓN CABARGA, J. 1981. *Santander. Sidón Ibera*. Santander: Librería Estudio, p. 105. Y BLASCO MARTÍNEZ, R. M. (Ed.) 2010. *Los libros de acuerdos municipales de Santander, 1786-1800*. Santander: Ayuntamiento de Santander, p. 83.

<sup>147</sup> También se barajó su traslado al sitio de San Sebastián, en la ladera sur de General Dávila, lugar finalmente desechado en 1791. SIMÓN CABARGA, J. 1979. p. 63 y BLASCO MARTÍNEZ, R. M. (Ed.) 2010. p. 164.

<sup>148</sup> BERMEJO LORENZO, C. 2005. *Las necrópolis de Santander: evolución histórica y análisis artístico*. Santander: Ayuntamiento de Santander, pp. 57-64.

<sup>149</sup> El viejo matadero databa de 1686. FRESNEDO DE LA CALZADA, J. 1956. "Historia urbana de Santander" en CAMIROAGA DE LA VEGA, A. (Ed.) *Antología de escritores y artistas montañeses XLV*. Santander: La Moderna, p. 60 y SIMÓN CABARGA, J. 1979. pp. 369-370.

<sup>150</sup> SIMÓN CABARGA, J. 1979. p. 370.

<sup>151</sup> *Ibíd.* pp. 190-191.

### 3.4.1.2. *La expansión interior: cegamiento de la ría*

El cegamiento de la ría de Becedo responde a la confluencia de diversas dinámicas urbanas. Por un lado, la necesidad de ampliar el espacio habitable y comercial de la ciudad en un tiempo en que ésta aún se encontraba constreñida en el interior de las murallas obligó a buscar alternativas dentro de las mismas. Por otro lado, las deficientes condiciones higiénicas que padecía la ría aconsejaban su relleno y la canalización de sus aguas hacia la bahía, eliminando el pozo de inmundicias en que se había convertido. Definitivamente, la progresiva colmatación espontánea del lecho de la ría propició su paulatino abandono como puerto interior<sup>152</sup>, retirándose la actividad portuaria más allá del puente. Las actividades económicas de Juan Fernández de Isla serán el desencadenante de la reordenación de esta zona, configurando la calle de Atarazanas y abriendo con ello la conexión efectiva este-oeste a través de la vaguada.

Los problemas que ocasionaba la presencia de un flujo de aguas por el interior de la villa se venían arrastrando desde hacía tiempo. A este cauce vertían sus desperdicios las casas de la calle San Francisco mediante boquerones que caían directamente sobre la ría, lo que provocaba serios problemas de salubridad dada la irregular presencia de agua, que estaba sujeta a los periodos de mareas. Conocemos distintas peticiones del concejo y de los frailes de San Francisco a lo largo del siglo XVII para que se despejara el paso de agua por el lugar y se evitara el estancamiento de la misma, así como la inundación de las calles cercanas y del propio convento<sup>153</sup>.

En 1752, por la Real Orden del 21 de febrero, se le dio licencia a Juan Fernández de Isla para la construcción de tres conjuntos de edificaciones en la villa para el desarrollo de sus negocios. Estas son: una fábrica de jarcia más arriba de Becedo (actual margen sur de la calle Burgos), unos almacenes aprovechando los restos de las antiguas atarazanas, y su propia residencia junto al muelle, a los pies del castillo<sup>154</sup>. Así, la ría se convierte en el eje fundamental de las actividades de Fernández de Isla, propiciando el relleno del entorno de las atarazanas, que son remodeladas para albergar dos almacenes. De éstos, el

---

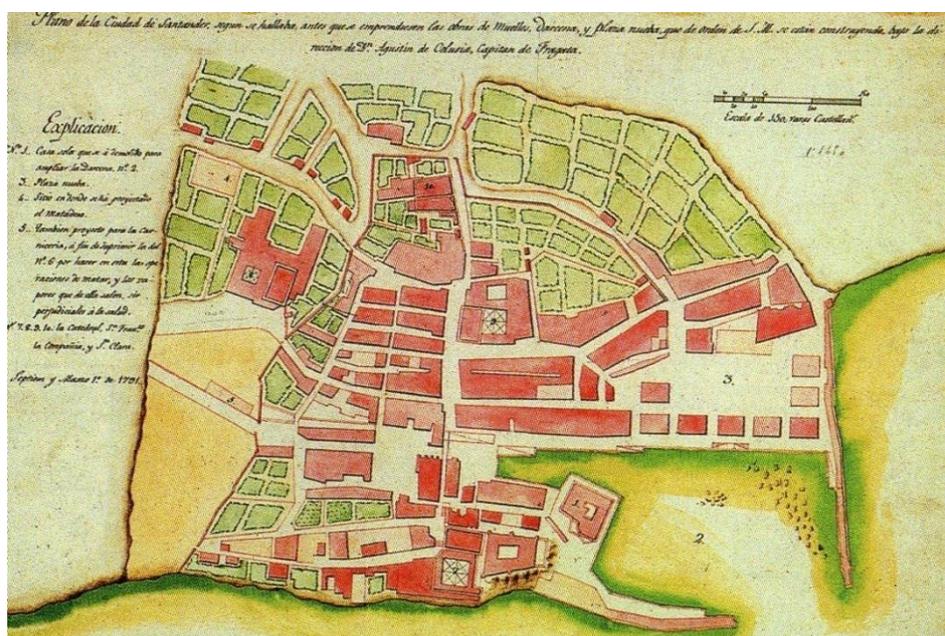
<sup>152</sup> No debemos tomar, sin embargo, el cese de la actividad de las atarazanas como muestra de esto, ya que las de Sevilla se abandonaron por las mismas fechas (siglo XV) y en el grabado de Braun se aprecia cómo el acceso a las mismas por mar sigue estando despejado en el siglo XVI, cuando el edificio ya se ve arruinado.

<sup>153</sup> BLASCO MARTÍNEZ, R. M. (Ed.) 2002. Vol. III, p. 1056 y ESCUDERO SÁNCHEZ, M. E. 2010, p. 50.

<sup>154</sup> SIMÓN CABARGA, J. 1950. *Las Reales Atarazanas de Santander*. Santander: Comisión de Cultura del Excmo. Ayuntamiento de Santander, pp. 14-16.

septentrional –“almacén chico”– ocupó una de las naves, mientras que el meridional –“almacén grande”– se valió de otras dos; entre ambos se reservó una cuarta nave que fue despejada para el paso libre de transeúntes y carreterías, dando lugar a la moderna calle de Atarazanas<sup>155</sup>. Estos almacenes fueron adjudicados, tras la muerte de Fernández de Isla en 1788, a sus herederos, siendo demolidos a mediados del siglo XIX para la construcción de dos manzanas de viviendas. Entre ambas fechas sirvieron también como cuarteles y teatrillos<sup>156</sup>.

Estas operaciones dieron lugar, aparte de a la calle de Atarazanas, a una nueva plaza fruto del relleno de la ría entre los almacenes y el puente. En 1805 el regidor Bonifacio Rodríguez de la Guerra propuso la creación de un mercado al aire libre en este sitio, uso que se mantuvo hasta la edificación del mercado y la pescadería en 1839 en el mismo lugar, lo que conllevó la desaparición de la explanada<sup>157</sup>. En el plano del proyecto Calderón de 1821 se observan unas estructuras que bordean la plaza; probablemente se refieran a algún tipo de soportales de madera levantados para albergar los puestos de los comerciantes. Debieron ser efímeros, ya que no nos consta ninguna mención a los mismos ni aparecen en ningún otro plano.



32. Aspecto de la ciudad a finales del siglo XVIII (Pozueta Echávarri, 1985).

<sup>155</sup> Entre el almacén chico y las traseras de las casas de la calle San Francisco quedó un callejón que con el tiempo sería denominado calle de Colón. Bajo éste se canalizó el curso de agua, utilizándose para el nuevo alcantarillado –el “Caño de las Atarazanas”– las piedras procedentes del derribo de la muralla en la zona de Somorrostro. FERNÁNDEZ GONZÁLEZ, L. 2001. pp. 243-244.

<sup>156</sup> SIMÓN CABARGA, J. 1950. pp. 32-35.

<sup>157</sup> SIMÓN CABARGA, J. 1979. pp. 282 y 364.

### 3.4.1.3. *La expansión exterior: ensanches y derribo de murallas*

A finales del siglo XVIII, la pujanza económica y demográfica que presentaba la recién nombrada ciudad hizo imperante la búsqueda de nuevos terrenos de expansión más allá del recinto murado. La configuración natural de la ciudad, una franja alargada de tierra atrapada entre la bahía y las estribaciones de los montes cercanos, hizo que esta expansión se produjera de manera bidireccional: hacia el oeste siguiendo la vaguada del arroyo de Becedo, y hacia el este en lo que fueron los primeros rellenos masivos de la bahía al cegar la ensenada de la Maruca. La unión de estas nuevas zonas con el centro histórico se produjo mediante el progresivo derribo de las murallas, un lento proceso que llevó más de medio siglo completar.

El límite oeste de la ciudad, la zona marismeña de Becedo a los pies del convento de San Francisco, había ido cegándose con el paso de los años hasta formar uno de los espacios de ocio predilectos de la ciudad. Ya en el siglo XVII se realizaban plantaciones de árboles para ornamentar el camino que por allí discurría, aunque aún era una zona pantanosa de difícil acceso<sup>158</sup>. El conde de Villafuertes, con sus políticas de saneamiento y ornamento urbano, adecuó la zona para el disfrute de los paseantes en 1783<sup>159</sup>, al carecer la población de un espacio de estas características; se urbanizó una alameda y se levantó un frontón enlosado por 90.000 reales<sup>160</sup>. Las obras coincidían en el tiempo con la creación del camino real, que entraba a la ciudad no ya por la calle Alta, sino por el fondo de la vaguada; esto conllevó la reconstrucción de las puertas de Atarazanas y San Francisco, que pasaron a denominarse del Rey y de la Reina, respectivamente, por haberse situado sobre ellas los bustos de Fernando VI y su esposa Bárbara de Braganza<sup>161</sup>.

Esta zona de expansión, en torno a la que empezaron a surgir de manera tímida algunas construcciones, perdió pronto su carácter de ensanche predilecto al proyectarse el nuevo ensanche hacia el este<sup>162</sup>, uno de los primeros de sus características en España<sup>163</sup>.

---

<sup>158</sup> BLASCO MARTÍNEZ, R. M. (Ed.) 2002. Vol. III, p. 1187.

<sup>159</sup> SIMÓN CABARGA, J. 1979. p. 338.

<sup>160</sup> *Ibíd.* p. 62.

<sup>161</sup> Estas puertas contaban de “un arco, dos columnas con fajas rústicas y un cornisamento, grande todo y de orden toscano”. DE ASSAS, M. 1995 (1867). p. 115. Sospechamos que el aspecto de estas puertas no sería muy distinto al que presenta la de la Cavada, de la misma época.

<sup>162</sup> SIMÓN CABARGA, J. 1979. p. 191.

<sup>163</sup> DE MEER LECHA-MARZO A. y MARTÍN LATORRE, E. 1995. “Creación y transformaciones de un espacio urbano: Santander, 1750-1990” en MONTESINO GONZÁLEZ, A. (Ed.) *Estudios sobre la sociedad tradicional cántabra: continuidades, cambios y procesos adaptativos*. Santander: Universidad de Cantabria/Asamblea Regional de Cantabria, pp. 207-208.

Sus orígenes están en el proyecto de mejora del puerto de Francisco Llobet de 1766, que contempla la creación de un nuevo barrio de veinte casas<sup>164</sup>. El proyecto definitivo será el del Capitán de Fragata Agustín de Colosía, en 1788, heredero del anterior<sup>165</sup>.

El resultado de este ensanche bidireccional de la ciudad será el “afianzamiento de una zona intermedia de mayor densidad” compuesta por edificaciones viejas e insalubres que quedarán habitadas por las clases más humildes<sup>166</sup>. Las gentes más pudientes abandonarán las viejas callejuelas medievales para situarse en los nuevos barrios, más aireados y modernos. Se trata, en definitiva, del comienzo del proceso de marginación que va a sufrir el casco antiguo santanderino, y en especial la Puebla Vieja, hasta comienzos del siglo XX, paralelo al de la mayoría de las ciudades del país. En el caso de Santander este proceso no será tan acusado dada la centralidad y buenos accesos de la zona, que hará que ésta se mantenga al menos como área comercial de la ciudad por excelencia.

En el ensanche hacia el este se produjo el primer derribo de la muralla, junto con el desmonte del muelle del Cay<sup>167</sup>, de manera que se ponía en contacto la vieja retícula de calles medievales de la Puebla Nueva y las nuevas vías del ensanche. La conexión se efectuó por medio de una plazuela, que describía la curva dejada por el trazado de las murallas en la zona. Entre esta plazuela y la Ribera se levantó el edificio de la Aduana, con proyecto de José Alday de 1787 –aunque su construcción se retrasó hasta 1790–<sup>168</sup>, que funcionaba también como unión de los barrios viejos y los nuevos. Su alineación seguía a las casas de la Ribera<sup>169</sup>, pero nada tenía que ver con ellas; era uno de los flamantes edificios del nuevo muelle, algo más tosco que los residenciales que le seguirían hacia el este.

En las décadas siguientes se consumaría la total destrucción de la muralla medieval, de manera similar a la mayoría de las ciudades europeas, al disolverse el estrecho vínculo

---

<sup>164</sup> RODRÍGUEZ LLERA, R. 1987. *Arquitectura regionalista y de lo pintoresco en Santander (1900-1950)*. Santander: Colegio Oficial de Arquitectos de Cantabria/Ayuntamiento de Santander, p. 42.

<sup>165</sup> *Ibíd.* p. 43. No nos extendemos más en este tema, a pesar de su trascendencia para el futuro urbanístico de la ciudad, pues se aleja de nuestro estudio.

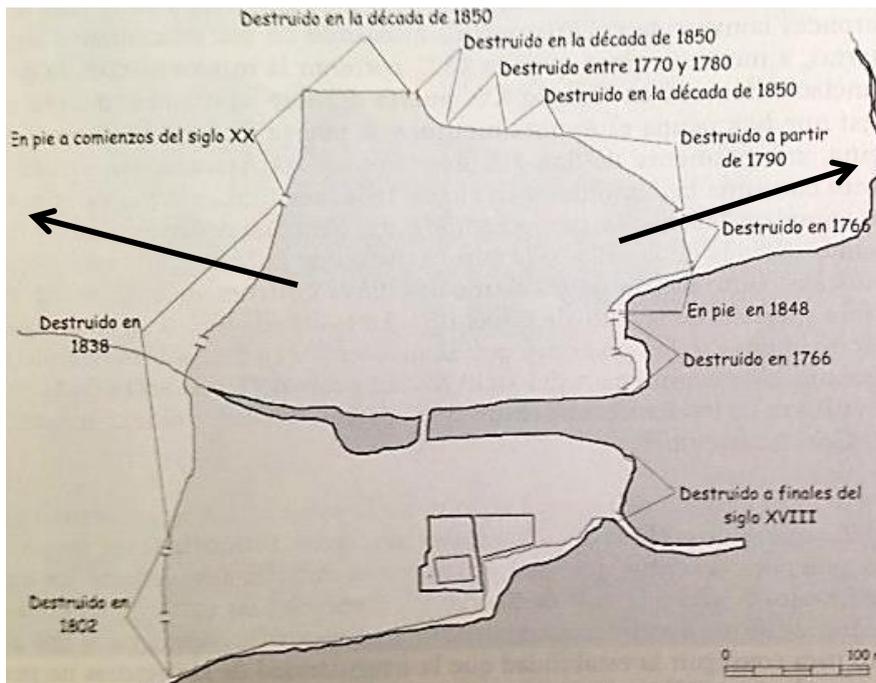
<sup>166</sup> RODRÍGUEZ LLERA, R. 2003. *Pecios de arquitectura santanderina*. Valladolid: Secretariado de Publicaciones e Intercambio Editorial de la Universidad de Valladolid, p. 112.

<sup>167</sup> GONZÁLEZ RODRÍGUEZ, A. 2014. *El muelle del Cay de Santander*. Santander: Ediciones Tantín, p. 26.

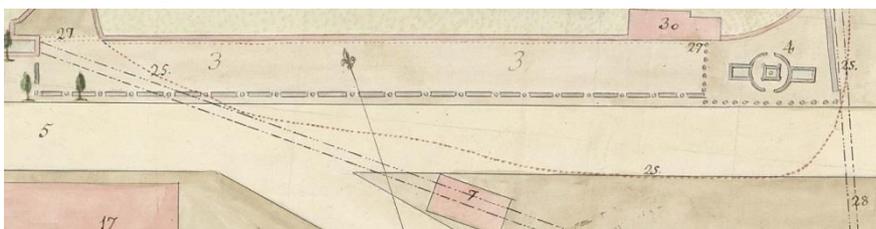
<sup>168</sup> SAMBRICIO Y RIVERA-ECHEGARAY, C. 1986. *La arquitectura española de la Ilustración*. Madrid: Consejo Superior de los Colegios de Arquitectos de España/Instituto de Estudios de Administración, p. 294 y ARAMBURU-ZABALA HIGUERA, M. A. 2001. Tomo II, pp. 272-273.

<sup>169</sup> SIMÓN CABARGA, J. 1979. pp. 191-192. En fotografías es claramente apreciable el quiebro que provocaba respecto a los edificios del Paseo Pereda, que quedaban unos metros retrasados hacia el interior.

que hacía que el mundo urbano fuera inseparable de los muros que lo encerraban<sup>170</sup>. El freno que representaban para la expansión de las urbes modernas selló su destino<sup>171</sup>. A finales del siglo XVIII, a parte del tramo de muralla entre la Ribera y el Arcillero, también se derribó el de la zona de Somorrostro<sup>172</sup>. Durante la Guerra de la Independencia corrió igual suerte todo el tramo comprendido entre la rúa Mayor y San Francisco, demoliéndose lo restante hasta Remedios en 1838; en la década de los 50 se acabó con los últimos tramos que aún se mantenían en pie al norte, en el entorno de Santa Clara y San José<sup>173</sup>.



33. Derribo de la muralla y direcciones de expansión de la ciudad (Elaboración propia a partir de Fernández González, 2001).



34. Alameda de Becedo ya urbanizada en 1804, con el frontón mandado construir por Villafuertes (Archivo de la Real Chancillería de Valladolid).



35. La Aduana a principios del siglo XX (Del Campo Zabaleta, 1999).

<sup>170</sup> DE SETA, C. 1991. "Las murallas, símbolo de la ciudad" en DE SETA, C. y LE GOFF, J. (Eds.) *La ciudad y las murallas*. Madrid: Cátedra, pp. 21-66, p. 64.

<sup>171</sup> PALACIO RAMOS, R. 2005. pp. 28-29.

<sup>172</sup> FERNÁNDEZ GONZÁLEZ, L. 2001. pp. 243-244.

<sup>173</sup> *Ibíd.* p. 244.

#### 3.4.1.4. *El primer plan de mercados, la desamortización y otras obras*

La rúbrica final a este periodo, consumando el establecimiento de la nueva ciudad burguesa, va a venir de la mano del arquitecto municipal Antonio Zabaleta, quien, junto al fenómeno de la desamortización, va a confirmar la nueva configuración y usos de la población. Esta transformación va a articularse en tres vertientes: un ambicioso plan de mercados diseñado por Zabaleta, la obtención de nuevos espacios públicos tras la desamortización –conventos de San Francisco y Santa Clara– y la implantación o mejora de diversas infraestructuras, algunas de ellas novedosas, como un teatro. Todo ello ligado a un clima de bonanza económica gracias al creciente tráfico de las harinas castellanas.

La edificación de recintos cerrados dedicados a la comercialización de productos alimenticios constituyó una de las principales actuaciones del urbanismo del siglo XIX, preocupación ya esbozada durante la Ilustración<sup>174</sup>. Hasta entonces, la venta de este tipo de bienes solía realizarse en plazas al aire libre o en los soportales de las mismas, sin atender apenas a los más básicos criterios de higiene que la cuestión requería. En las décadas centrales de este siglo comenzó a desarrollarse la novedosa tipología del mercado cubierto, que dio paso a una mayor regulación e higienización de estas actividades<sup>175</sup>.

En este sentido, Santander participó de un primer desarrollo muy audaz a cargo de Zabaleta entre 1839-1842. Se trató de un precoz “Plan municipal de mercados” según el que se levantaron el mercado del Este en el Ensanche, sobre la plaza Nueva (destinado a venta de frutas y verduras), el mercado de Atarazanas en la calle del mismo nombre (para quesos, carnes, animales vivos y ropa) y la pescadería de Atarazanas –temprano ejemplo neogótico en el país– enfrente del anterior. Aunque esta especialización contemplada en el plan desapareció pronto, la ciudad quedó adecuadamente surtida de infraestructuras comerciales para afrontar el resto del siglo en un momento en que apenas existían edificios similares en el resto de España<sup>176</sup>.

---

<sup>174</sup> HERNANDO, J. 1989. *Arquitectura en España, 1770-1900*. Madrid: Cátedra, p. 339.

<sup>175</sup> SAZATORNIL RUIZ, L. 1996. *Arquitectura y desarrollo urbano de Cantabria en el siglo XIX*. Santander: Universidad de Cantabria/Colegio Oficial de Arquitectos de Cantabria/Fundación Marcelino Botín, p. 95.

<sup>176</sup> *Ibíd.* p. 95. Lo novedoso de estas construcciones queda patente en el diccionario de Madoz, donde son juzgados como “obras dignas de todo elogio”. MADDOZ IBÁÑEZ, P. 1984. (1845-1850). *Diccionario geográfico-estadístico-histórico. Santander*. Santander: Librería Estudio, p. 238.



36. Ubicación de los mercados diseñados por Zabaleta (Elaboración propia).

Los mercados no fueron los únicos espacios públicos que se hicieron cada vez más necesarios en la época, sino que centros administrativos y educativos, cada vez en mayor número y con mayores dimensiones, también hubieron de buscar acomodo en la aún reducida ciudad. La desamortización de bienes eclesiásticos enunciada en el Real Decreto de 1836 fue encaminada, precisamente, entre otras cuestiones, a aliviar esta necesidad de espacio que sufría la administración<sup>177</sup>. En este decreto quedaron fijadas claramente las funciones a que debían dedicarse los nuevos espacios obtenidos por el Estado, señalando, además de la apertura y ensanche de calles y plazas, la utilización de las construcciones desamortizadas como cuarteles, hospitales y cárceles. La efectiva realización de estos objetivos correría distinta suerte según el dinamismo de las ciudades; mientras que en las localidades con mayor actividad y crecimiento, como Madrid, Barcelona o el propio Santander, las construcciones desamortizadas se reutilizarían en efecto como espacios públicos, en la mayor parte de las ciudades del interior, como Salamanca o Toledo, estos edificios quedarían abandonados en muchos casos<sup>178</sup>.

La desamortización afectó a Santander más que a ningún otro núcleo de la región en cuanto a edificios desamortizados<sup>179</sup>. Los dos grandes conventos franciscanos del centro

<sup>177</sup> SAZATORNIL RUIZ, L. 1996. p. 97.

<sup>178</sup> DE TERÁN, F. 1999. *Historia del urbanismo en España. Vol. III: Siglos XIX y XX*. Madrid: Cátedra, p. 52.

<sup>179</sup> SÁNCHEZ GÓMEZ, M. A. 1994. *La desamortización en Cantabria durante el siglo XIX (1800-1889)*. Torrelavega: Ayuntamiento de Torrelavega, pp. 160-163.

de la ciudad –que ya habían sido utilizados provisionalmente como cuarteles y hospitales durante la Guerra de la Independencia<sup>180</sup>– cesaron su actividad definitivamente y fueron destinados a albergar nuevos organismos públicos. Sólo conservó sus funciones religiosas la iglesia de San Francisco, que en 1809 había sido destinada a ayuda de la parroquia de la catedral<sup>181</sup>. El resto de este convento fue dividido en dos espacios: el del claustro y sus dependencias, que fueron repartidas en oficinas para la Diputación, Correos y la Jefatura Política<sup>182</sup>, y la zona posterior de las huertas, que pasó a albergar un cuartel. En el de Santa Clara se alojó el Instituto Cántabro en 1839, germen del centro educativo que ha llegado hasta nuestros días en el mismo lugar pero con distinto edificio. Las obras de acondicionamiento del Instituto estuvieron dirigidas por Zabaleta y costaron 25.000 duros, restaurándose de manera respetuosa el conjunto gótico<sup>183</sup>.

Otros proyectos relevantes de la época, también diseñados por Zabaleta y que modificaron sustancialmente la imagen del corazón del casco antiguo, fueron el nuevo puente de Atarazanas y la remodelación del Ayuntamiento. El viejo puente medieval, en ruinas a comienzos del siglo XIX, ya había desaparecido en 1832, cuando el arquitecto Bernaola acometió la construcción urgente de uno nuevo de madera; sin embargo, este nuevo puente debió ser de una calidad constructiva y artística ínfima, procediéndose a su sustitución pocos años después<sup>184</sup>. Fue entonces cuando Zabaleta diseñó otro nuevo, de piedra, a modo de arco triunfal que conmemorara la victoria de Vargas sobre los carlistas. Las obras comenzaron en 1840 y ya estaban acabadas el 13 de marzo de 1841<sup>185</sup>. En cuanto al ayuntamiento, la reforma de Zabaleta consistió en la adición de un piso más –nuevamente nos encontramos con la urgencia de ganar espacio para organismos públicos– y una torre del reloj. La obra costó 148.247 reales de vellón y, dado el usual aprecio de

---

<sup>180</sup> VAQUERIZO GIL, M. 1989. “La desamortización del convento de San Francisco de Santander” en *Altamira: Revista del Centro de Estudios Montañeses*, Nº 46, p. 210.

<sup>181</sup> ALONSO DEL VAL, J. M. 1994. p. 83.

<sup>182</sup> Con el tiempo esta lista se fue engrosando con la Guardia Civil en 1849 y la Escuela de Artes y Oficios hacia 1878. SAZATORNIL RUIZ, L. 1994. “La parroquia de San Francisco: El nuevo templo y su entorno urbano en el Santander contemporáneo” en ALONSO DEL VAL, J. M., ARAMBURU-ZABALA HIGUERA, M.A. y SAZATORNIL RUIZ, L. *San Francisco, de convento a parroquia*. Santander: Ediciones Tantín, pp. 105-106.

<sup>183</sup> SAZATORNIL RUIZ, L. 1992. *Antonio de Zabaleta (1803-1864): la renovación romántica de la arquitectura española*. Santander: Ediciones Tantín, pp. 139-140. En la zona de los jardines se instaló con los años una estatua de Minerva, de la que no podemos precisar nada y que debió de desaparecer a principios del siglo XX con el resto del complejo. MADARIAGA DE LA CAMPA, B. 1971. *El Instituto de Santander: estudios y documentos*. Santander: Institución Cultural de Cantabria, p. 30.

<sup>184</sup> SIMÓN CABARGA, J. 1979. p. 272.

<sup>185</sup> SAZATORNIL RUIZ, L. 1992. p. 122.

Zabaleta por la conservación de los monumentos antiguos, el nuevo piso reprodujo el estilo del edificio original, incluso imitando sus molduras<sup>186</sup>.



37. El nuevo puente diseñado por Antonio de Zabaleta (Casado Soto, 1977).

Finalmente, hemos de destacar, dentro de esta fiebre constructiva de espacios públicos, la erección del primer teatro de la ciudad, el Teatro Principal. Ya en 1821 se estudiaba la necesidad de un edificio de estas características en la ciudad, pero la inestabilidad política del periodo retrasó su desenlace<sup>187</sup>. En 1834 José Martos instaló en un almacén de la Plaza del Príncipe un teatro provisional<sup>188</sup>, precedente del definitivo Teatro Principal, construido cerca de allí, en la calle del Arcillero, en 1838, con planos de Antonio de Arriete y dirección de obras de Julián de Salces; su presupuesto fue de 36.000 duros<sup>189</sup>.



38. Teatro Principal en la calle del Arcillero (Pérez Sánchez, 2005).



39. Ayuntamiento reformado (Pérez Sánchez, 2005).

<sup>186</sup> *Ibíd.* p. 140.

<sup>187</sup> SIMÓN CABARGA, J. 2010. "El teatro en Santander: antecedentes e historia del Teatro Principal" en *Altamira: Revista del Centro de Estudios Montañeses*, N° 79, p. 453.

<sup>188</sup> *Ibíd.* p. 454.

<sup>189</sup> *Ibíd.* p. 455.

### 3.4.2. Desarrollo de la ciudad burguesa (1850-1893)

Las décadas centrales del siglo XIX representaron para Santander una época de bonanza económica gracias al auge del tráfico harinero. Como consecuencia, se produjo un desarrollo urbano de gran envergadura, probablemente el mayor en la historia de la ciudad, vinculado al avanzado desarrollo que el nuevo orden burgués estaba alcanzando al mismo tiempo. Este desarrollo fue tímido en la parte vieja de la ciudad en comparación con otras áreas, pero sí conllevó relevantes actuaciones como la apertura de nuevas calles, la renovación de los mercados y, en especial, el relleno de las dársenas. Además, en el límite sur de nuestra área de estudio comenzó a crecer el ensanche de Maliaño, donde empezaron a llegar los ferrocarriles y se gestó un área de nueva centralidad urbana. A pesar de las pequeñas y puntuales operaciones de cirugía, el centro histórico continuó y acentuó su degradación.

#### 3.4.2.1. *Planes de reforma interior*

En este periodo se configuró definitivamente el plano del conjunto que desaparecería en 1941, a falta de cambios menores en la primera mitad del siglo XX. Fue en las décadas centrales y últimas del siglo XIX cuando se abrieron nuevas calles que acabaron de dibujar el trazado viario del viejo casco santanderino, enlazándolo con su entorno circundante en plena expansión. Igualmente, se reemplazaron la mayoría de las construcciones antiguas por nuevos edificios de época, homogenizando el aspecto de las fachadas y rectificando sus alineaciones. Estos inmuebles serán los que desaparezcan en el incendio, restando construcciones más antiguas sólo en las calles más degradadas, como Puerta de la Sierra, o en casos señalados –iglesias, antiguo Ayuntamiento, etc.–.

La unión de la vieja villa con la nueva ciudad en su extremo este había quedado definida ya a finales del siglo XVIII mediante la plaza del Príncipe y la Aduana, como hemos visto. Hacia el oeste, la conexión con la zona de Becedo habría de esperar algunas décadas más, hasta que en 1837 el Ayuntamiento adquiriría los terrenos circundantes al convento de San Francisco y urbanizara la calle de Isabel II, que quedó sin conexión a la calle de Atarazanas por la negativa del propietario de la parcela que se interponía entre ambas<sup>190</sup>. La operación, ligada al derribo del tramo de muralla que aún quedaba en pie, abrió también la calle de Francisco de Quevedo aprovechando el trazado de la misma. La

---

<sup>190</sup> FRESNEDO DE LA CALZADA, J. 1923. *Del Santander antiguo...*, pp. 10-11. Esta conexión hubo de esperar hasta después del incendio, cuando finalmente se prolongó la calle de Isabel II hacia el sur.

urbanización de esta área conllevó la desaparición del cementerio de San Francisco<sup>191</sup> y de la ermita de la Magdalena.

El núcleo de la antigua villa se abrió también hacia el norte a mediados del siglo XIX al derribar la muralla en ese costado y dar lugar a la calle San José en el espacio liberado<sup>192</sup>. Algunos años después, en 1868, se proyectó la calle Carbajal, de norte a sur, como prolongación de la plaza de las Escuelas para unir la nueva calle con la de la Compañía, enlazando así al casco antiguo con los nuevos desarrollos al norte, en la zona de Tantín. Esta operación incluyó la parcelación de su entorno, antiguas huertas del colegio de la Compañía, hasta entonces sin construir. En 1870 quedó abierta la nueva vía y sólo un año después se levantaban ya cuatro casas en sus lindes<sup>193</sup>. Los últimos restos de muralla en esta zona, que rodeaban al convento de Santa Clara, fueron derribados en 1857 al crearse la calle del Vizconde de Monserrat, posterior calle de Padilla<sup>194</sup>.

La apertura más dificultosa del viejo núcleo hacia los nuevos barrios se encontraba en su margen sur, hacia el nuevo ensanche de Maliaño y las estaciones de ferrocarril. La topografía de la zona, que hacía que el cerro de Somorrostro acabara en un gran murallón natural, impedía la realización de una calle al uso hacia esta zona. Así, en 1874 se comenzó a barajar la construcción de una rampa que descendiera por la pendiente, enlazando con la cuesta del Hospital. La obra se retrasó y se barajó recuperar la antigua escalinata que había descendido tiempo atrás desde el barrio de pescadores del Cabildo de Arriba hacia el playazo del Dueso, donde aquellos amarraban sus embarcaciones<sup>195</sup>. En cualquier caso, tras las pesquisas de los obreros municipales en 1879 no se halló el menor vestigio de la antigua escalera, desechándose la idea<sup>196</sup>. Hubo que esperar a 1881 para que el arquitecto Casimiro Pérez de la Riva solucionara la cuestión con el proyecto de una rampa en S, definiendo por fin la Rampa Sotileza<sup>197</sup>. La obra, como reza la placa aún

---

<sup>191</sup> El nuevo cementerio de San Fernando, en la calle Alta, había sido bendecido en 1830. BERMEJO LORENZO, C. 2005. pp. 57-64.

<sup>192</sup> FERNÁNDEZ GONZÁLEZ, L. 2001. pp. 242-243.

<sup>193</sup> FRESNEDO DE LA CALZADA, J. 1923. *Del Santander antiguo...*, p. 39 y SIMÓN CABARGA, J. 1979. p. 267.

<sup>194</sup> SIMÓN CABARGA, J. 1979. p. 263.

<sup>195</sup> En 1839 ya había desaparecido la escalera, cuestionándose el Ayuntamiento la pertinencia de construir una nueva, asunto que quedó sin resolver. SIMÓN CABARGA, J. 1979. p. 328.

<sup>196</sup> *Ibíd.* p. 329.

<sup>197</sup> *Ibíd.* p. 330.

conservada en el lugar, se iniciaría el 12 de octubre de 1885, quedando finalizada el 25 de marzo de 1887. Su coste fue de 47.246 pesetas<sup>198</sup>.

Al mismo tiempo que se abrían nuevas conexiones con los barrios en expansión, se realizaban también importantes obras de mejora en el interior del casco histórico, alineándose y ampliándose las calles ya existentes. El caso más significativo es el de la calle Lealtad, un antiguo callejón transversal sur-norte de la Puebla Nueva que con los años acabó configurando uno de los principales ejes del casco antiguo en esa dirección. Su ampliación comenzó en 1864 y continuó a lo largo de la segunda mitad del siglo XIX y primer tercio del XX, hasta la demolición de la última casa tapón junto a la calle San Francisco en 1936. Simón Cabarga conoció aún otra casa tapón entre la calle del Peso y el callejón de Pascual; la pequeñísima plazoleta que restaba entre ambas casas recibió el nombre de “Puerta del Sol”, al parecer por un café cercano<sup>199</sup>. Sabemos que en las obras de ampliación de la calle se perdió –desconocemos el momento exacto– una lápida de mármol que recordaba el nacimiento de Antonio de la Dehesa, artífice de la traída de aguas a la ciudad, en su casa natal<sup>200</sup>. Alineamientos de menor envergadura se sucedieron por toda la zona, completándose con la estandarización de balcones, miradores y buhardillas reglados por el Ayuntamiento.

Finalmente, se procedió también a una revisión del entramado comercial de la zona, una suerte de segundo plan de mercados, que en 1864 modernizó y amplió las infraestructuras desarrolladas por Zabaleta unas décadas antes. Este segundo plan se inscribe ya dentro de la temática general de construcción de mercados de hierro de periodo isabelino<sup>201</sup>, siguiendo los preceptos marcados por Victor Baltard en Les Halles Centrales de París<sup>202</sup>. Así, se renovó la cubierta del mercado de Atarazanas, sustituyendo la azotea plana por un tejado a dos aguas sustentado por una armadura metálica, obra a cargo de Manuel Heredia y Tejada en base al modelo ideado por Severiano Cecilia en 1861<sup>203</sup>. Al otro lado de la calle se derribó la pescadería neogótica –considerada poco higiénica– y se construyó un templete alargado, también metálico, para que hiciera las

---

<sup>198</sup> *Ibíd.* p. 331.

<sup>199</sup> *Ibíd.* p. 265.

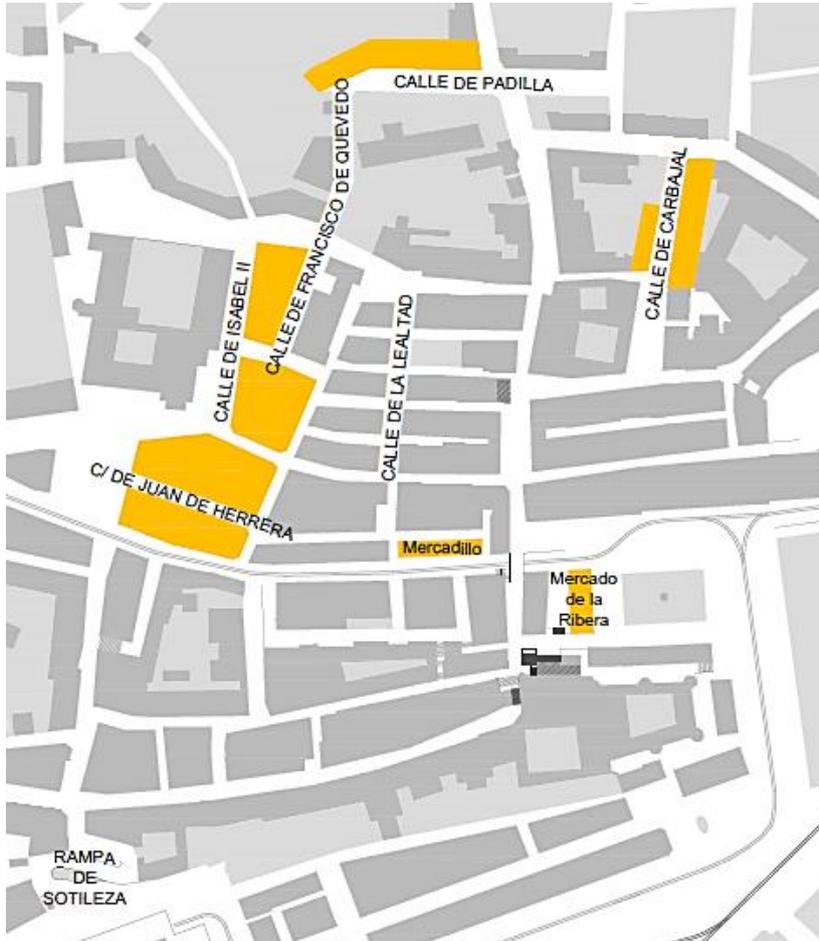
<sup>200</sup> DE SOLANO, R. 1931. “El ayer santanderino (continuación): capítulo segundo. I Las Escuelas” en *La Revista de Santander*, tomo III, Nº 1, p. 29. La casa natal de Antonio de la Dehesa se encontraba en la esquina de la calle del Peso, por lo que bien podría tratarse de la misma a la que hace referencia Simón Cabarga.

<sup>201</sup> BIDAGOR LASARTE, P. 1968. p. 264.

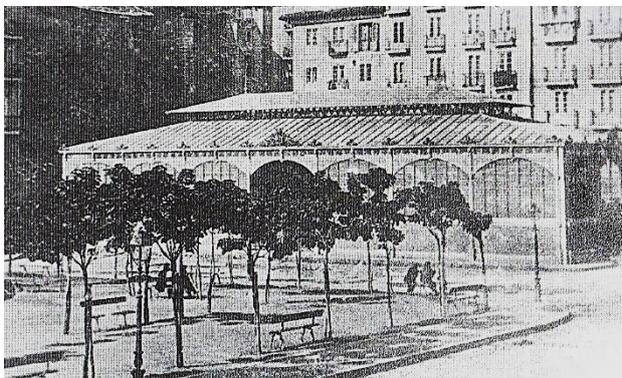
<sup>202</sup> HERNANDO, J. 1989. pp. 339-340.

<sup>203</sup> SAZATORNIL RUIZ, L. 1992. pp. 105-117.

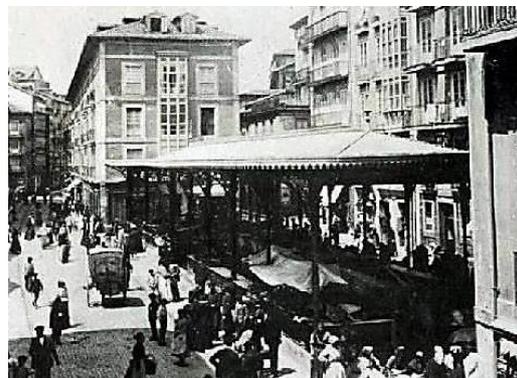
veces de mercadillo. La pescadería se trasladó entonces a un mercado de nueva planta, el mercado de la Ribera, de estructura igualmente metálica<sup>204</sup>, que se levantó sobre los terrenos de la Dársena Pequeña una vez rellena. Sin embargo, las pescaderas se negaron a ocuparlo, permaneciendo hasta comienzos del siglo XX al aire libre en las inmediaciones del edificio.



40. Zonas de nueva urbanización en la segunda mitad del siglo XIX (Elaboración propia).



41. Mercado de la Ribera (Sazatornil Ruiz, 1996).



42. Mercadillo de Atarazanas (Casado Soto, 1977).

<sup>204</sup> SAZATORNIL RUIZ, L. 1996. pp. 96-97.

### 3.4.2.2. *Auge de la ciudad burguesa: cegamiento de dársenas y el ensanche de Maliaño*

En las décadas centrales del siglo XIX, con la actividad económica de la ciudad en pleno auge –el tráfico del comercio harinero alcanzó su cénit–, se comenzaron a acariciar proyectos de magnitudes hasta entonces impensables, que implicaban ganar grandes superficies a la bahía por medio de su relleno y que supondrían el cambio definitivo de la línea de costa original de la ciudad. A grandes rasgos, fue en esta época y hasta finales de siglo cuando se fraguó la línea portuaria que ha llegado hasta nuestros días, al menos la más próxima al centro de la ciudad. Estos proyectos se fundamentaron en dos grandes actuaciones: el relleno de las dos viejas dársenas medievales –la más interior, recuerdo de la vieja ría y con el nombre de Dársena Chica, y la exterior, que cerraba el muelle de las Naos y se denominaba Dársena Grande– y el Ensanche de Maliaño, que habría de ser construido al suroeste de la ciudad, en una amplia zona de arenales que se extendía a los pies del cerro de Somorrostro y la calle Alta. Todas estas obras van a quedar definidas en el plan de Máximo Rojo de 1853, en el que se planteará una acción global para mejorar el puerto de la ciudad.

El inicio de estos trabajos, con el relleno de la Dársena Chica, no estuvo motivado únicamente por la ganancia de nuevos terrenos, sino por cuestiones de salubridad al haberse convertido este puerto interior en un foco de malos olores y epidemias, dada su escasa profundidad y su uso como vertedero improvisado; la situación se agravaba en momentos de marea baja, cuando su fondo quedaba al descubierto<sup>205</sup>. En 1861 se ejecutó el relleno y en 1862 ya se efectuaba la urbanización de la zona resultante<sup>206</sup>. Esta urbanización conllevó la construcción de la pescadería antes señalada y la creación de una gran plaza ajardinada en el espacio restante. En esta plaza, a la que se dio el nombre de Velarde en 1866, se proyectó la erección de un monumento al héroe del 2 de mayo de 1808, pretensión arrastrada desde 1812<sup>207</sup>.

En 1864 se comenzó a recaudar los fondos para el monumento, que quedó diseñado por el escultor José Piquer y Duart. Ese mismo año se levantó el pedestal donde debía erigirse la escultura, pero al morir el artista en 1871 la ejecución de la obra queda

---

<sup>205</sup> DE LA SIERRA, L. M. 1832. *Esposicion al Ilustre Ayuntamiento de Santander sobre las causas de insalubridad que contiene este pueblo, y medio de corregirlas*. Santander: [s. n.], pp. 4-5.

<sup>206</sup> FRESNEDO DE LA CALZADA, J. 1923. *Del Santander antiguo...*, p. 47.

<sup>207</sup> LASHERAS PEÑA, A. B. 2001. “El Monumento a Pedro Velarde en Santander, 1880” en *Trasdós: Revista del Museo de Bellas Artes de Santander*, Nº 3, p. 103.

paralizada<sup>208</sup>. El pedestal de piedra quedaría desnudo presidiendo la plaza durante casi veinte años, hasta que al fin se elegiría a un nuevo escultor, Elías Martín, para la consecución de la pieza. Ésta sería inaugurada en 1880, habiéndose reducido el tamaño original propuesto por Piquer<sup>209</sup>.



43. Plaza de Velarde desde el puente. A la derecha se ve el mercado de la Ribera (Sazatornil Ruiz, 1996).

El principal objetivo del proyecto de Rojo era la ampliación de los muelles de la ciudad en sentido suroeste primordialmente. Esto implicaba la desecación de una gran área de la bahía, constituida por una larga extensión de arenales, desde los pies de la catedral hasta la ría de Raos que quedaban al descubierto durante la bajamar. El área resultante permitía la construcción, a parte de una larga línea de muelles continuos, de un nuevo barrio de dimensiones considerables<sup>210</sup>, cuyo extremo este desapareció en 1941 y, por ello, consideramos adecuada su inclusión en el estudio. Este extremo constituía el punto de conexión entre el nuevo ensanche de Maliaño y la zona más antigua de la ciudad, a la que se accedía a través del muelle de las Naos. A diferencia del grueso del ensanche más al oeste, con manzanas de grandes dimensiones en torno a patios interiores y calles de gran anchura, estas primeras construcciones orientales se concibieron con proporciones más modestas, lo que se tradujo también en vías más estrechas<sup>211</sup>. En esta área de unión, en la que se irán ubicando las estaciones de ferrocarril, se proyectarán los principales edificios públicos de la ciudad, como el Ayuntamiento<sup>212</sup>, aunque sólo llegarán a construirse la Audiencia y un convento de monjas franciscanas.

---

<sup>208</sup> *Ibíd.* p. 115.

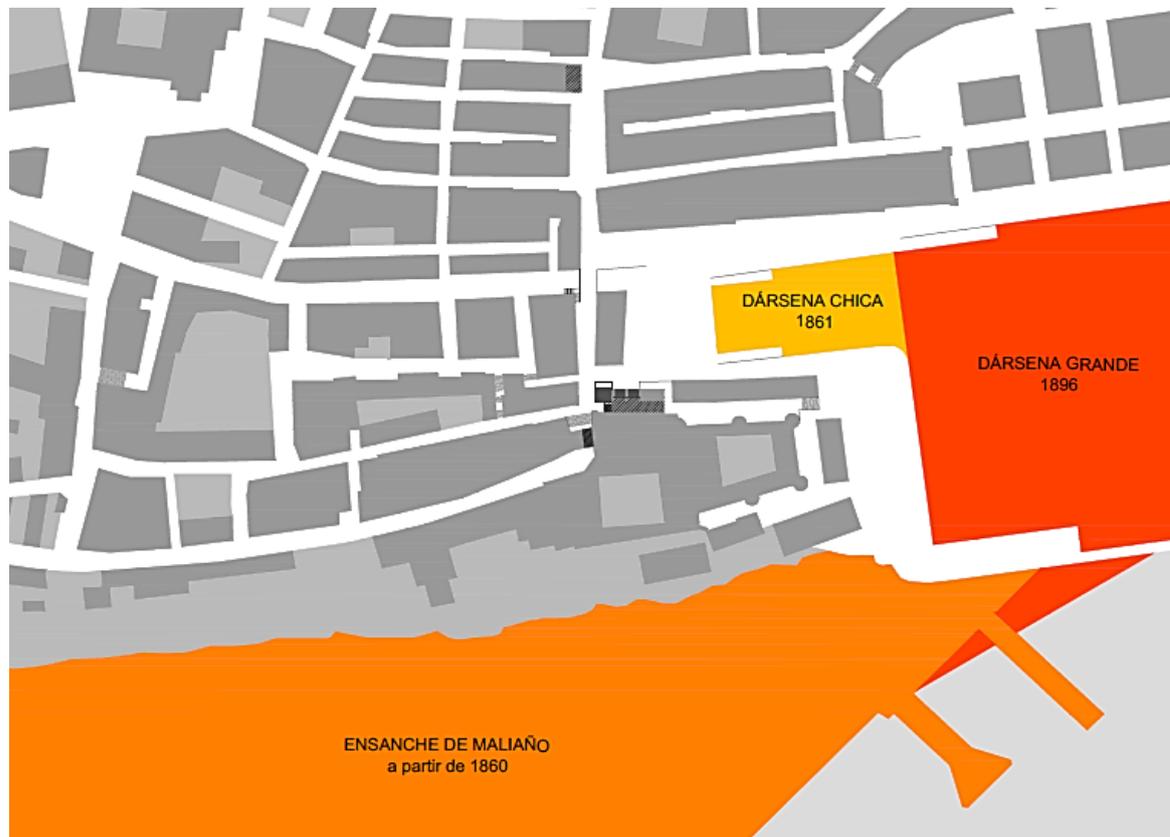
<sup>209</sup> *Ibíd.* p. 116.

<sup>210</sup> RODRÍGUEZ LLERA, R. 1987. pp. 48-49 y SAZATORNIL RUIZ, L. 1996. pp. 58-60.

<sup>211</sup> Nos referimos a las calles de Méndez Núñez y Cádiz originales.

<sup>212</sup> SAZATORNIL RUIZ, L. 1996. pp. 60-61.

El relleno de la Dársena Grande, algo más tardío, quedó definido en el *Plan Lequerica* en 1874, al tiempo que se proyectó la dársena de Molnedo para sustituirla<sup>213</sup>. Por entonces el calado de esta dársena había quedado obsoleto para las modernas embarcaciones de la época, permaneciendo también medio seca en bajamar<sup>214</sup>. Además, la dársena entrañaba serios problemas en la movilidad del tráfico circundante, estrechando su paso por algunos puntos<sup>215</sup>. Una Real Orden del 20 de junio de 1896 autorizó su relleno, que se efectuó con los escombros de las calles Calderón de la Barca y Méndez Núñez resultantes de la explosión del Machichaco, las piedras del castillo de San Felipe y del convento de San Francisco tras sus derribos y las extracciones de Molnedo<sup>216</sup>. Desapareció también el añejo muelle de las Naos, siendo algunos de sus sillares utilizados para la construcción de la cercana Grúa de Piedra<sup>217</sup>. La extensión de la antigua dársena se dedicó a jardines públicos, que pronto recibirían el nombre de jardines de Pereda.



44. Rellenos de la bahía en la segunda mitad del siglo XIX (Elaboración propia).

<sup>213</sup> GONZÁLEZ ECHEGARAY, R. 1972. *Por más valer: 1er Centenario de la Junta del Puerto de Santander, 1872-1972*. Santander: Junta del Puerto, pp. 41 y 54.

<sup>214</sup> SIMÓN CABARGA, J. 1981. p. 133.

<sup>215</sup> *Ibíd.* p. 134.

<sup>216</sup> GONZÁLEZ ECHEGARAY, R. 1972. p. 86.

<sup>217</sup> *Ibíd.* p. 80.

### 3.4.2.3. *La llegada del ferrocarril*

En 1866 se inauguró la línea de ferrocarril entre Santander y Alar del Rey, decidiéndose la entrada de las vías a la ciudad por el nuevo ensanche de Maliaño, una amplia zona completamente llana y de fácil acceso que además permitía a los trenes llegar hasta el mismo centro de la población, en la zona más oriental del ensanche que hemos tratado previamente. La sucesión de estaciones que fueron construidas en esa área es difusa y carece de un estudio suficientemente detallado. Sabemos que existió una primera estación en lo que es ahora la calle Calderón de la Barca, tal y como se aprecia en planos de la época. Esta estación fue diseñada por Cayetano González de la Vega, ingeniero de la Compañía de Isabel II o del Norte<sup>218</sup>, y debió ser un pabellón provisional sin demasiadas pretensiones, como solían ser las estaciones de estas primeras líneas de mediados de siglo<sup>219</sup>. La ubicación de las estaciones junto a los muelles no es casual, sino que constituye una pieza clave en el desarrollo portuario que en adelante se valdrá de estas infraestructuras para el transporte de mercancías<sup>220</sup>.

Si la primera estación provisional fue previsiblemente de estilo inglés –como era típico en las estaciones de mediados de siglo–, la definitiva estará influida por los modelos franceses propios de la restauración alfonsina<sup>221</sup>. Esta nueva estación del Norte se construyó en 1876 con diseño del ingeniero Grasset<sup>222</sup> en un terreno más al oeste que la original, probablemente tratando de liberar el espacio inicial para abrir más fácilmente la ciudad hacia los nuevos barrios del suroeste. La nueva construcción se ubicó a los pies del cerro de Somorrostro, aproximadamente en el emplazamiento actual de la estación de autobuses. Estaba constituida por un cuerpo alargado de una altura que en su parte central se elevaba en otra altura más y se adelantaba ligeramente del resto de la fachada. Todo el

---

<sup>218</sup> SAZATORNIL RUIZ, L. 1996. P. 286.

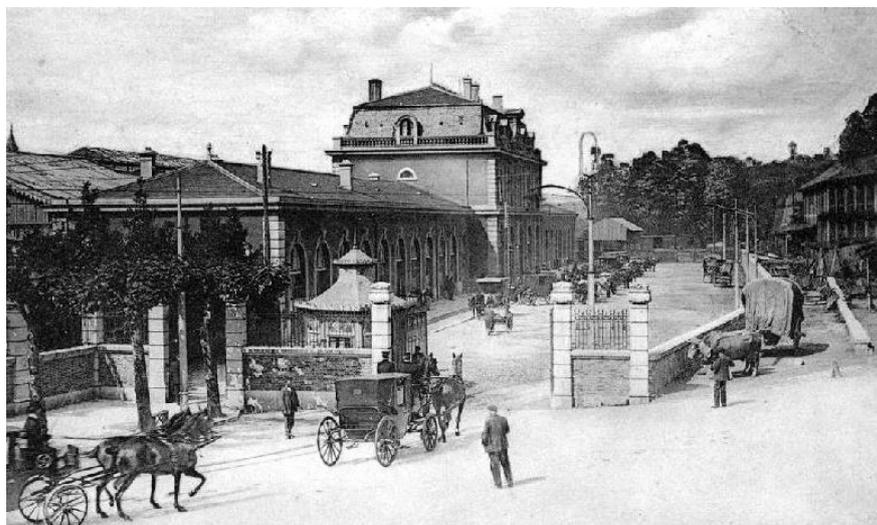
<sup>219</sup> NAVASCUÉS PALACIO, P. y AGUILAR, I. 1980. “Introducción a la arquitectura de las estaciones en España” en *El mundo de las estaciones*. Madrid: Dirección General de Bellas Artes, Archivos y Bibliotecas, p. 158.

<sup>220</sup> Similar disposición siguieron en Gijón, Huelva, Cádiz o Tarragona. DELGADO VIÑAS, C. 2010. “Entre el puerto y la estación. La influencia de las infraestructuras de transporte en la morfología de las ciudades portuarias españolas (1848-1936)” en *Scripta Nova: Revista electrónica de geografía y ciencias sociales*, Nº 14.

<sup>221</sup> NAVASCUÉS PALACIO, P. y AGUILAR, I. 1980. p. 168.

<sup>222</sup> *Ibíd.* p. 170. Parece que en 1904 el ingeniero Rafael Izquierdo realizó cambios en la construcción original. SAZATORNIL RUIZ, L. 1996. p. 154. Pero, sin duda, la estación estaba ya construida décadas atrás.

edificio se remataba con mansardas de pizarra, siguiendo el modelo francés y siendo muy similar a otras estaciones como la de Valladolid<sup>223</sup>.



45. Estación del Norte a finales del siglo XIX (Ortega Valcárcel, 1986).

A finales del siglo XIX llegó a Santander una nueva compañía de ferrocarriles, la de la Costa, que enlazaba la ciudad con Bilbao. Una vez más, la estación provisional se ubicó próxima a los barrios antiguos, aunque esta vez de manera más descarada, asomándose sobre la Dársena Grande. Esta localización supuso un claro problema urbanístico en pocos años y el 27 de abril de 1902 una muchedumbre exaltada le prendió fuego tras una intensa campaña a favor de su demolición<sup>224</sup>. La nueva estación de la Costa se construyó algo más hacia el oeste, junto a los jardines que flanqueaban las casas de la calle de Calderón de la Barca, sobre el trazado de la posterior calle de Antonio López. El proyecto corrió a cargo de Severino de Achúcarro, quien diseñó la estación en 1903 de manera conjunta con su otra terminal en Bilbao, aún existente. A diferencia de la estación del Norte, la de la Costa sí guarda la disposición usual para una estación cabecera de línea, disponiendo de un espacio centralizado –cuadrado– y dos andenes cubiertos que salen de éste. Su estructura –un amplio hall de pasajeros cubierto por una gran cúpula asentada sobre una estructura férrea– y su composición ecléctica están claramente influidas por las exposiciones universales y por la estación central de Amberes<sup>225</sup>. En 1913 se amplió el vestíbulo con un nuevo cuerpo más bajo ante la entrada, diseño de Manuel Huidobro<sup>226</sup>.

<sup>223</sup> NAVASCUÉS PALACIO, P. y AGUILAR, I. 1980. pp. 166-167.

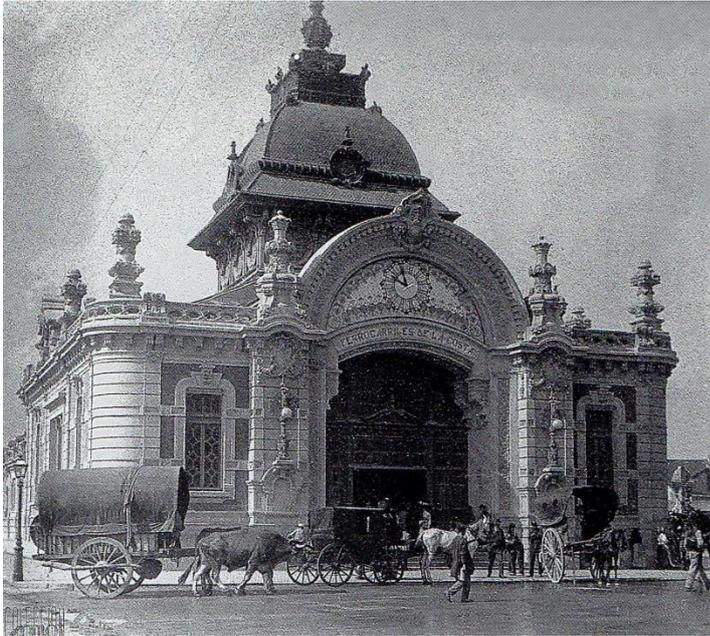
<sup>224</sup> GONZÁLEZ ECHEGARAY, R. 1972. p. 95. Esta constante por demoler las estaciones de ferrocarril en busca de nuevos espacios se repetirá unas décadas más tarde bajo el mandato del alcalde Castillo durante la Guerra Civil.

<sup>225</sup> RODRÍGUEZ LLERA, R. 1987. 212-213 y SAZATORNIL RUIZ, L. 1996. p. 154.

<sup>226</sup> RODRÍGUEZ LLERA, R. 1987. p. 130.



46. Primera estación de la Costa en Illamas en 1902 (Simón Cabarga, 1979).



47. Segunda estación de la Costa a principios del siglo XX (Sazatornil Ruiz, 1996).



48. Ubicación de las cuatro primeras estaciones de la ciudad y su progresivo retranqueo hacia el oeste (Elaboración propia).

### 3.4.3. Consolidación de la ciudad burguesa (1893-1936)

Los últimos años del siglo XIX trajeron para Santander una radical transformación de su concepción urbana, surgida a raíz de la explosión del vapor Cabo Machichaco en los muelles del ensanche de Maliaño. Esto produjo el abandono de los planes de centralidad para esa área y el repliegue de la población hacia el interior, revalorizándose la zona antigua. Allí comenzaron a instalarse los nuevos servicios públicos del momento, tal y como quedó precisado en el Plan Extraordinario de Obras Municipales en 1896. Desde entonces se dio un renovado protagonismo al área más antigua de la ciudad, que volvió a atraer la atención de las administraciones y provocó un continuo reguero de construcciones públicas de grandes dimensiones al calor de la Restauración. El periodo acabó con un centro histórico de mayor monumentalidad, con nuevos edificios administrativos, educativos, comerciales y religiosos que reafirmaron la centralidad del viejo casco. Sin embargo, este proceso conllevó también la pérdida de muchos edificios anteriores, algunos de gran antigüedad y relevancia como el castillo de San Felipe.

#### 3.4.3.1. *La explosión del Machichaco y la reorientación de la ciudad*

El 3 de noviembre de 1893 se declaró un fuego a bordo del vapor Cabo Machichaco, con dinamita a bordo y atracado en los muelles de Maliaño, frente a la calle de Calderón de la Barca. Los bomberos se apresuraron a combatir las llamas, pero los rudimentarios medios de que disponían apenas pudieron hacer nada frente a éstas. La dinamita que transportaba el barco acabó por explosionar al cabo de no mucho tiempo, barriendo toda la zona y expulsando una lluvia de hierros al rojo vivo sobre toda la ciudad. La mole de la catedral sirvió de parapeto del centro histórico, que podría haber sido ampliamente destruido por la explosión y la lluvia de metralla de no ser por ésta<sup>227</sup>. Mucha gente abandonó entonces la ciudad, mientras se iba retirando la dinamita que aún quedaba en los restos del barco medio hundido. Sin embargo, una segunda explosión sorprendió a los operarios el 21 de marzo de 1894, muriendo todos ellos en el acto. Finalmente, los restos del barco serían volados de manera controlada poco después ese mismo mes, tras haber sido desalojada gran parte de la ciudad por motivos de seguridad.

---

<sup>227</sup> CASADO SOTO, J. L. 1993. “La catástrofe del Machichaco” en CASADO SOTO, J. L., SARABIA SOLANA, J. A. y SAZATORNIL RUIZ, L. *La catástrofe del Machichaco*. Santander: Autoridad Portuaria de Santander, pp. 44-51.

El balance de ambas explosiones fue trágico: 500 muertos –entre ellos la mayor parte de las principales autoridades de la ciudad– y más de 2.000 heridos, muchos de ellos con todo tipo de mutilaciones<sup>228</sup>. Las calles en torno al muelle donde se encontraba atracado el barco, Calderón de la Barca y Méndez Núñez, desaparecieron casi por completo, debiéndose rehabilitar 86 edificios por toda la ciudad, además de reconstruirse por completo los 25 en ruinas y los 35 incendiados más próximos a la explosión<sup>229</sup>.

La tragedia va a abocar a un replanteamiento radical del urbanismo de la ciudad, hasta entonces focalizado en la línea del puerto y los ensanches a lo largo de la misma, en especial el de Maliaño hacia el suroeste –lugar de la explosión, precisamente–. En cualquier caso, no debemos encontrar en este hecho la explicación única de tal proceso. Hemos de entender más bien la catástrofe como el detonante último que desencadenó la revisión de un modelo de ciudad ya agotado, en el que la importancia del puerto decaía a un ritmo acelerado tras el declive del tráfico de harinas que había catapultado a la urbe en las décadas centrales del siglo. Así, la ciudad dejó de mirar hacia su puerto o, al menos, de entenderlo como centralidad de su estructura urbana.

El caso de la reconstrucción en torno a la calle de Calderón de la Barca es paradigmático: antes de la catástrofe se encontraban allí la Audiencia Provincial y un convento de franciscanas, además de existir proyectos para la construcción de nuevos edificios públicos en las inmediaciones, entre ellos el nuevo Ayuntamiento. Al reconstruirse el barrio, sólo se levantarán edificios de viviendas y algún hotel; las principales instituciones han dejado de estar interesadas en situarse en la zona. En otras palabras, las pretensiones de centralidad urbana que se habían contemplado para esa área desde mediados de siglo estaban siendo definitivamente abandonadas. Por el contrario, se produjo un repliegue hacia la ciudad ya construida, revalorizándose el viejo casco antiguo, que volvió a ganar protagonismo.

Esta reorientación, dirigida por el arquitecto municipal Valentín Ramón Lavín Casalís, va a quedar fijada en 1896 mediante el Plano de Población<sup>230</sup> y el Plan Extraordinario de Obras Municipales, materialización definitiva de la reformulación urbana proyectada. La consecución del Plan Extraordinario –al menos de manera parcial–

---

<sup>228</sup> *Ibíd.* pp. 66.

<sup>229</sup> SAZATORNIL RUIZ, L. 1993. “La ciudad de Santander después del Machichaco” en CASADO SOTO, J. L., SARABIA SOLANA, J. A. y SAZATORNIL RUIZ, L. *La catástrofe del Machichaco*. Santander: Autoridad Portuaria de Santander, p. 121.

<sup>230</sup> Sobre este plano existe un análisis en profundidad en RODRÍGUEZ LLERA, R. 1987. pp. 57-64.

será la rúbrica definitiva de esta nueva idea de ciudad, que dispondrá los principales servicios públicos hacia el interior, alejándolos del puerto y del principal ensanche del momento. Se trata, en definitiva, de un nuevo modelo de ciudad. Como consecuencia, el centro histórico retomará su centralidad y volverá a ser objeto de importantes operaciones urbanas, siendo el lugar elegido para la construcción de los principales equipamientos de la ciudad –administrativos, religiosos y comerciales– en la primeras décadas del siglo XX, frente a los ensanches, que quedan, en el mejor de los casos, como meras zonas residenciales. La particular geografía de la ciudad, que hace del viejo casco su nodo de comunicaciones natural, ayudará a acentuar la centralidad de este espacio.



49. Zona destruida por la explosión del Machichaco (Elaboración propia).



50. Aspecto de la calle de Méndez Núñez tras la explosión (Casado Soto, Sarabia Solana y Sazatornil Ruiz, 1993).

### 3.4.3.2. *Nuevos edificios civiles*

La consolidación de la ciudad burguesa va a estar protagonizada por la construcción masiva de nuevos edificios públicos y privados, de carácter administrativo, educativo, comercial y de ocio, que van a inundar las calles de la ciudad y a ocupar espacios del centro histórico, colmatándolo con el relleno de solares vacíos y con la ampliación vertical en nuevas plantas superiores de edificios ya existentes. El Plan Extraordinario va a ser el primer paso de un despliegue constructivo sin precedentes que va a suponer la variación y definitiva configuración del aspecto de la zona previa al incendio, salpicando todo el área con edificaciones monumentales que van a dominar calles y plazas.

Una pieza clave de este proceso fue el plan Extraordinario de Obras Municipales de Lavín Casalís. Éste entrañó la culminación de viejas dinámicas locales, todas ellas enmarcadas en la tónica general de la época, y parejas, por tanto, a las de otros núcleos urbanos del entorno. Conllevó la construcción de un nuevo edificio para oficinas municipales –un nuevo Ayuntamiento, en definitiva–, nuevas instalaciones comerciales –dos mercados y una pescadería– y dos escuelas. Todos ellos se planificaron para el interior de la ciudad, alejados de los muelles, y la mayoría –Ayuntamiento, un mercado, la pescadería y una de las escuelas– en el centro histórico. No debemos entender, por tanto, este plan como un hecho único y verdaderamente extraordinario en cuanto a su fondo. Por el contrario, sí lo es en la forma, que supone la erección de varios edificios públicos de manera coordinada y coherente, adjudicándoles espacios concretos premeditados y respondiendo a un modelo de ciudad específico que se pretendió alcanzar. Nos encontramos ante un planteamiento ciertamente audaz y que se va a efectuar con una celeridad inusual para la época<sup>231</sup>.

El 18 de noviembre de 1896 se tomó el Acuerdo Municipal para desarrollar el Plan, y en menos de una semana Lavín Casalís notificaba que ya había encargado a los prestigiosos arquitectos madrileños Eduardo Reynals y Toledo y Juan Moya e Idígoras la redacción de los proyectos para los dos mercados y la pescadería, y a Julio María Martínez Zapata la del proyecto del nuevo Ayuntamiento, comprometiéndose todos ellos a presentar los trabajos en los cuatro meses siguientes. Lavín Casalís se reservaba para sí

---

<sup>231</sup> SAZATORNIL RUIZ, L. 1996. p. 100.

el diseño de las dos escuelas. Todos los proyectos fueron fechados en 1897, habiéndose cumplido los plazos previstos<sup>232</sup>.

El Plan Extraordinario va a conllevar, además, la desaparición de la mole del convento de San Francisco, que actuaba de tapón hacia el oeste e impedía la conexión fluida de la parte antigua de la ciudad con los nuevos barrios en esa dirección. Su solar fue el elegido para la construcción de los dos principales edificios del Plan Extraordinario que acabarán por construirse: el Ayuntamiento y el mercado de la Esperanza, naciendo en este lugar una nueva centralidad urbana alternativa a la de los muelles y que ha permanecido hasta la actualidad como tal.

Ya a mediados del siglo XIX, al mismo tiempo que se derribaban las murallas, comenzaba a hacerse patente el tapón que representaba la mole del viejo convento. Existe una referencia clara a esta problemática en el plan de expansión de la ciudad redactado por el arquitecto municipal Manuel Gutiérrez en 1853, entre cuyas propuestas incluye la posibilidad de unión de las plazas de la Esperanza y del Peso –actual del Ayuntamiento– para dar lugar a una única plaza de dimensiones mayores<sup>233</sup>; aunque no se menciona explícitamente, esta medida no se hubiera podido llevar a cabo si no era mediante la demolición del convento. En cualquier caso, no es hasta 1868, una vez triunfa la revolución, cuando se pide ya de manera explícita su derribo, conservando, en todo caso, las dependencias de la zona del claustro donde se habían instalado organismos oficiales. Tentativas en esta misma dirección continuarían presentes en las siguientes décadas, acumulándose proposiciones al Gobierno para la demolición del complejo y diversos proyectos de urbanización y de construcción de nuevos edificios públicos en su lugar<sup>234</sup>.

El principal escollo para la consecución de estos planes residía en la negativa del Gobierno a retirar la guarnición del cuartel sito en el convento hasta no disponer de otro emplazamiento para los militares. Tras largas negociaciones comenzadas en 1885, se consiguió alcanzar un acuerdo en 1893 por el que el Ayuntamiento edificaría un nuevo cuartel en el paseo del Alta –actual General Dávila–<sup>235</sup> a cambio de los terrenos de San

---

<sup>232</sup> *Ibíd.* p. 98.

<sup>233</sup> MADARIAGA DE LA CAMPA, B. 1984. *La vida en Santander a mediados del siglo XIX; con un informe del arquitecto Manuel Gutiérrez sobre el proyecto de reforma y ampliación de la ciudad.* Santander: Ediciones Tantín, p. 45.

<sup>234</sup> SIMÓN CABARGA, J. 1979. pp. 272-273.

<sup>235</sup> GONZÁLEZ ECHEGARAY, M. C. 1989. “El cuartel de María Cristina” en *Altamira: Revista del Centro de Estudios Montañeses*, N° 48, pp. 229-268.

Francisco y del castillo de San Felipe<sup>236</sup>. El nuevo cuartel se construiría de inmediato, quedando los de San Francisco y San Felipe a cargo del Ayuntamiento y, por consiguiente, a merced de sus proyectos urbanísticos.

Sin embargo, un nuevo obstáculo se alzaba en la nueva urbanización del área del convento: las autoridades eclesiásticas se negaban a entregar la parroquia de San Francisco sin que existiera un remplazo para ésta, condicionando el uso del solar, que quedaba ocupado, en una cuarta parte más o menos, por dicha iglesia. Así las cosas, teniendo que encajar la vieja iglesia, al menos provisionalmente, en la urbanización del solar, y ante los recelos de Lavín Casalís acerca de la construcción de un gran edificio para oficinas públicas que englobara un número excesivo de organismos, se acabó optando por dividir el solar en dos mitades, que quedaron delimitadas por la actual calle del Mercado. La mitad norte fue destinada a la construcción de un nuevo mercado de grandes dimensiones, mientras que en la mitad sur, en convivencia con la iglesia, se previó la erección de un “Palacio-Ayuntamiento” que desahogara las reducidas dimensiones de la casona de la Plaza Vieja en que residía la corporación. Este proyecto de urbanización fue aprobado en noviembre de 1895<sup>237</sup>. La construcción tanto del nuevo Ayuntamiento como del mercado previsto, futuro mercado de la Esperanza, quedaría incluida en el Plan Extraordinario de Obras Municipales junto a los demás equipamientos comerciales y educativos.

El proyecto del Ayuntamiento corrió a cargo de Julio María Martínez Zapata, siendo premiado con una segunda medalla en la Exposición Nacional de Bellas Artes del mismo año de 1897 –la primera medalla quedó desierta–<sup>238</sup>. En el Plan Extraordinario se presupuestaron 588.482,42 pesetas para su construcción, aunque diversos problemas en su ejecución acabarían por disparar la cifra hasta las 900.000 pesetas<sup>239</sup>. La composición del edificio es la usual en este tipo de construcciones, desarrollándose en torno a un eje que queda acentuado, en este caso, por una esquina adelantada, a modo de torre, que se remata con una graciosa cupulilla bulbosa<sup>240</sup>. Esta esquina marca la entrada al edificio, que se realiza mediante un hall circular del que parte una escalinata monumental hasta el piso

---

<sup>236</sup> SIMÓN CABARGA, J. 1979. p. 374.

<sup>237</sup> SAZATORNIL RUIZ, L. 1996. p. 98.

<sup>238</sup> *Ibíd.* p. 98.

<sup>239</sup> *La Atalaya* 15 septiembre 1907, citado en SAINZ, E. y SANTOVEÑA, A. 2007. *Cien años con nosotros 1907-2007: el nuevo Ayuntamiento de Santander; notas históricas para un centenario*. Santander: Ayuntamiento de Santander, p. 12.

<sup>240</sup> SAZATORNIL RUIZ, L. 1996. p. 95.

principal, donde se encuentra el despacho del Alcalde, precisamente sobre el hall<sup>241</sup> y abierto hacia el exterior mediante dos balcones que se sitúan a ambos lados de la esquina-torre.

Interiormente, el edificio queda distribuido de la siguiente manera: en la planta baja se sitúan las oficinas de la guardia municipal, porterías, festejos, quintas, arbitrios, salón de quintos, sótanos, cuartos de detenidos y máquinas de calefacción; en la planta principal se encuentran la Secretaría, antesala de la Alcaldía, Alcaldía, Secretaría particular, negociados de Policía y Beneficencia, Depositaria, Contaduría, tenencias de Alcaldía y Salón de Plenos; en el segundo piso, las oficinas de obras, archivo, biblioteca municipal y tribunas públicas del Salón de Plenos; en esta misma planta, aunque de manera independiente a lo anterior, las habitaciones particulares del conserje y del portero mayor<sup>242</sup>.

Las obras comenzaron en 1899 y se desarrollaron en un principio de manera especialmente lenta debido a problemas en la cimentación<sup>243</sup>. A cargo de las mismas se situó al arquitecto Alfredo de la Escalera, quien en 1903 solicitó sustituir la fábrica de cantería de los dos patios del edificio por ladrillo a partir del piso principal, debido a las dificultades por obtener la piedra de Agüero, que retrasaban la construcción. Esta solicitud es similar a la realizada poco antes por Joaquín Rucoba, director de las obras del mercado de la Esperanza y, basándose en la negativa a éste, la Comisión de Obras también denegará esta vez la variación del proyecto original<sup>244</sup>. El nuevo Ayuntamiento quedó inaugurado el 15 de septiembre de 1907. La vieja casona de la Plaza Vieja pasaría a ser ocupada en 1909 por la Audiencia, cuyo edificio en Calderón de la Barca había desaparecido años atrás en la explosión del Machichaco.

---

<sup>241</sup> *Ibíd.* p. 99.

<sup>242</sup> *La Atalaya* 15 septiembre 1907. Para este diario la distribución “deja bastante que desear”, al igual que para el *Cantábrico* del mismo día, en el que se apunta que “en el interior nada tiene de admirable, ciertamente, el reparto; pudiera haberse sacado mucho más partido de su gran capacidad”. Ambos citados en SAINZ, E. y SANTOREÑA, A. 2007.

<sup>243</sup> RINCÓN GARCÍA, W. 1988. p. 333. Seguramente debamos pensar en problemas de filtraciones de agua similares a los que aparecerían también en el vecino mercado de la Esperanza poco después.

<sup>244</sup> GONZÁLEZ ECHEGARAY, M. C. 2004. *Un mercado con cien años de historia, la Plaza de la Esperanza*. Santander: Asociación de Comerciantes del Mercado de la Esperanza, pp. 48-49.



51. Nuevo Ayuntamiento. A la derecha se aprecia la iglesia de San Francisco aún en pie (Vallejo del Campo, 1983).

Mientras tanto, al norte del nuevo Ayuntamiento se había levantado el mercado de la Esperanza, en el lugar donde habían estado las huertas del convento de San Francisco. Se trataba de una zona en la que ya venía existiendo desde tiempo atrás una importante actividad comercial. Tanto el procesado como la comercialización de carnes llevaban estando presentes en la zona desde la construcción del Matadero en 1797, que había sido derribado en las últimas décadas del siglo XIX al construirse uno nuevo en Cuatro Caminos<sup>245</sup>. También el comercio de leña fue constante en el lugar, al menos desde 1824<sup>246</sup>, llegando a dar el nombre de Plaza de la Leña al sitio<sup>247</sup>, denominación después desplazada algo hacia el norte hasta el tramo de la calle Guevara que aún conserva tal nombre. A estos productos se unía la venta informal de muchos otros, situación que creaba un mercado irregular *de facto* que la construcción del nuevo edificio no vino sino a ordenar y consolidar.

El mercado de la Esperanza es proyectado como un gran espacio cuadrangular de estructura ferrovítrea basílica asentada sobre una base pétreo que cobija la planta inferior de almacenes, hoy pescadería. En la parte superior se consigue una gran planta casi totalmente despejada de apoyos e iluminada uniformemente por los grandes paneles acristalados laterales y el lucernario superior longitudinal. La decoración, de gran contención, es de inspiración modernista, como evidencian las formas vegetales de la tipografía exterior o las flores repartidas por los elementos estructurales.

---

<sup>245</sup> SIMÓN CABARGA, J. 1979. p. 370.

<sup>246</sup> SIMÓN CABARGA, J. 1980. *Santander en la historia de sus calles*. Santander: Institución Cultural de Cantabria, p. 237.

<sup>247</sup> *Ibíd.* p. 223. En los años veinte Fresno de la Calzada afirma que la Plaza de la Esperanza aún es “conocida por muchos con el nombre de “Plaza de la Leña””. FRESNEDO DE LA CALZADA, J. 1923. *Del Santander antiguo...*, p. 48.

Este es el único de los tres mercados incluidos en el Plan Extraordinario que acabará por construirse, contando con un presupuesto de 465.532,42 pesetas según el Plan, aunque diversos problemas durante su construcción acabarían provocando un abultado sobrecoste, de manera análoga al Ayuntamiento. Las obras comenzaron en 1900 y apenas unos meses después, el 19 de junio, se paralizaron completamente ante los problemas generados por las lluvias y los manantiales cercanos que habían convertido los sótanos ya construidos en un gran pozo de barro<sup>248</sup>. A esta situación se unieron sucesivas huelgas de los obreros que acabaron por llevar a la rescisión del contrato con el contratista inicial<sup>249</sup>. En 1902 se alcanzó el acuerdo con un nuevo contratista<sup>250</sup>, que nombró al arquitecto Joaquín Rucoba<sup>251</sup> director de los trabajos en el mercado<sup>252</sup>. Éste propuso la sustitución de la piedra de los arcos centrales prevista en el proyecto por ladrillo, de cara a aumentar la velocidad de la ya muy demorada construcción, petición que le fue denegada, solicitándole que se ciñera escrupulosamente al proyecto de Reynals y Moya<sup>253</sup>. El 10 de abril de 1904, tras cuatro años de accidentada construcción, se inauguró oficialmente el mercado y se subastaron los puestos del mismo<sup>254</sup>.



52. Mercado de la Esperanza (González Echegaray, M. C., 2004).

<sup>248</sup> En *El Cantábrico* del 1 de febrero de 1904, con motivo de la inauguración del Mercado, se apunta que “el edificio está fundado sobre terreno arcilloso”. Citado en GONZÁLEZ ECHEGARAY, M. C. 2004. p. 93.

<sup>249</sup> GONZÁLEZ ECHEGARAY, M. C. 2004. pp. 37-40.

<sup>250</sup> *Ibíd.* p. 43-44.

<sup>251</sup> Joaquín Rucoba ocupaba también en esos momentos el puesto de arquitecto del Obispado de Santander. ORDIERES DÍEZ, M. I. 1986. *Joaquín Rucoba: arquitecto (1844-1919)*. Santander: Ediciones Tantín.

<sup>252</sup> GONZÁLEZ ECHEGARAY, M. C. 2004. p. 45.

<sup>253</sup> *Ibíd.* p. 45-47.

<sup>254</sup> Se puede consultar toda la relación de puestos adjudicados en dicha subasta en GONZÁLEZ ECHEGARAY, M. C. 2004. pp. 105-113.

Los otros dos edificios previstos en el Plan para el centro histórico corrieron distinta suerte. Las Escuelas de Centro –complemento de las otras escuelas del Plan, las Escuelas del Oeste, que se construyeron en Numancia– fueron proyectadas para un solar entre las calles Sevilla, Guevara, Tantín y Alonso Ercilla. No llegaron a levantarse y el solar fue ocupado unos años más tarde por la Escuela de Industrias, que sería derribada a finales del siglo XX para la construcción del Paraninfo de la Universidad de Cantabria.

En cuanto a la nueva pescadería, ésta se planteó como sustitución del viejo mercado de Atarazanas diseñado por Zabaleta a mediados del siglo XIX. Esta construcción habría de solucionar definitivamente el problema de dar cobijo a las vendedoras de pescado, que décadas atrás se habían negado a ocupar el mercado de la Ribera y, en consecuencia, invadían la plaza de Velarde. El proyecto para la nueva pescadería, con un presupuesto de 192.938,35 pesetas según el Plan, se compone, como en el caso del otro mercado, de un gran cuerpo ferrovítreo sobre basamento de piedra, aunque en esta ocasión de proporciones ligeramente menores y con decoración clasicista<sup>255</sup>. La planta, cuadrada, se resuelve por medio de una distribución en cruz que vertebra el edificio. Aunque, la pescadería contemplada en el Plan no llegaría a construirse, sí se realizó una profunda remodelación del mercado existente para adaptarlo a sus nuevas funciones como lugar para la venta de pescado<sup>256</sup>, lo que incluyó una sustantiva variación del aspecto exterior del edificio en clave clasicista, quizás siguiendo la línea marcada por el proyecto de Reynals y Moya. La reforma se llevó a cabo en 1905 a cargo de Lavín Casalís<sup>257</sup>, cumpliéndose así la intención descrita en el Plan, aunque dejando de lado el costoso proyecto original.



53. Mercado de Atarazanas reformado como nueva pescadería (Simón Cabarga, 2001).

<sup>255</sup> SAZATORNIL RUIZ, L. 1992. p. 100.

<sup>256</sup> ESNEDO DE LA CALZADA, J. 1923. *Del Santander antiguo...*, p. 47.

<sup>257</sup> SIMÓN CABARGA, J. 1979. p. 445. Simón Cabarga incluye en la relación de obras a cargo de Lavín Casalís una “pescadería de Atarazanas” que juzgamos no puede ser otra que la aquí tratada.

En torno a la nueva pescadería se produjo en esos mismos años una importante labor de cirugía urbana que conllevó, aparte de la remodelación del mercado, la demolición del templete de hierro de la misma calle que funcionaba como mercadillo desde 1864. Pero la principal de las intervenciones fue la sustitución del puente de Vargas de Zabaleta por uno nuevo que dejara mayor amplitud para el paso de tranvías. La operación implicó el derribo de las casas del extremo norte de la calle del Puente, permitiendo una luz mayor para el puente y una amplitud continua de la calle hasta pasada la pescadería<sup>258</sup>. Ya se había acariciado la idea de un nuevo puente en 1887<sup>259</sup>, pero fue en 1908 cuando comenzaron finalmente los trabajos, con proyecto del ingeniero Alberto Corral, que utilizó en la estructura hierro y hormigón armado; el coste fue de 20.000 pesetas<sup>260</sup>. El 1 de julio de 1909 quedaron concluidas las obras y en 1910 se colocaron las dos farolas monumentales que lo coronaban en su extremo norte<sup>261</sup>, diseñadas por José Quintana<sup>262</sup>.



54. El nuevo puente en 1913  
(Gutiérrez-Colomer  
Sánchez, 1978).

Las dotaciones del centro de la ciudad continuaron aumentando en las primeras décadas del siglo, ahora que la zona volvía a contar con la simpatía de los urbanistas y constituía de nuevo el centro administrativo predilecto de la población. En 1907 se inauguró en la calle Sevilla con Tantín –uno de los extremos de la zona alcanzada por el fuego en 1941– la sede de la Caja de Ahorros y Monte de Piedad, diseñada por el

<sup>258</sup> SIMÓN CABARGA, J. 1979, p. 277.

<sup>259</sup> GUTIÉRREZ-COLOMER SÁNCHEZ, R. 2010. *Santander: 1875-1930*. Santander: Ediciones La Bahía, Vol. I, p. 91.

<sup>260</sup> *Ibíd.* Vol. I, pp. 324-326.

<sup>261</sup> *Ibíd.* Vol. II, pp. 349-350.

<sup>262</sup> VILLAR PARDO, L. 1990. *Monumentos de Santander: estatuas, placas y motivos ornamentales*. Santander: Librería Estudio, p. 36.

arquitecto catalán Lluís Domènech y Montaner<sup>263</sup> y en 1908 se abrió el Salón Pradera en los terrenos del antiguo castillo de San Felipe, derribado en 1896. El proyecto, de Lavín Casalís, salvó el marcado desnivel del terreno mediante una monumental escalinata de doble tiro; el edificio, de filiación modernista, sufrió pocos años después una importante remodelación<sup>264</sup>. También de 1908 es el teatro Apolo, sito en la calle del Arcillero y cuyo edificio fue pronto dedicado a otros menesteres<sup>265</sup>. Cerca de él, en la misma calle, el teatro Principal sufrió un devastador incendio en 1915, siendo reconstruido y ampliado en 1921 por R. Lavín del Noval para albergar la sede del Ateneo<sup>266</sup>.



56. Caja de Ahorros y Monte de Piedad el día de su inauguración en 1907 (Rodríguez Llera, 1987).



55. Retos del Ateneo en 1941 tras el incendio (Casado Soto, 2001).



57. Salón Pradera poco después de inaugurarse (Riego Amézaga y Alonso Laza, 1994).



58. Salón Pradera ya reformado (Sazatornil Ruiz, 1996).

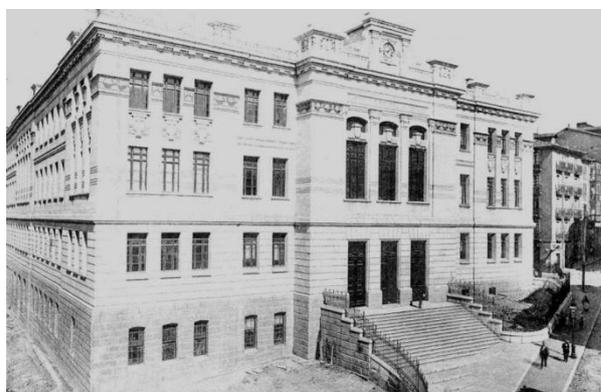
<sup>263</sup> ORDIERES DÍEZ, M. I. 1986. p. 80 y SAZATORNIL RUIZ, L. 2013. “La arquitectura regionalista montañesa: vestir con el ropaje antiguo las necesidades modernas” en VILLAR MOVELLAN, A. y LÓPEZ GIMÉNEZ, C. M. (Eds.) *Arquitectura y regionalismo*. Córdoba: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Córdoba, p. 161.

<sup>264</sup> SAZATORNIL RUIZ, L. 1996. pp. 273-274.

<sup>265</sup> SIMÓN CABARGA, J. 1980. p. 40 y GUTIÉRREZ-COLOMER SÁNCHEZ, R. 2010. Vol. I, p. 318.

<sup>266</sup> SIMÓN CABARGA, J. 1963. *Historia del Ateneo de Santander*. Madrid: Editora Nacional, pp. 48-49.

En 1916 se inauguró el nuevo Instituto, proyecto de Francisco de los Cobos y Lorenzo Gallego<sup>267</sup>, que remplazaba al convento de Santa Clara tras su demolición dado su estado ruinoso<sup>268</sup> y en 1919 se levantaron en la calle de la Compañía los almacenes de Pérez del Molino en un suntuoso edificio de corte neoclásico que provocó la demolición de parte del claustro del colegio de la Compañía<sup>269</sup>. También el antiguo Ayuntamiento y la Aduana sufrieron modificaciones al levantarse un nuevo piso en ambos para alojar la Audiencia en el primero en 1909<sup>270</sup>—había desaparecido su sede en Calderón de la Barca a raíz de la explosión del Machichaco— y la Delegación de Hacienda en 1932 en el segundo<sup>271</sup>. En estas primeras décadas del siglo se levantó también la Escuela de Industrias en la calle Sevilla.



59. Instituto Santa Clara (Madariaga de la Campa, 1971). 60. Escuela de Industrias (Simón Cabarga, 2001).



61. Plaza Vieja hacia 1910. Se aprecia el nuevo piso del Ayuntamiento (Del Campo Zabaleta, 1999).

62. Ruinas de la Aduana en 1941 tras el incendio, con el piso añadido (Casado Soto, 2001).

<sup>267</sup> *Guía de arquitectura de Santander: 100 edificios en una bahía del norte*. 1996. Santander: Colegio Oficial de Arquitectos de Cantabria, p. 86.

<sup>268</sup> MADARIAGA DE LA CAMPA, B. 1971. pp. 31-32.

<sup>269</sup> GONZÁLEZ ECHEGARAY, M. C. 2000. p. 111.

<sup>270</sup> SIMÓN CABARGA, J. 1979. p. 29.

<sup>271</sup> CASADO SOTO, J. L. 2001. *El incendio de Santander: febrero 1941*. Santander: [s. n.], pp. 39-40.

En los años 20 se desarrolló junto a los terrenos de la antigua dársena, entonces ya jardines de Pereda, una gran operación de construcción de edificios oficiales que dio lugar a tres nuevas construcciones: la nueva casa de Correos en la antigua plaza de Velarde – que conllevó el traslado de la estatua a la plaza de Pombo en 1921<sup>272</sup>– con proyecto de Eugenio Fernández Quintanilla y Secundino Zuazo Ugalde y valorada en 759.000 pesetas, siendo inaugurada en 1926<sup>273</sup>; un nuevo edificio para los juzgados municipales y el registro civil, de estilo y proporciones austeras, levantado en 1922 en el solar posterior al anterior, donde estaba el mercado de la Ribera hasta su incendio en 1917<sup>274</sup>; y el Banco de España junto a Correos, donde se había encontrado el Salón Pradera, que fue inaugurado en 1929 con proyecto de Eloy Martínez del Valle, Yarnoz Larrosa y Deogracias M. Lastras<sup>275</sup> tras la explanación del extremo del cerro donde se había levantado el castillo<sup>276</sup>. Finalmente, en 1933 abrió sus puertas el cine María Lisarda Coliseum en la plaza de los Remedios, diseñado por Fernández-Quintanilla previo derribo de la casona de los Remedios que había funcionado como residencia episcopal hasta principios de siglo<sup>277</sup>.



63. Los nuevos equipamientos junto a la Ribera. De izquierda a derecha: Banco de España, Correos y Juzgados (*Lo admirable de Santander*, 1935).

<sup>272</sup> GUTIÉRREZ-COLOMER SÁNCHEZ, R. 2010. Vol. II, p. 524.

<sup>273</sup> *Ibíd.* Vol. II, pp. 590-591.

<sup>274</sup> SIMÓN CABARGA, J. 1980. p. 149.

<sup>275</sup> *Guía de arquitectura de Santander...* 1996. p. 91.

<sup>276</sup> GUTIÉRREZ-COLOMER SÁNCHEZ, R. 2010. Vol. II, pp. 500, 536 y 623.

<sup>277</sup> SIMÓN CABARGA, J. 1980. p. 107, *Guía de arquitectura de Santander...* 1996. p. 93 y SAZATORNIL RUIZ, L. 2000. “Arquitectura y urbanismo desde el Romanticismo a la Posguerra” en POLO SÁNCHEZ, J. J. (Ed.) *Catálogo del patrimonio cultural de Cantabria. Tomo III: Santander y su entorno*. Santander: Consejería de Cultura y Deporte, pp. 309-310.

### 3.4.3.3. *Nuevos edificios religiosos*

Durante el cambio de siglo, con el retorno de los jesuitas a la ciudad, va a reactivarse el enfrentamiento de éstos con el obispado, utilizando ambas partes la arquitectura como arma predilecta en su confrontación. Las necesidades de nuevas construcciones tanto de los jesuitas –una nueva iglesia– como del obispado –una catedral más suntuosa y, en especial, un palacio episcopal hasta entonces inexistente– van a coincidir en el tiempo y a dar lugar a ambiciosos proyectos ante la competición reinante.

A mediados del siglo XIX la catedral se encontraba en un estado penoso y se llegaba a barajar el traslado de la sede a la nueva iglesia de Santa Lucía o incluso la construcción de una nueva catedral<sup>278</sup>. Tras algunas acciones de mejora puntuales, como el cerramiento de los arcos del claustro con madera y vidrio en 1856<sup>279</sup>, fue en las últimas décadas del siglo cuando se decidió definitivamente reactivar el conjunto y dotarlo de mejoras que lo hicieran digno de una catedral, además de crear para el obispo un palacio próximo para su residencia permanente. El “plan de la obra de aseo y ornato interior” se aprobó en el cabildo catedralicio del 2 de mayo de 1889, encargándose del mismo el arquitecto diocesano Alfredo de la Escalera, que pronto fue reemplazado por Emilio de la Torriente, ya que “la conducta observada por el arquitecto no satisfacía los deseos del cabildo”. La obra se completó a principios de 1890 y consistió fundamentalmente en la apertura de ventanas en la fachada norte de la nave principal, la erección de púlpitos, un nuevo órgano y otras actuaciones menores, como pintura y vidrios nuevos<sup>280</sup>.

Mientras tanto, los jesuitas, que habían vuelto a la ciudad en 1850<sup>281</sup>, iniciaron la construcción de su nueva iglesia en la calle San José, zona en expansión por aquellos años. El templo, primero de estilo neogótico en la región, fue proyectado por el arquitecto de la orden Leocadio Pasagartundúa, auxiliado por José María Basterra. Los jesuitas se mostraron orgullosos del aspecto de su nueva casa, afirmando haber levantado “no una iglesia cualquiera, sino una iglesia gótica”, igual que habían hecho en Bilbao o

---

<sup>278</sup> ARAMBURU-ZABALA HIGUERA, M. A. 1997. pp. 156-157.

<sup>279</sup> *Ibíd.* p. 157.

<sup>280</sup> *Ibíd.* pp. 157-159.

<sup>281</sup> ESCAGEDO SALMÓN, M. 2003 (1919-1922). *Crónica de la provincia de Santander*. Santander: Librería Estudio, p. 236 y REVUELTA GONZÁLEZ, M. 1984-1991. *La Compañía de Jesús en la España Contemporánea*. Madrid: Universidad Pontificia Comillas, Tomo II, p. 491. Hasta la construcción de su iglesia y residencia en 1890, habitaron en cinco casas distintas, entre ellas una en la rúa Mayor 30. DE SOLANO, R. 1930. “El ayer santanderino” en *La Revista de Santander*, tomo I, N° 4, p. 184 y REVUELTA GONZÁLEZ, M. 1984-1991. Tomo I, p. 1037.

Barcelona<sup>282</sup>. En 1888 fue colocada la primera piedra, inaugurándose el edificio dos años después.

Con el cambio de siglo comenzó la polémica a cuenta de las obras, al coincidir el obispado y los jesuitas en el deseo de erigir sendas torres neogóticas que rivalizasen entre sí y dominaran el centro de la ciudad. Por parte del obispado, se encargó al arquitecto Joaquín Rucoba el diseño de un palacio episcopal anexo a la catedral, sobre los restos del antiguo hospital del Santo Espiritu<sup>283</sup>, proyecto que se completaba con la erección de una torre “con resonancias centroeuropeas”<sup>284</sup> en su extremo meridional, sobre la calle Cádiz. A su vez, esta torre debería relacionarse visualmente con una aguja neogótica de grandes proporciones a levantar sobre el torreón medieval catedralicio<sup>285</sup>. Las obras del palacio se iniciaron en 1900, mientras que el proyecto de la aguja corresponde a 1903, lo que lo sitúa como clara respuesta a la construcción de una torre también con aguja neogótica en la iglesia de los jesuitas, dominando la perspectiva de la calle San José, que había sido levantada entre 1901 y 1903 con diseño de Lavín Casalís<sup>286</sup>.



64. Calle de San José a principios del siglo XX. Al fondo destaca la torre neogótica de la iglesia de los jesuitas (Sazatornil Ruiz, 1996).

<sup>282</sup> SAZATORNIL RUIZ, L. 1996. p. 137

<sup>283</sup> Se barajó también la construcción del palacio episcopal al este de la catedral, sobre los terrenos del antiguo castillo de San Felipe, operación descartada “por lo elevado del precio que exigía su propietario”. GUTIÉRREZ-COLOMER SÁNCHEZ, R. 2010. Vol. I, p. 221.

<sup>284</sup> ARAMBURU-ZABALA HIGUERA, M. A. 1997. pp. 162-163.

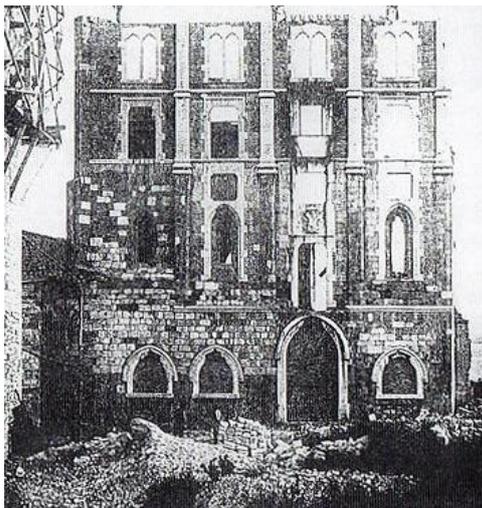
<sup>285</sup> ORDIERES DÍEZ, M. I. 1986. p. 70.

<sup>286</sup> SAZATORNIL RUIZ, L. 1996. p. 139.

A diferencia de la flamante torre de los jesuitas, la reforma de la torre de la catedral nunca se llevaría a cabo, conformándose el obispado con las obras del modesto palacio episcopal. Estas serían las últimas hasta la reconstrucción después del incendio. Por el contrario, los jesuitas, aparentes vencedores en esta disputa, remataron su sede con la erección en 1912 de un monumento al Sagrado Corazón frente a la entrada del templo, diseñado por Javier González de Riancho y con escultura de bronce a cargo del escultor Castellanos<sup>287</sup>. También encargaron a Enrique Immercamp Becker la decoración interior de la iglesia entre 1926-1934<sup>288</sup>.



65. El entorno de la calle de Calderón de la Barca en 1910. Al fondo destaca la torre del Palacio Episcopal (Del Campo Zabaleta, 1999).



66. Fachada del Palacio Episcopal a Ruamayor tras el incendio (Casado Soto, 1997, *La Catedral de Santander...*).

<sup>287</sup> GUTIÉRREZ-COLOMER SÁNCHEZ, R. 2010. Vol. II, p. 385.

<sup>288</sup> SAZATORNIL RUIZ, L. 1996. p. 137.



67. El centro de Santander hacia 1935. La mayor parte de las construcciones de la mitad inferior de la fotografía desaparecieron en 1941 (*Lo admirable de Santander*, 1935).

### 3.5. LAS ÚLTIMAS TRANSFORMACIONES (1936-1941)

En 1936, con motivo del estallido de la Guerra Civil, quedó al frente de la ciudad el socialista Ernesto del Castillo Bordenabe, quien trató de llevar a cabo importantes operaciones de renovación urbana por toda la ciudad, al margen del contexto bélico. Las actuaciones del alcalde Castillo estuvieron ligadas a un único eje de actuación cuya sola finalidad fue la apertura de nuevas calles y el ensanche y alineamiento de las ya existentes, buscando una mayor permeabilidad de la trama viaria. Estas obras supusieron un interesante ejercicio de racionalización urbana que, sin embargo, produjo importantes pérdidas patrimoniales y la desaparición de algunos espacios emblemáticos del centro histórico. La inusitada celeridad –vinculada al contexto político– con que se efectuaron las reformas acentúa la particularidad de la situación. También pueden leerse los motivos de estas actuaciones de acuerdo al clima revolucionario del momento, que se habría valido de este tipo de iniciativas institucionales para llevar a cabo una paulatina destrucción de elementos religiosos ante la inexistencia de actos vandálicos espontáneos como en otras ciudades<sup>289</sup>.

La principal reforma que se llevó a cabo fue la apertura de la denominada “avenida de Rusia”, tratando de establecer una conexión de gran capacidad a lo largo de toda la ciudad en sentido este-oeste, desde Puerto Chico hasta Cuatro Caminos. Para ello se hizo necesario conectar el Paseo Pereda y la calle Jesús de Monasterio a través del centro histórico, lo que implicó el ensanche de la calle de Atarazanas mediante el derribo de las dos manzanas que separaban a ésta de las calles de Colón y de Juan de Herrera<sup>290</sup> y la demolición del puente de Vargas en enero de 1937<sup>291</sup>. Este último punto es especialmente significativo, por cuanto varió ostensiblemente la disposición urbana arrastrada desde la Edad Media, quebrando uno de los principales ejes del área, aquel que discurría desde la Rúa Mayor hasta Santa Clara y el paseo del Alta.

---

<sup>289</sup> ARAMBURU-ZABALA HIGUERA, M. A. y LOSADA VAREA, C. 2012. “Patrimonio destruido en Cantabria (1808-1936)” en ARAMBURU-ZABALA HIGUERA, M. A., LOSADA VAREA, C. y SAAVEDRA ARIAS, R. *Patrimonio destruido en Cantabria*. Santander: Ediciones de la Universidad de Cantabria, p. 48. De hecho, en fotografías del derribo de la Estación de la Costa se aprecia la destrucción de la cruz del cercano monumento del Machichaco, lo que evidencia el componente anticlerical que acompañó a los derribos; la cruz fue reconstruida con posterioridad.

<sup>290</sup> La manzana entre Atarazanas y Colón no era otra que aquella en la que se había levantado en el siglo XVIII el almacén chico a partir de las ruinas de las atarazanas, siendo sustituido a mediados del XIX por el edificio de viviendas que se derribó en 1936.

<sup>291</sup> CASADO SOTO, J. L. 2001. p. 49.

También en la fachada portuaria se trazó una nueva avenida, actual calle de Antonio López. Para ello se derribó en septiembre de 1936 la Estación de la Costa<sup>292</sup>, replicándose el destino de su precedente junto a la dársena, destruido en 1902 también para abrir nuevos espacios. Igual suerte corrió en el mismo mes la otra estación de tren de la ciudad, la del Norte, que fue derribada para dar acceso al túnel que habría de conectar el ensanche de Maliaño con el centro de la ciudad bajo la calle Alta y que se inauguraría ya acabada la guerra con el nombre de Pasaje de Peña.

Al margen de estas tres grandes actuaciones, se procedió también al ensanche de otras vías menores del casco viejo, lo que conllevó la mutilación de importantes edificios, como la iglesia de la Compañía o el Palacio Episcopal, ambas también en septiembre<sup>293</sup>. En el primer caso, se solventó la angostura de la desembocadura de la calle Santa Clara en la plaza Vieja mediante el derribo de las capillas y el brazo del transepto del lado del Evangelio de la iglesia de la Compañía, que serían reconstruidos tras el incendio<sup>294</sup>. En cuanto al Palacio Episcopal, se derribó su extremo sur, con su torre, que estrechaba el paso de la calle Cádiz. En la plaza de los Remedios se derribaron también unas viejas casas a la salida de Puerta de la Sierra con el fin de ampliar la plaza hasta Francisco de Quevedo, aspecto que se ha conservado hasta la actualidad, y en la calle Lealtad se completó su alineamiento con el derribo de la casa tapón a la altura de la calle San Francisco. El mes anterior, agosto de 1936, se había demolido la iglesia de San Francisco<sup>295</sup>, cumpliendo los anhelos por completar el Ayuntamiento en su otra mitad, obra que no dio tiempo a realizar y que habría de esperar aún un par de decenios más<sup>296</sup>. Las actuaciones urbanas de esta época se completaron con la construcción de una serie de refugios antiaéreos en bajos y terraplenes de la zona<sup>297</sup>.

---

<sup>292</sup> *Ibíd.*

<sup>293</sup> *Ibíd.*

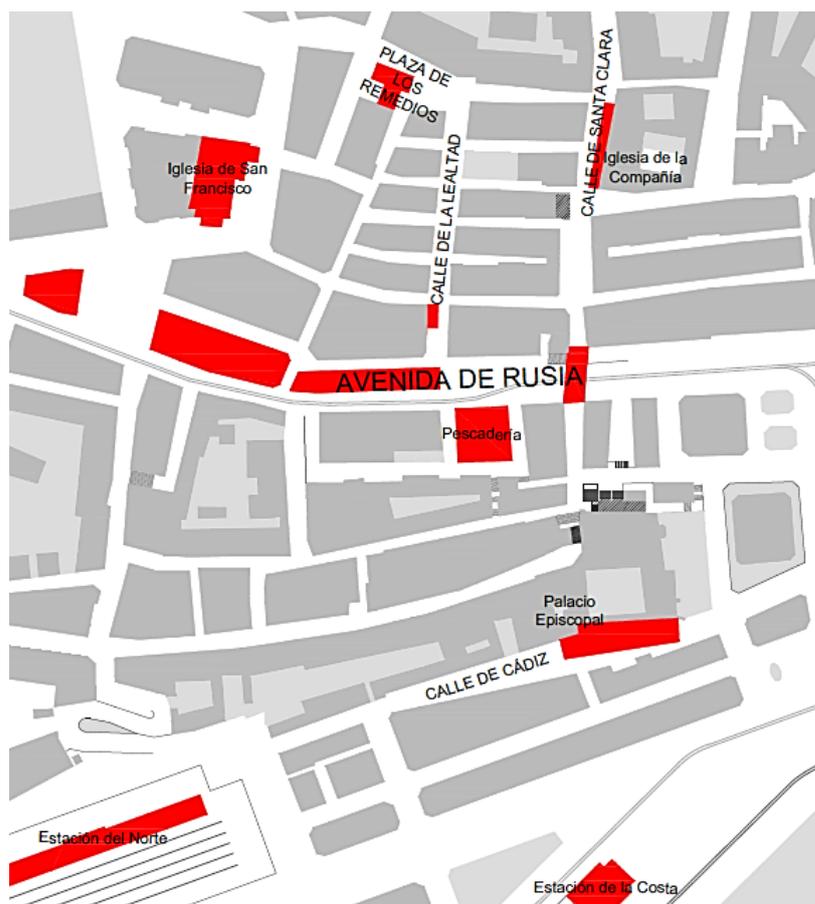
<sup>294</sup> Durante la Guerra Civil la iglesia fue utilizada como almacén, perdiéndose retablos y el órgano de 1929. Abierta al culto de nuevo en 1938, fue en 1946 cuando se completó la reconstrucción de la parte derribada, cuyo proyecto corrió a cargo de Javier González de Riancho. ARAMBURU-ZABALA HIGUERA, M. A. y LOSADA VAREA, C. 2012. "Patrimonio destruido...", p. 47.

<sup>295</sup> CASADO SOTO, J. L. 2001. pp. 49.

<sup>296</sup> En cualquier caso, la primera piedra fue colocada el 16 de diciembre de 1936. SAZATORNIL RUIZ, L. 1994. p. 120.

<sup>297</sup> Se construyeron refugios en el "Frontón del Cristo" (tras el Banco de España), en la Rampa Sotileza, en la cuesta de Gibaja, en la calle Cádiz y bajo la plaza de las Navas de Tolosa, además de adecuarse la iglesia del Cristo y los bajos del Banco de España, la antigua Aduana, el Instituto, Correos, el Ayuntamiento y el mercado de la Esperanza. PUENTE FERNÁNDEZ, J. M. 2011. *Santander bajo las bombas: bombardeos y refugios antiaéreos en el Santander republicano (julio 1936-agosto 1937)*. Santander: Librucos D. L., pp. 259-303.

Tras el fin de la guerra, las autoridades del nuevo régimen tomaron el testigo del gran proyecto de la avenida de Rusia –con evidente cambio de nombre– y diseñaron un plan de reforma global para toda la línea de Atarazanas y la Ribera que debería haber conllevado la sustitución de la mayoría de sus edificios por otros de nueva factura. Sin embargo, el incendio sorprendió estos planes e interrumpió la actuación, de la que sólo había dado tiempo a derribar en 1940 la pescadería de Atarazanas, el viejo mercado de Zabaleta renovado<sup>298</sup>. El solar, que se puso a la venta con la intención de obtener fondos para la construcción del Pasaje de Peña<sup>299</sup>, sería adquirido por el Banco Hispanoamericano para la construcción de su nueva sede, proyecto truncado por el incendio y la consiguiente reparcelación<sup>300</sup>. La pescadería se trasladó entonces a los bajos del Mercado de la Esperanza, donde ha permanecido hasta ahora. Además, se construyeron unas escaleras en ambos extremos del ya inexistente puente de Vargas para dar acceso desde la Ribera a la plaza Vieja y a la calle del Puente, actuación que no había dado tiempo a realizar durante el mandato del alcalde Castillo<sup>301</sup>.



68. Derribos entre 1936-1941 (Elaboración propia).

<sup>298</sup> GONZÁLEZ ECHEGARAY, M. C. 2004. pp. 67-69. La fecha de derribo se adelanta a 1939 en SIMÓN CABARGA, J. 1980. p. 44.

<sup>299</sup> GONZÁLEZ ECHEGARAY, M. C. 2004. p. 69.

<sup>300</sup> SIMÓN CABARGA, J. 1980. pp. 44-45.

<sup>301</sup> SIMÓN CABARGA, J. 1979. pp. 278-279.



69. Manzana entre las calles de Atarazanas y Colón a principios de siglo (Simón Cabarga, 2001).



70. La nueva avenida de Rusia, ya despejada de edificios y puente (Simón Cabarga, 2001).



71. La estación de la Costa derribada. En primer plano se aprecia la cruz del monumento al Machichaco también demolida.



72. Derribo parcial de la iglesia de la Compañía para la ampliación de la calle de Santa Clara (Del Campo Zabaleta, 1999).



73. Parte del Palacio Episcopal que estrechaba la calle de Cádiz y que fue demolida en 1936 (Simón Cabarga, 1980).

## 3.6. INCENDIO Y RECONSTRUCCIÓN

### 3.6.1. El incendio

En 1941 se produjo el tremendo incendio que asoló prácticamente todo lo que había sido el corazón de la vieja villa, destruyendo –junto a la posterior “reconstrucción”– el entramado de calles medievales y un gran número de los edificios más reseñables de nuestra área de estudio. El fuego se originó la noche del 15 de febrero como consecuencia de unos vientos huracanados que asolaban aquellos días la ciudad<sup>302</sup>. La chispa de una chimenea en el número 20 de la calle Cádiz prendió rápidamente en los tejados cercanos y el desbocado viento sur hizo que las llamas se extendieran rápidamente hacia la Puebla Vieja y la catedral<sup>303</sup>, pasando luego hacia la Puebla Nueva<sup>304</sup>. El fuego logró contenerse finalmente al norte gracias a las moles de los edificios del Coliseum y el Instituto<sup>305</sup>, que actuaron como cortafuegos, y a las voladuras controladas en las calles de Sevilla y Tantín<sup>306</sup>. Por el este el pétreo edificio de Hacienda cumplió también la función de parar las llamas<sup>307</sup>, mientras que por el oeste los bomberos consiguieron controlar el fuego a la altura de la calle Cuesta y la cuesta del Hospital<sup>308</sup>. El día 17 por la tarde quedada finalmente contenido el incendio<sup>309</sup>.

El resultado fue tremendamente trágico para el patrimonio y la población de la ciudad. 376 edificios desaparecieron por completo<sup>310</sup>, en los que se ubicaban más de 155 comercios, 9 imprentas y 21 clínicas que también dejaron de existir<sup>311</sup>. Igualmente quedaron calcinados 2 edificios oficiales y 6 iglesias y conventos, 1.783 viviendas y 155 hoteles, pensiones y bares<sup>312</sup>. Hubo unos 10.000 damnificados y 7.000 personas quedaron sin trabajo. Las pérdidas materiales se valoraron en 85.312.560,70 pesetas<sup>313</sup>.

---

<sup>302</sup> TOCA, S. 1941. *Santander en llamas: así ocurrió la catástrofe*. San Sebastián: Gráficas Fides, p. 14.

<sup>303</sup> *Ibíd.* p. 16.

<sup>304</sup> *Ibíd.* p. 17-19.

<sup>305</sup> CASADO SOTO, J. L. 2001. p. 103.

<sup>306</sup> TOCA, S. 1941. p. 29.

<sup>307</sup> CASADO SOTO, J. L. 2001. p. 103.

<sup>308</sup> TOCA, S. 1941. pp. 34-35.

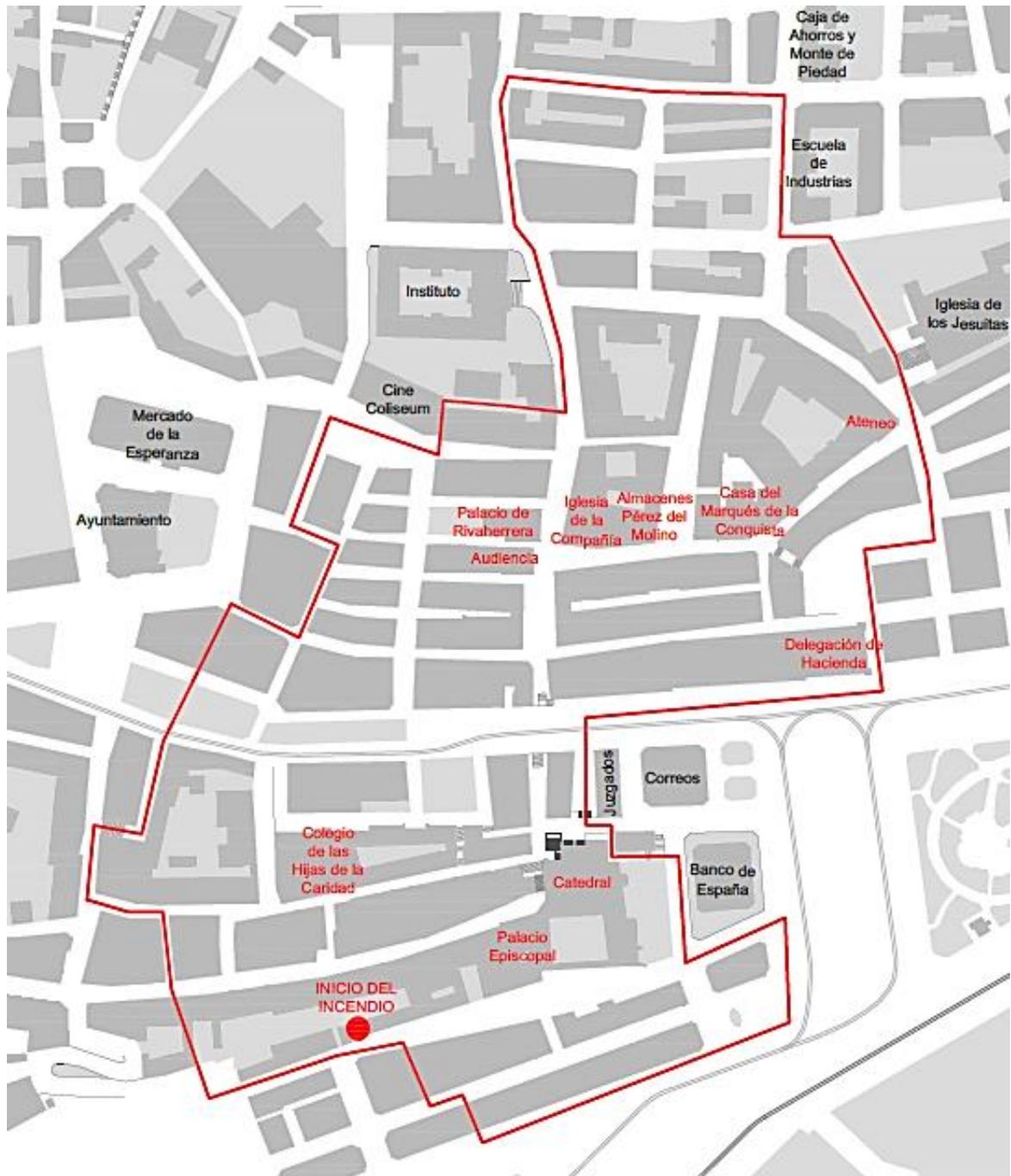
<sup>309</sup> *Ibíd.* p. 36.

<sup>310</sup> *Ibíd.* p. 38.

<sup>311</sup> Relación completa de los negocios siniestrados en TOCA, S. 1941. pp. 45-58.

<sup>312</sup> CASADO SOTO, J. L. 2001. p. 111.

<sup>313</sup> RODRÍGUEZ LLERA, R. 1980. *La reconstrucción urbana de Santander: 1941-1950*. Santander: Institución Cultural de Cantabria, p. 104.



74. Área afectada por el incendio (Elaboración propia).



75. El enorme hueco en medio de la ciudad, antiguo centro histórico, una vez despejados los escombros (Casado Soto, 2001).

### 3.6.2. La “reconstrucción”

Si el incendio arrasó con todo el caserío tradicional, la “reconstrucción” acabó por consumir la pérdida definitiva de lo que había sido el antiguo centro histórico de la ciudad al proyectar un barrio de nueva planta que respetaba muy poco de la herencia urbana recibida. Con el nuevo planteamiento se esfumaron las posibilidades de recuperar en cierta medida el área incendiada, al menos con el mantenimiento de su viario tradicional y la recuperación de los edificios más significativos que permanecían parcialmente arruinados. Por el contrario, se optó por crear un barrio de nuevo cuño en el que se derribaron los restos supervivientes de edificios tan relevantes como el palacio de Rivaherrera o la capilla de Santiago<sup>314</sup> para abrir paso a las nuevas calles –más amplias y rectas– o a los nuevos edificios oficiales que habían de construirse en la zona. Se destruyó también toda la manzana superviviente entre las calles de San Francisco, Puerta de la Sierra, la Paz e Isabel II –trazando en su lugar la nueva calle de Juan de Herrera–, además de explanarse la mayor parte del cerro de Somorrostro para prolongar las calles de Isabel II y Lealtad hacia el mar, asolando casi todo el asentamiento de la Puebla Vieja.

Las únicas construcciones afectadas por el incendio que se salvaron parcialmente fueron la catedral y la iglesia de la Compañía, entre las que se trazó una nueva calle –con el recuperado nombre “del Puente”–, creando una suerte de “vía espiritual”<sup>315</sup>. La catedral sufrió profundas transformaciones, entre las que destacan la supresión de los elementos barrocos añadidos en los siglos XVII y XVIII: el coro, la cabecera y la puerta y escalera de los Mártires<sup>316</sup>. Estas acciones variaron ostensiblemente su aspecto exterior –no tanto el interior– al añadirse un cuarto tramo al atrio norte y una gran cabecera de estilo neoherreriano de mayores dimensiones que la anterior, ocupando parte del solar del antiguo castillo. En definitiva, quedó un conjunto desvirtuado y completamente descontextualizado en medio de modernos edificios de viviendas y oficinas<sup>317</sup>, muchos de ellos de dudoso gusto artístico y fruto de la especulación.

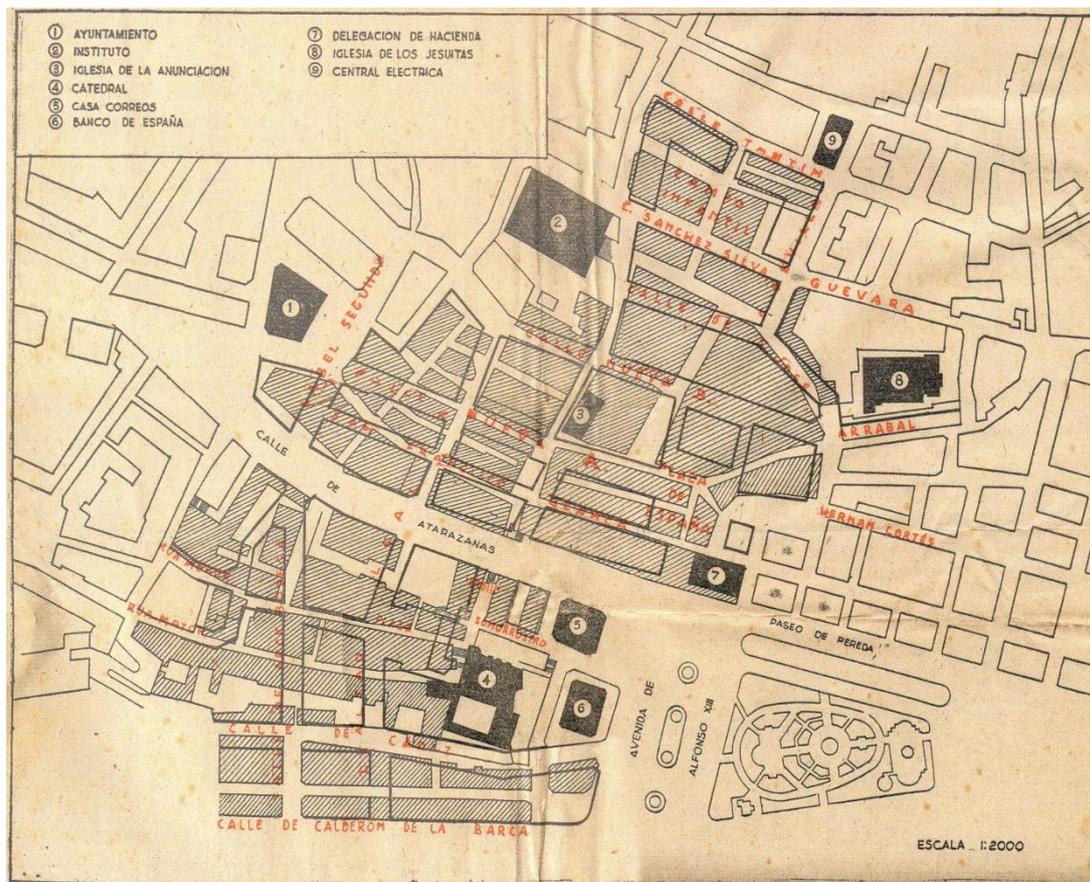
---

<sup>314</sup> La capilla de Santiago fue derribada a pesar de los infructuosos intentos del Centro de Estudios Montañeses para su conservación. ARAMBURU-ZABALA HIGUERA, M. A. y LOSADA VAREA, C. 2012. “Las “restauraciones” después de la Guerra Civil” en ARAMBURU-ZABALA HIGUERA, M. A., LOSADA VAREA, C. y SAAVEDRA ARIAS, R. *Patrimonio destruido en Cantabria*. Santander: Ediciones de la Universidad de Cantabria, pp. 107-140. p. 121.

<sup>315</sup> CASADO SOTO, J. L. 2001. p. 186.

<sup>316</sup> ARAMBURU-ZABALA HIGUERA, M. A. y LOSADA VAREA, C. 2012. “Las “restauraciones”...”, p. 121.

<sup>317</sup> Se produjo una variación funcional evidente: las actividades artesanales y las clases más humildes fueron expulsadas de la zona, haciéndose exclusivo el uso terciario y residencial para clases acomodadas. DE



76. Replanteamiento del trazado viario tras el incendio (Casado Soto, 2001).



77. Trabajos de desmonte del cerro de Somorostro (Casado Soto, 2001).

MEER LECHA-MARZO, A., CESTEROS SEDANO, M. y SIERRA ÁLVAREZ, I. 1984. "Incendio y transformaciones urbanas. Santander 1941-1955" en *Ciudad y Territorio*, N° 62, p. 37.

### 3.6.3. Actuaciones posteriores

El reducido número de construcciones supervivientes al incendio y posterior “reconstrucción” sufrió nuevas pérdidas a lo largo de la segunda mitad del siglo XX, unas veces con la intención de abrir nuevas perspectivas urbanas y otras con el único fin de reemplazarlas por modernos bloques de viviendas y servicios. Así, se añadieron nuevos elementos a la ya larga lista de patrimonio desaparecido y se contribuyó a desconfigurar aún más la imagen del viejo casco, perdiéndose las últimas casas de viejas calles como Atarazanas o la rúa Menor –borrándolas definitivamente– y algunos edificios públicos de principios del siglo XX.

Las primeras actuaciones pasaron por solucionar algunos problemas no resueltos en la “reconstrucción” y que consistieron en abrir nuevas perspectivas en los entornos de la catedral y el Ayuntamiento, ejecutadas ambas acciones en la década de los años sesenta. En el primer caso, se derribó el edificio de los juzgados construido en los años veinte en el solar del mercado de la Ribera para la ampliación de la plaza de Atarazanas o de la Anunciación, abriendo la perspectiva de la catedral hacia Calvo Sotelo y la de Correos hacia la plaza. En el caso del Ayuntamiento, se derribó la manzana superviviente entre la plaza, la calle San Francisco, Calvo Sotelo e Isabel II –la “casa del Sepi”– para crear un espacio regular y homogéneo frente a la casa consistorial<sup>318</sup>, ampliada definitivamente en esos mismos años sobre el solar de la iglesia de San Francisco. La ampliación respetó en gran medida las trazas del proyecto original de Zapata, reproduciendo simétricamente lo construido a principios de siglo aunque con ligeros retoques que acabaron por desvirtuar la composición prevista, especialmente en la fachada principal a la nueva plaza<sup>319</sup>. La esquina referencial que constituía el eje del edificio original perdió su carácter al trasladarse el eje al centro de la fachada en un nuevo cuerpo que sirve de unión a las dos mitades del edificio y que se remata con un desacertado frontón con un reloj moderno. Para remarcar esta nueva centralidad del edificio se retiró la cupulilla original de la esquina suroeste. También se realizaron importantes variaciones en la distribución interior.

---

<sup>318</sup> El Ministerio de Gobernación llevó a cabo las expropiaciones en el año 1962. *Guía de Arquitectura de Santander...* 1996. p. 85.

<sup>319</sup> RODRÍGUEZ LLERA, R. 1987. p. 136. Las dos fases de construcción del edificio son fácilmente diferenciables en la fachada norte, habiéndose obviado la reproducción ornamental en las zonas correspondientes a la ampliación.

El proyecto del remodelado Ayuntamiento, firmado en 1964, fue obra de Gonzalo Bringas y Gabriel de la Torre, inaugurándose en 1968<sup>320</sup>.

En esa misma década se derribaron los únicos edificios supervivientes de la calle de Atarazanas –entre la calle Cuesta y la cuesta del Hospital– y los de Ruamenor –esquina con la cuesta del Hospital– con la única intención de edificar nuevos bloques de viviendas. Más tarde, en los años ochenta, se derribó el único edificio de la calle de Somorrostro que había quedado en pie tras el incendio, separado de la catedral por los despojos de la calle de los Azogues. También a finales del siglo XX se derribó la Escuela de Industrias en la calle Tantín para la construcción del Paraninfo de la Universidad de Cantabria.

En los últimos años se han realizado una serie de actuaciones para el estudio y musealización de diferentes vestigios arqueológicos de la zona, contabilizándose tres centros de interpretación hasta la fecha: el de los antiguos muelles bajo la plaza de Alfonso XIII –alberga restos del muelle de las Naos–, el de la muralla en la plaza Porticada –se conserva un trozo de la misma correspondiente a la puerta de la Mar y lienzo inmediato– y el refugio antiaéreo de la plaza del Príncipe. Recientemente se ha sumado a éstos el de la catedral, donde se expone la historia del edificio y de la ciudad.



78. Destrucciones posteriores al incendio (Elaboración propia a partir de Google Maps)

<sup>320</sup> RINCÓN GARCÍA, W. 1988. p. 333 y *Guía de Arquitectura de Santander...* 1996. p. 85.

### 3.7. CONCLUSIONES: PÉRDIDAS Y PERMANENCIAS PATRIMONIALES

De las 22 hectáreas en las que se ha basado nuestro estudio, 14 (63,6%) corresponden a la zona desaparecida en 1941 y 12 son el espacio intramuros de la villa, casi totalmente integrado en el área del incendio. De esas 12 hectáreas de poblamiento más antiguo, sólo restan con su trazado original 0,8, divididas en 0,3 del conjunto de la catedral y 0,5 del comienzo de las rúas Mayor y Menor; de estas últimas apenas quedan edificios previos al siglo XX y su degradación es cada vez más acusada. Podemos concluir, por tanto, que el centro histórico santanderino es prácticamente inexistente y sólo queda de él algún edificio aislado fuera de contexto. A continuación se desglosan las conclusiones obtenidas sobre las pérdidas y permanencias patrimoniales en el área.

#### 3.7.1. Patrimonio construido

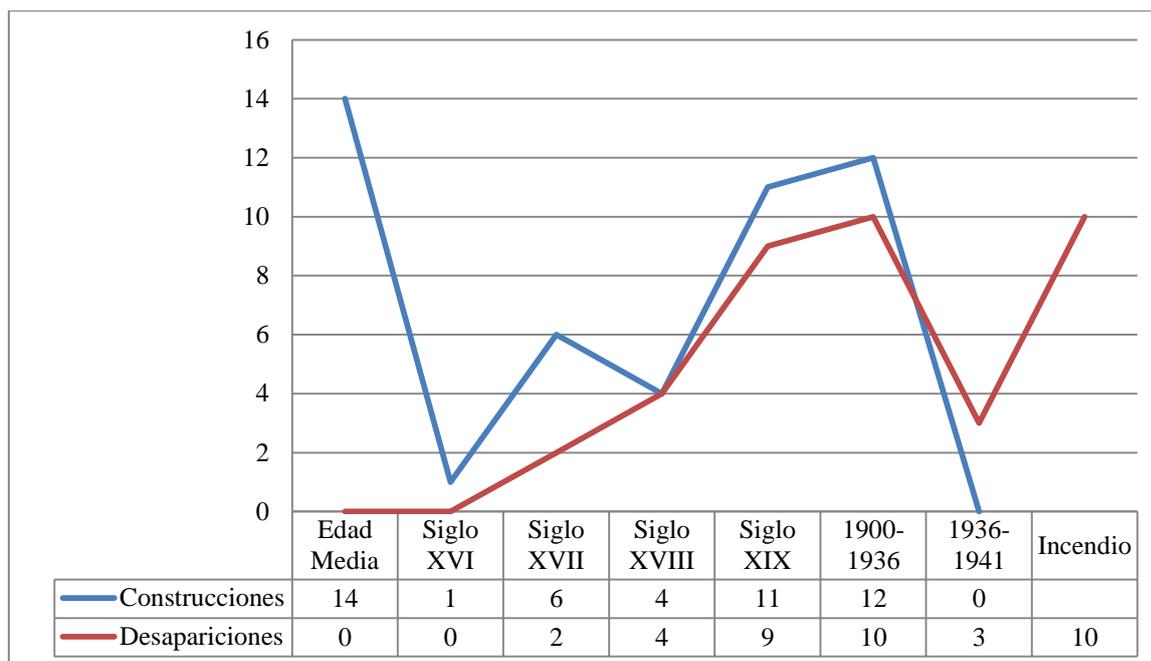
Hemos realizado una selección de los edificios más significativos del área de estudio construidos desde la Edad Media hasta 1941, por dimensiones y significación en la estructura urbana de la ciudad, resultando un total de 47 unidades<sup>321</sup>. A cada una de ellas se les ha asignado una fecha de inicio<sup>322</sup> y otra final<sup>323</sup>, con las que hemos trazado una gráfica que nos permite analizar las fluctuaciones temporales en la construcción de nuevos edificios reseñables en el área, así como la progresiva destrucción de los mismos:

---

<sup>321</sup> Éstas son: Catedral, capilla de Santiago, hospital del Santo Espíritu, ermita de San Nicolás, ermita y hospital de San Lázaro, primera ermita de la Magdalena, castillo, muralla, puente medieval, atarazanas, casa de los Herrera en Ruamayor, primer convento de San Francisco, convento de Santa Clara, bastida, palacio de Rivaherrera, colegio de la Compañía, iglesia de la Compañía, segundo convento de San Francisco, iglesia de San Francisco, Ayuntamiento antiguo, casa del marqués de la Conquista, casona de Remedios, humilladero de Becedo, segunda ermita de la Magdalena, Aduana, puente de Zabaleta, mercado de Atarazanas, pescadería de Atarazanas, teatro Principal, mercado de la Ribera, mercadillo de Atarazanas, primera estación del Norte, segunda estación del Norte, primera estación de la Costa, segunda estación de la Costa, iglesia de los jesuitas, palacio episcopal, sede de la Caja de Ahorros, Ayuntamiento nuevo, mercado de la Esperanza, puente de Corral, Salón Pradera, teatro Apolo, Instituto, Ateneo, Correos, Banco de España y Coliseum.

<sup>322</sup> Edad Media, siglo XVI, siglo XVII, siglo XVIII, siglo XIX, 1900-1936 y 1936-1941. Se ha tomado la fecha de construcción original, obviando reformas y añadidos posteriores.

<sup>323</sup> Edad Media, siglo XVI, siglo XVII, siglo XVIII, siglo XIX, 1900-1936, 1936-1941 e incendio, al cual hemos vinculado también las pérdidas de la “reconstrucción”. Se consideran fechas de destrucción total, sin tener en cuenta mutilaciones parciales precedentes.



Esta gráfica evidencia la íntima relación entre los procesos de construcción y destrucción de estructuras en el ámbito urbano: sólo existieron derribos intencionados cuando la necesidad de espacio para la creación de nuevos edificios requirió la eliminación de otros más antiguos. De hecho, el número de desapariciones se mantuvo siempre inferior al de construcciones excepto en el periodo de 1936-1941 y en el incendio. Como ya hemos comentado, las demoliciones que inició el alcalde Castillo en 1936 tuvieron como objetivo primordial la liberación de espacios para la ampliación de calles y plazas, por lo que no ha de extrañar que se rompa la tendencia en ese rango de fechas.

Los principales momentos de construcción son la Edad Media y los siglos XIX y XX, apreciándose el claro retroceso en la construcción entre los siglos XVI y XVIII, en gran medida por las crisis que padeció la ciudad en esa época. Despunta ligeramente, sin embargo, el siglo XVII, momento de construcción de algunos de los más importantes elementos patrimoniales que llegarán hasta el incendio, como el palacio de Villatorre o el colegio de la Compañía, y otros desaparecidos con anterioridad, como el convento de San Francisco. Las principales destrucciones se vivieron durante el progresivo desarrollo de la ciudad liberal, en los siglos XIX y XX, que implicó la renovación de buena parte del casco antiguo para ganar espacios administrativos, educativos, comerciales y de ocio. En general, se observa la tendencia de una destrucción patrimonial cada vez más rápida, al mismo tiempo que la construcción de edificios avanza de igual manera.

También observamos que el incendio jugó, en efecto, el papel de gran destructor del centro histórico de la ciudad, no sólo por la destrucción del trazado original, sino por la importante acumulación de patrimonio destruido en apenas dos días, un 21,83% de los elementos seleccionados, sólo comparable al periodo 1900-1936 de consolidación de la ciudad burguesa y no lejos del siglo XIX (19,1%), aunque se trata de periodos cada vez más largos que pueden distorsionar la tendencia. Por ello, hemos realizado la siguiente tabla con la relación de construcción y destrucción por año en cada intervalo<sup>324</sup>:

	Edad Media	Siglo XVI	Siglo XVII	Siglo XVIII	Siglo XIX	1900-1936	1936-1941	Incendio
Media de construcciones por año	0,04	0,01	0,06	0,04	0,11	0,33	0	
Media de desapariciones por año	0	0	0,02	0,04	0,09	0,28	0,6	10

Estas tasas dan una mayor concreción y matizan sensiblemente los datos anteriores. En primer lugar, la Edad Media ya no se muestra como época constructora por excelencia, pues la larga duración del periodo relativiza la gran condensación de construcciones. De hecho, es la Edad Media, curiosamente, una de las época con menor actividad constructora, siendo ésta inferior tan sólo en el siglo XVI. A parte de este siglo, se observa una cierta continuidad constructiva, sin grandes aumentos o decrecimientos, hasta el XIX, cuando se produce un aumento significativo, de casi tres veces la cifra anterior, replicándose la tendencia en el periodo 1900-1936.

Otra cuestión de gran relevancia que se infiere de esta segunda tabla es que las construcciones y las desapariciones no guardan una relación tan cercana como podíamos pensar en un principio. Aunque entre la Edad Media y el siglo XIX las construcciones se mantuvieron aproximadamente constantes, las destrucciones crecen en cada intervalo, siendo mayor, por tanto, esta tendencia de desaparición de viejas estructuras que la de creación de nuevas edificaciones. Paradójicamente, es en los periodos de mayor destrucción absoluto, el siglo XIX y primer tercio del XX, cuando esa tendencia se invierte y pasa a crecer más rápido el factor construcción que el de desaparición. Finalmente, destaca la tremenda cifra de desapariciones en el incendio, que deja muy atrás

<sup>324</sup> Como fecha de inicio del intervalo Edad Media se ha tomado 1187, año de la concesión del Fuero. Se trata de un límite altamente aleatorio con el único fin de limitar el periodo.

cualquier otra y evidencia la fuerte pérdida patrimonial que vivió el centro de la ciudad en aquel momento.

Para conocer el valor de esa gran cantidad de patrimonio perdido en el incendio, y analizar también el desaparecido otras épocas, hemos elaborado una relación entre las distintas épocas de construcción y desaparición de esas 47 unidades, resultando la tabla siguiente:

		DESAPARICIONES								
CONSTRUCCIONES		Edad Media	Siglo XVI	Siglo XVII	Siglo XVIII	Siglo XIX	1900-1936	1936-1941	Incendio	Aún existe
	Edad Media			2	4	4	1		2	1
	Siglo XVI								1	
	Siglo XVII					1	1		3	1
	Siglo XVIII					2	1		1	
	Siglo XIX					2	6	1		1
	1900-1936						1	2	3	7
	1936-1941									

En este cuadro vemos que las pérdidas patrimoniales que provocó el incendio fueron en su mayoría de los cuatro últimos siglos (70%), mientras que sólo 2 eran construcciones medievales y 1 del siglo XVI. Por lo tanto, en el momento del siniestro el patrimonio medieval de la ciudad era ya prácticamente inexistente y las principales pérdidas correspondieron a elementos clasicistas y barrocos. También vemos cómo esa inexistencia de construcciones medievales era de hecho bastante anterior al incendio, pues la destrucción de los edificios de la Edad Media se había producido sobre todo en los siglos XVIII y XIX. Destaca también la destrucción de patrimonio decimonónico en las tres primeras décadas del siglo XX –construcciones, por tanto, efímeras y que acentúan la aceleración de la transformación del espacio urbano– y el reducido impacto de las

demoliciones del alcalde Castillo, que aunque obtiene una alta tasa en la tabla precedente, no destruyó ningún edificio anterior al siglo XIX.

Actualmente existen sólo 10 de los 47 edificios tomados como referencia, es decir, un 21,28% del total, una cifra quizás engañosa en tanto que 7 de ellos pertenecen al siglo XX (70%), 1 a finales del XIX (iglesia de los jesuitas), uno al XVII (iglesia de la compañía) y sólo 1 a la Edad Media (catedral). A parte de las 10 construcciones supervivientes, existen también restos parciales y de mucha menor entidad de otras 9:

- Restos de nervios y claves de la bóveda de la capilla de Santiago en el claustro de la catedral.
- El escudo de Felipe IV del castillo en la fachada sur de la catedral.
- Un lienzo de muralla bajo la plaza Porticada.
- La clave mayor del ábside de la iglesia del convento de Santa Clara en el jardín de la Biblioteca Municipal.
- El escudo de una de las capillas de la iglesia de San Francisco en el frontón que remata la casa rectoral de la moderna parroquia de San Francisco y la inscripción que se encontraba en la fachada de la iglesia, hoy en el interior del Ayuntamiento.
- Uno de los escudos de la fachada del antiguo Ayuntamiento en el Museo Marítimo del Cantábrico.
- El escudo de la antigua Aduana, recuperado en la fachada de la actual Delegación de Hacienda.
- Las dos farolas del puente diseñado por Alberto Corral en la plaza de Cañadío.
- Las columnas de hierro de la estructura de la Escuela de Industrias, hoy frente al Paraninfo de la Universidad de Cantabria.



79. Escudo del castillo de San Felipe  
(Fotografía del autor).



80. Clave del convento de Santa Clara  
(Fotografía del autor).



81. Escudo de la antigua iglesia de San Francisco (Fotografía del autor).



82. Escudo de la antigua Aduana (Fotografía del autor).



83. Detalle de una de las farolas del puente (Fotografía del autor).

Al margen de estas construcciones destacadas, existen también en el área unos cuantos edificios residenciales de menor importancia que se salvaron de las llamas y las operaciones urbanísticas. Todos ellos son de finales del siglo XIX en adelante y se concentran en las calles de Ruamayor, cuesta del Hospital, Isabel II, Francisco de Quevedo, Cubo, Santa Clara, Calderón de la Barca y Méndez Núñez. Destaca el edificio Ubierna, en la esquina de la calle de Calvo Sotelo con Lealtad, construido en los años 30 y que no ardió a pesar de encontrarse en pleno corazón del área desaparecida.

### 3.7.2. Patrimonio arqueológico y documental

El incendio y, en especial, la reconstrucción produjeron también una importante pérdida de patrimonio arqueológico. Fue ésta especialmente grave en el entorno del cerro de Somorrostro, lugar del primigenio asentamiento de la población y que fue desmontando en gran medida para abrir el centro de la ciudad hacia el mar mediante la prolongación de las calles de Isabel II y Lealtad. El desmonte, efectuado desde un poco más al este de la cuesta del Hospital, tan sólo respetó la catedral, desapareciendo todo el antiguo solar de la Puebla Vieja, con la mayor parte de las rúas Mayor y Menor<sup>325</sup> y todo lo que en su subsuelo hubiera, sin duda la más relevante información sobre los orígenes de la ciudad. Una operación similar, aunque no tan agresiva, se produjo también donde estuvo la Puebla Nueva, descendiendo el nivel de toda la zona hasta el de la Ribera, actual calle de Calvo Sotelo, como se puede apreciar en la terraza formada ante la iglesia de la Compañía.



84. Topografía original de la Rúa Menor, en contraste con la cota más baja de la calle actual (Fotografía del autor).

Durante el incendio se perdieron igualmente importantes fondos documentales de distintas instituciones de la ciudad: parte de la biblioteca de la catedral custodiada en el palacio episcopal, el archivo de la Delegación de Hacienda, el del palacio de Rivaherrera, el de la Audiencia Provincial, la biblioteca de los padres jesuitas, la colección de fotografías antiguas de Duomarco en su tienda de la plaza Vieja y la colección fotográfica de la tienda de Samot en la calle de San Francisco<sup>326</sup>.

<sup>325</sup> En los tramos iniciales de Ruamayor y Ruamenor, aún existentes, es apreciable todavía el nivel original de las calles, reflejado en los zócalos aumentados de los edificios de la primera y en la diferencia de nivel respecto a la vía actual en el margen sur de la segunda.

<sup>326</sup> ARAMBURU-ZABALA HIGUERA, M. A. y LOSADA VAREA, C. 2012. “Las “restauraciones”...”, p. 114.

### 3.7.3. Urbanismo y paisajismo

Quizás la más importante de las pérdidas que conllevaron el incendio y la posterior “reconstrucción” fue la desaparición de casi todo el entramado de calles del casco medieval de la ciudad, con las alineaciones, los rincones y las perspectivas cuajadas de un desarrollo urbano de al menos unos 1000 años de duración. A falta de estudios de mayor calado, nos parece conveniente resaltar por lo menos cuatro perspectivas de gran fuerza visual que fueron aniquiladas con el replanteamiento viario:

-El torreón de la catedral desde el oeste: los edificios bajos permitían que la entrada a la zona antigua desde Becedo estuviera presidida por la imponente silueta de la torre al fondo de la calle de Atarazanas, visión desaparecida ahora al tapar los modernos edificios más altos la perspectiva de la torre.

-El arco de esa misma torre desde el norte: antes del incendio se encontraba enfilado con el puente y la plaza Vieja, pero la reconstrucción trazó la nueva calle del Puente algo más al este, encuadrada con la fachada de la iglesia de la Compañía y olvidando el mencionado arco.



85. Perspectiva original de la torre desde la plaza Vieja (Simón Cabarga, 2001).



86. Perspectiva actual desde la moderna calle del Puente (Fotografía del autor).

-El Instituto Santa Clara desde el este: cuya escalinata estaba alineada con la primitiva calle de San José y quedaba enmarcada al fondo de la calle, mientras que la actual, discurriendo algo más al sur, queda descentrada del instituto.



87. Perspectiva actual del Instituto Santa Clara desde la calle de San José (Fotografía del autor).

-El Coliseum desde el sur: cuyo cuerpo vertical a la derecha de la fachada principal quedaba alineado con la calle Lealtad sirviendo de referencia visual, perdida ésta con el ligero desplazamiento de la calle hacia el oeste, que hace que el cuerpo vertical quede ya en la entrada de la moderna Rualasal.



88. Trazado original de la calle Lealtad (Casado Soto, 2001).



89. Trazado actual desplazado hacia el oeste (Fotografía del autor).

### 3.7.4. Toponimia

Otro de los patrimonios perdidos con el incendio, frecuentemente olvidado, fue la toponimia. Algunos de los nombres de calles y plazas más arraigados en la población –de varios siglos de antigüedad muchos de ellos– desaparecieron para siempre con el posterior replanteamiento del trazado viario. Hemos contabilizado 55 topónimos en el callejero de nuestra área previa al incendio<sup>327</sup>, de los que 24 se conservan en sus localizaciones originales (43,6%), 7 fueron trasladados a otras calles de nueva planta tras la reconstrucción (12,8%) y 24 han desaparecido por completo del callejero de la ciudad (43,6%). Por si este porcentaje no es ya suficientemente dramático, hemos realizado una segunda relación de nombres atendiendo a aquellos que sólo corresponden al espacio intramuros de la villa medieval, con 27 resultados: 4 únicos nombres se conservan en sus lugares de origen (14,8%), 5 fueron trasladados (18,5%) y desapareció la abrumadora cifra de 18 (66,7%).

---

<sup>327</sup> Éstos son: Aduana, Alfonso VIII, Alfonso XIII, Alsedo Bustamante, Arce Bodega, Arcillero, Atalaya, Atarazanas, Azogues, Blanca, Cádiz, Calderón de la Barca, Carbajal, Colón, Compañía, Cuesta, Escalinata, Escuelas, Esperanza, Francisco de Quevedo, Gibaja, Hospital, Infierno, Isabel II, Juan de Herrera, Méndez Núñez, Navas de Tolosa, Obispo Plaza, Padilla, Pascual, Paz, Pescadería, Peso, Prieto, Príncipe, Puente, Remedios, Ribera, Rincón, Rualasal, Ruamayor, Ruamenor, San Francisco, San José, Sánchez Silva, Santa Clara, Sevilla, Socubiles, Sotileza, Tableros, Tantín, Torrelavega, Tremontorio, Vieja y Viento.

#### 4. ELABORACIÓN DE UNA PLANIMETRÍA HISTÓRICA PARA EL CENTRO DE SANTANDER

La decisión de elaborar una planimetría histórica para el centro histórico de Santander parte de la constatación del escaso interés historiográfico suscitado por el urbanismo del viejo casco urbano de la villa de Santander, en su evolución desde el siglo XVIII en adelante, frente al estudio de los ensanches. Con estos planos se pretende trazar ese hilo conductor que falta, a nuestro juicio, entre los materiales producidos para época medieval y moderna y el momento del incendio de la ciudad en 1941. Es por ello por lo que partimos de una fecha ya avanzada, 1850, pues existen otros trabajos que ya han trazado planimetrías para momentos previos y hemos desechado realizar una mera reproducción de los mismos. A diferencia de éstos, altamente hipotéticos, los que aquí se presentan guardan un alto grado de fiabilidad –con excepciones parciales, por supuesto– gracias a disponer de una densa línea de planos desde finales del siglo XVIII hasta la actualidad. Para el acceso a éstos nos hemos valido de dos obras de enorme utilidad para nuestro objetivo: *Santander, el puerto y su historia: bicentenario del Consulado del Mar* (1985) y *La memoria del territorio: atlas histórico de Santander y su puerto* (1998), dirigidas por Julio Pozueta Echávarri y Elena Martín Latorre respectivamente.

A pesar del trabajo reseñable de estos autores y sus colaboradores, hemos creído oportuno trascender la mera recopilación de fuentes históricas y trazar nosotros mismos cuatro mapas que ilustren de manera homogénea y detallada el desarrollo urbano que se desata a partir de mediados del siglo XIX. Hemos seleccionado como primera fecha 1850, por constituir un punto previo a los primeros rellenos masivos de las dársenas y el ensanche de Maliaño, siendo aún apreciable el trazado de la vieja puebla medieval que apenas ha superado las murallas. El segundo plano lo hemos situado en 1890, con la Dársena Chica ya rellena y el ensanche de Maliaño consumado; se trata de un punto previo a la reorientación de la ciudad a causa de la explosión del Machichaco, con importantes edificios medievales aún en pie. En 1915 se sitúa el plano siguiente; su elección ha resultado la más compleja de todas, pues ha debido conjugar diversos factores que permitieran explicar un amplio abanico de acontecimientos constructivos; así, en el plano se pueden observar ya las construcciones del Plan Extraordinario, entre otras, pero aún no se han efectuado las importantes modificaciones de los años 20, en especial en el entorno de Alfonso XIII. El cuarto y último plano se ubica en 1941, momento previo al

incendio. Por lo tanto, resulta una sucesión con intervalos de 40, 35 y 26 años, adecuada por su homogeneidad y no excesiva duración entre fechas.

El trabajo se ha llevado a cabo en sentido regresivo, contrario al orden en que se presentarán los planos a continuación, pues se ha primado su ordenación cronológica para una consulta más intuitiva. Hemos partido del plano de 1941 del parcelario afectado por el incendio, el más completo y detallado de cuantos hemos consultado. Nuestro plano de 1941 es en gran medida una reproducción de éste, aunque hemos debido reconstruir algunos detalles con ayuda de fotografías. Algunos de ellos han sido las escaleras construidas en los extremos del derribado puente de Atarazanas y las escaleras de acceso a la iglesia de los jesuitas; estas últimas sí aparecían en el plano original, pero gracias a fotografías de la época hemos comprobado que la disposición que presentaban en ese plano estaba desfasada –seguramente heredada de un plano anterior– y que para entonces tenían una disposición distinta. También al margen del plano original trazamos las líneas del tranvía, presentes en otros planos de principios de siglo y que observamos, nuevamente en fotografías, que no habían variado significativamente hasta entonces.

Una vez acabado el plano de 1941, se procedió a la realización del de 1915 por medio de modificaciones en el anterior. Para este plano no se pudo seguir ninguno contemporáneo, por lo que hubo que conjugar algunos anteriores y otros posteriores, apoyándonos, como siempre, en material fotográfico. Lo primero fue deshacer las reformas de 1936-1941, algo sencillo gracias a los planos de los años 30 de que disponemos. Los mayores problemas llegaron al acercarse a la fecha en cuestión. Se realizó un trazado aproximado de la línea de tranvía temporal que llegaba a la plaza Vieja por aquellos años y se trazó la plaza Velarde. La principal incógnita llegó al realizar la planta del Salón Pradera y su entorno, de los que no conocemos ningún plano mínimamente detallado publicado. Así, nos limitamos en este caso a dibujar unas líneas que tan sólo marcan unos límites hipotéticos de lo que debió ser esta construcción, a las que se les añadió la escalera de doble tiro presente en fotografías.

Para el plano de 1890 sí contamos con material contemporáneo, como el Plano de Población de Lavín Casalís. No fue complejo trazar el contorno de la Dársena Grande y de edificios como el castillo de San Felipe, el convento de San Francisco o el de Santa Clara. Sí presentó ciertos problemas el entorno de la calle Cádiz, donde los planos de época resultaban confusos y poco definidos. Se optó por un trazado rectilíneo con un

estrechamiento creciente hacia el este –tal y como ocurría en efecto–, resultando un trazado esquemático probablemente simplificado respecto a lo que en realidad fue. Desconocemos el trazado de las vías de ferrocarril que accedían a la primera estación de la Costa, por lo que nos hemos limitado a prolongar las que llegaban a la posterior estación de la Costa hasta la vieja estación junto a la dársena. Finalmente, acabamos nuestra serie de planos con el de 1850, cuya guía principal ha sido el plano de Francisco Coello de 1861. Gracias al detalle de éste, se pudo resolver de manera satisfactoria la mayor parte del trazado del mapa. Se han ubicado también todas aquellas fuentes de agua que hemos podido conocer, principalmente gracias al trabajo de Fresnedo de la Calzada y Simón Cabarga.

Estos mapas no pretenden ser un producto acabado, sino, al contrario, un punto de partida para la confección de nuevos planos que completen los presentes, resuelvan sus mayores dudas, corrijan las hipótesis erradas y sirvan como apoyo para la realización de planos parciales que ilustren dinámicas concretas. En esta línea se han utilizado activamente en el capítulo tres de nuestro estudio.

# Centro de Santander en 1850



## LEYENDA

-  EDIFICACIONES
-  ESPACIOS NO CONSTRUIDOS
-  BAHÍA
-  FUENTES

# Centro de Santander en 1890



## LEYENDA

- |   |                         |   |                               |  |             |
|---|-------------------------|---|-------------------------------|--|-------------|
|  | EDIFICACIONES           |  | BAHÍA                         |  | FERROCARRIL |
|  | ESPACIOS NO CONSTRUIDOS |  | FUENTES                       |  | TRANVÍA     |
|  | ZONAS AJARDINADAS       |  | MONUMENTOS<br>1 Pedro Velarde |  |             |





## 5. ÍNDICE DE ILUSTRACIONES

1. Área de estudio.....	6
2. Santander hacia 1575.....	14
3. Ubicación del asentamiento respecto a la línea de costa original de la bahía de Santander.....	16
4. Reconstrucción de la topografía original del cerro de Somorrostro y la ría de Becedo.....	16
5. Presunto muro romano a los pies de la catedral. ....	19
6. Termas romanas bajo el subsuelo de la iglesia del Cristo. ....	19
7. Complejo de la colegial hacia el siglo XV.....	24
8. Capilla de Santiago tras el incendio.....	24
9. Iglesia baja o del Cristo. ....	24
10. Cabecera de la iglesia del convento de Santa Clara a finales del siglo XIX. ....	26
11. Plano de 1759 en el que creemos identificar el arco de la calle de la Blanca. ....	28
12. Lienzo de muralla bajo la plaza Porticada.....	29
13. Santander hacia 1565.....	30
14. Reconstrucción de las Atarazanas por José Luis Casado Soto.....	32
15. Plano de Santander por Pellegrino Zuyer. Hacia 1660.....	34
16. Plano del castillo en 1577.....	36
17. Castillo de San Felipe hacia 1890.....	36
18. Plaza de la Llana y principales edificios en su entorno.....	37
19. Fachada lateral del Ayuntamiento hacia la calle del Peso a comienzos del siglo XIX.....	38
20. Fachada principal del Ayuntamiento hacia la plaza de la Llana a mediados del siglo XIX.....	38
21. Palacio de Rivaherrera a comienzos del siglo XX.....	39
22. Fachada del colegio a la calle de la Compañía a principios del siglo XX.....	41
23. Escudo real sobre la puerta del colegio. ....	41
24. Plano del complejo levantado por los jesuitas.....	42
25. Iglesia de la Compañía hacia 1930.....	42
26. Planta del convento de San Francisco en 1878.....	43
27. Convento de San Francisco a finales del siglo XIX.....	44
28. Reformas barrocas en la catedral.....	46
29. Puerta y escalinata de los Mártires a comienzos del siglo XX.....	46
30. Coro barroco de la catedral antes del incendio.....	46
31. Interior de la catedral a comienzos del siglo XX.....	46
32. Aspecto de la ciudad a finales del siglo XVIII. ....	51
33. Derribo de la muralla y direcciones de expansión de la ciudad.....	54
34. Alameda de Becedo ya urbanizada en 1804.....	54
35. La Aduana a principios del siglo XX.....	54
36. Ubicación de los mercados diseñados por Zabaleta. ....	56
37. El nuevo puente diseñado por Antonio de Zabaleta. ....	58
38. Teatro Principal en la calle del Arcillero.....	58
39. Ayuntamiento reformado. ....	58
40. Zonas de nueva urbanización en la segunda mitad del siglo XIX.....	62
41. Mercado de la Ribera. ....	62
42. Mercadillo de Atarazanas.....	62
43. Plaza de Velarde desde el puente. ....	64
44. Rellenos de la bahía en la segunda mitad del siglo XIX. ....	65
45. Estación del Norte a finales del siglo XIX. ....	67
46. Primera estación de la Costa en llamas en 1902.....	68
47. Segunda estación de la Costa a principios del siglo XX. ....	68
48. Ubicación de las cuatro primeras estaciones de la ciudad.....	68
49. Zona destruida por la explosión del Machichaco. ....	71

50. Aspecto de la calle de Méndez Núñez tras la explosión.....	71
51. Nuevo Ayuntamiento.....	76
52. Mercado de la Esperanza.....	77
53. Mercado de Atarazanas reformado como nueva pescadería.....	78
54. El nuevo puente en 1913. ....	79
55. Retos del Ateneo en 1941 tras el incendio. ....	80
56. Caja de Ahorros y Monte de Piedad el día de su inauguración en 1907.....	80
57. Salón Pradera poco después de inaugurarse. ....	80
58. Salón Pradera ya reformado. ....	80
59. Instituto Santa Clara.....	81
60. Escuela de Industrias.....	81
61. Plaza Vieja hacia 1910.....	81
62. Ruinas de la Aduana en 1941 tras el incendio.....	81
63. Los nuevos equipamientos junto a la Ribera. ....	82
64. Calle de San José a principios del siglo XX.....	84
65. El entorno de la calle de Calderón de la Barca en 1910. ....	85
66. Fachada del Palacio Episcopal a Ruamayor tras el incendio.....	85
67. El centro de Santander hacia 1935. ....	86
68. Derribos entre 1936-1941.....	89
69. Manzana entre las calles de Atarazanas y Colón a principios de siglo.....	90
70. La nueva Avenida de Rusia, ya despejada de edificios y puente.....	90
71. La estación de la Costa derribada.....	90
72. Derribo parcial de la iglesia de la Compañía para la ampliación de la calle de Santa Clara. ...	90
73. Parte del Palacio Episcopal que estrechaba la calle de Cádiz y que fue demolida en 1936. ....	90
74. Área afectada por el incendio. ....	92
75. El enorme hueco en medio de la ciudad, antiguo centro histórico. ....	92
76. Replanteamiento del trazado viario tras el incendio.....	94
77. Trabajos de desmonte del cerro de Somorrostro. ....	94
78. Destrucciones posteriores al incendio. ....	96
79. Escudo del castillo de San Felipe. ....	101
80. Clave del convento de Santa Clara.....	101
81. Escudo de la antigua iglesia de San Francisco.....	102
82. Escudo de la antigua Aduana. ....	102
83. Detalle de una de las farolas del puente. ....	102
84. Topografía original de la Rúa Menor, en contraste con la cota más baja de la calle actual. ...	103
85. Perspectiva original de la torre desde la plaza Vieja. ....	104
86. Perspectiva actual desde la moderna calle del Puente. ....	104
87. Perspectiva actual del Instituto Santa Clara desde la calle de San José. ....	105
88. Trazado original de la calle Lealtad.....	105
89. Trazado actual desplazado hacia el oeste. ....	105

## 6. BIBLIOGRAFÍA

- AA. VV. 1980. *El mundo de las estaciones*. Madrid: Dirección General de Bellas Artes, Archivos y Bibliotecas.
- AA. VV. 1989. *El Fuero de Santander y su época: actas del Congreso conmemorativo de su VIII centenario*. Santander: Diputación Regional de Cantabria.
- AA. VV. 1997. *Santander en la tarjeta postal ilustrada (1897-1941): historia, coleccionismo y valor documental*. Santander: Fundación Marcelino Botín.
- AA. VV. 1998. *Felipe II, los ingenios y las máquinas: ingeniería y obras públicas en la época de Felipe II*. Madrid: Sociedad Estatal para la Conmemoración de los Centenarios de Felipe II y Carlos V.
- AA. VV. 2002. *Cantabria siglo XX: acelerado tiempo de cambios*. Santillana del Mar: Fundación Santillana.
- ACEBO GONZÁLEZ, C. 2005. *Santander: monumentos y motivos ornamentales*. [S. l.]: [s. n.].
- AGENJO BULLÓN, XAVIER y SUÁREZ CORTINA, M. (Eds.) 1998. *Santander, fin de siglo*. Santander: Caja Cantabria.
- ALONSO DEL VAL, J. M. 1994. “El convento de San Francisco: seis siglos de vida y vecindad en Santander” en ALONSO DEL VAL, J. M., ARAMBURU-ZABALA HIGUERA, M.A. y SAZATORNIL RUIZ, L. *San Francisco, de convento a parroquia*. Santander: Ediciones Tantín, pp. 67-98.
- ALONSO DEL VAL, J. M., ARAMBURU-ZABALA HIGUERA, M.A. y SAZATORNIL RUIZ, L. 1994. *San Francisco, de convento a parroquia*. Santander: Ediciones Tantín.
- ALONSO RUIZ, B. 1993. “Urbanismo y clasicismo en Santander: la Plaza Vieja hacia 1600” en ARAMBURU-ZABALA HIGUERA, M. A. y GÓMEZ MARTÍNEZ, J. (Eds.) *Juan de Herrera y su influencia: actas del Simposio: Camargo, 14-17 Julio 1992*. Santander: Fundación Obra Pía Juan de Herrera/Universidad de Cantabria.
- ALONSO RUIZ, B. 2000. “El urbanismo de la Edad Moderna” en POLO SÁNCHEZ, J. J. (Ed.) *Catálogo del patrimonio cultural de Cantabria. Tomo III: Santander y su entorno*. Santander: Consejería de Cultura y Deporte, pp. 95-118.
- ALONSO RUIZ, B. 2000. “La arquitectura de la Edad Moderna” en POLO SÁNCHEZ, J. J. (Ed.) *Catálogo del patrimonio cultural de Cantabria. Tomo III: Santander y su entorno*. Santander: Consejería de Cultura y Deporte, pp. 137-158.
- ALONSO RUIZ, B. 2007. “Linajes, casas y capillas: la promoción arquitectónica en Santander durante la Edad Moderna” en *Liño: Revista anual de historia del arte*, Nº 13, pp. 9-31.
- ANGUITA CANTERO, R. 1997. *Ordenanza y policía urbana: los orígenes de la reglamentación edificatoria en España (1750-1900)*. Granada: Universidad de Granada.
- AÑÍBARRO RODRÍGUEZ, J. 2010. *La implantación urbana medieval en la costa de Cantabria: ¿creación original o herencia del pasado?* Santander: Ediciones de la Universidad de Cantabria.
- ARAMBURU-ZABALA HIGUERA, M. A. y ARAMBURU-ZABALA HIGUERA, F. J. 1983-1984. “Arquitectura en Cantabria en la época del Renacimiento. I. Los arquitectos” en *Altamira: Revista del Centro de Estudios Montañeses*, Nº 44, pp. 211-226.

- ARAMBURU-ZABALA HIGUERA, M. A. 1989. “La arquitectura barroca en Cantabria” en *Altamira: Revista del Centro de Estudios Montañeses*, Nº 48, pp. 113-142.
- ARAMBURU-ZABALA HIGUERA, M. A. 1989. “La arquitectura gótica en Cantabria entre el proyecto político y la realidad social” en ANÓNIMO. 1989. *El Fuero de Santander y su época: actas del Congreso conmemorativo de su VIII centenario*. Santander: Diputación Regional de Cantabria, pp. 335-348.
- ARAMBURU-ZABALA HIGUERA, M. A. 1994. “La huella de San Francisco en el Arte de Cantabria” en ALONSO DEL VAL, J. M., ARAMBURU-ZABALA HIGUERA, M.A. y SAZATORNIL RUIZ, L. *San Francisco, de convento a parroquia*. Santander: Ediciones Tantín, pp. 15-65.
- ARAMBURU-ZABALA HIGUERA, M. A. 1997. “De Colegiata a Catedral” en CASADO SOTO, J. L. (Ed.) *La Catedral de Santander, patrimonio monumental*. Santander: Fundación Marcelino Botín, pp. 129-198.
- ARAMBURU-ZABALA HIGUERA, M. A. 2001. *Casonas: casas, torres y palacios en Cantabria*. Santander: Fundación Marcelino Botín.
- ARAMBURU-ZABALA HIGUERA, M. A. y ALONSO RUIZ, B. 1994. *Santander: un puerto del Renacimiento*. Santander: Autoridad Portuaria de Santander.
- ARAMBURU-ZABALA HIGUERA, M. A. y LOSADA VAREA, C. 2012. “Las “restauraciones” después de la Guerra Civil” en ARAMBURU-ZABALA HIGUERA, M. A., LOSADA VAREA, C. y SAAVEDRA ARIAS, R. *Patrimonio destruido en Cantabria*. Santander: Ediciones de la Universidad de Cantabria, pp. 107-140.
- ARAMBURU-ZABALA HIGUERA, M. A. y LOSADA VAREA, C. 2012. “Patrimonio destruido en Cantabria (1808-1936)” en ARAMBURU-ZABALA HIGUERA, M. A., LOSADA VAREA, C. y SAAVEDRA ARIAS, R. *Patrimonio destruido en Cantabria*. Santander: Ediciones de la Universidad de Cantabria, pp. 15-48.
- ARAMBURU-ZABALA HIGUERA, M. A. y SOLDEVILLA ORIA, C. 2007. *Arquitectura de los indios en Cantabria (siglos XVI-XX): el patrimonio de la emigración trasatlántica*. Santander: Librería Estudio.
- ARAMBURU-ZABALA HIGUERA, M. A., LOSADA VAREA, C. y SAAVEDRA ARIAS, R. 2012. *Patrimonio destruido en Cantabria*. Santander: Ediciones de la Universidad de Cantabria.
- ARÍZAGA BOLUMBURU, B. 2002. “Villas: permanencias urbanas” en MOURE ROMANILLO, A. (Ed.) *Cantabria: Historia e instituciones*. Santander: Parlamento de Cantabria/Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cantabria, pp. 71-82.
- BARREDA Y FERRER DE LA VEGA, F. 1955. “El engrandecimiento de la ciudad y el Real Consulado Santanderino” en *Altamira: Revista del Centro de Estudios Montañeses*, Nº 1-3, pp. 243-287.
- BARRÓN GARCÍA, J. I. 1992. *La economía de Cantabria en la época de la Restauración (1875-1908)*. Santander: Concejalía de Cultura.
- BERMEJO LORENZO, C. 2005. *Las necrópolis de Santander: evolución histórica y análisis artístico*. Santander: Ayuntamiento de Santander.
- BIDAGOR LASARTE, P. 1968. “El siglo XIX” en GARCÍA Y BELLIDO, A., TORRES BALBÁS, L., CERVERA VERA, L., CHUECA GOITIA, F. y BIDAGOR LASARTE, P. *Resumen histórico del urbanismo en España*. Madrid: Instituto de Administración Local, pp. 254-287.
- BLASCO MARTÍNEZ, R. M. (Ed.) 1998. *Los libros de acuerdos municipales de Santander, siglo XVI*. Santander: Ayuntamiento de Santander.

- BLASCO MARTÍNEZ, R. M. (Ed.) 2002. *Los libros de acuerdos municipales de Santander, siglo XVII*. Santander: Ayuntamiento de Santander.
- BLASCO MARTÍNEZ, R. M. (Ed.) 2005. *Los libros de acuerdos municipales de Santander, 1701-1765*. Santander: Ayuntamiento de Santander.
- BLASCO MARTÍNEZ, R. M. (Ed.) 2006. *Los libros de acuerdos municipales de Santander, 1766-1785*. Santander: Ayuntamiento de Santander.
- BLASCO MARTÍNEZ, R. M. (Ed.) 2010. *Los libros de acuerdos municipales de Santander, 1786-1800*. Santander: Ayuntamiento de Santander.
- BOHIGAS ROLDÁN, R. 2003. “La arqueología de la Tardoantigüedad a la Alta Edad Media en las riberas de la Bahía de Santander” en FERNÁNDEZ IBÁÑEZ, C. y RUIZ COBO, J. (Eds.) *La Arqueología de la Bahía de Santander*. Santander: Fundación Marcelino Botín, tomo III, pp. 703-775.
- BORROW, G. 2001 (1843). *La Biblia en España: los viajes, aventuras y prisiones de un inglés en su intento de difundir las Escrituras por la Península Ibérica*. Barcelona: Ediciones B.
- CALDERÓN DE LA VARA, V. 1964. “El antiguo Castillo de la Villa o de San Felipe en Santander” en *Altamira: Revista del Centro de Estudios Montañeses*, N° 1-3, pp. 245-278.
- CÁMARA MUÑOZ, A. 1990. *Arquitectura y sociedad en el siglo de oro: idea, traza y edificio*. Madrid: El Arquero.
- CAMINO Y AGUIRRE, F. G. 1930. “Castillos y fortalezas de la villa de Santander” en *La Revista de Santander*, tomo II, N° 2, pp. 76-87.
- CAMINO Y AGUIRRE, F. G. 1930. “Castillos y fortalezas de Santander. El siglo XVI” en *La Revista de Santander*, tomo II, N° 4, pp. 145-159.
- CAMINO Y AGUIRRE, F. G. 1930. “Castillos y fortalezas de Santander. El castillo y los Escovedos” en *La Revista de Santander*, tomo II, N° 6, pp. 249-258.
- CAMINO Y AGUIRRE, F. G. 1948. “Descubrimiento de un monumento alusivo a la conquista de Sevilla” en *Altamira: Revista del Centro de Estudios Montañeses*, N° Extra 1 (Conmemoración del VII Centenario de la Conquista de Sevilla y de la Creación de la Marina Real de Castilla 1248-1948), pp. 104-107.
- CAMPUZANO RUIZ, E. 1985. *El gótico en Cantabria*. Santander: Librería Estudio.
- CASADO CIMIANO, P. y CRESPO LÓPEZ, M. 2007. *Isabel II y los inicios de Santander como ciudad de veraneo*. Torrelavega: Cantabria Tradicional D. L.
- CASADO SOTO, J. L. (Coord.) 1997. *La imagen de Cantabria en el Archivo de la Real Chancillería de Valladolid*. Santillana del Mar: Fundación Santillana.
- CASADO SOTO, J. L. (Ed.) 1997. *La Catedral de Santander, patrimonio monumental*. Santander: Fundación Marcelino Botín.
- CASADO SOTO, J. L. (et al.) 1979. *Cantabria a través de su historia: la crisis del siglo XVI*. Santander: Institución Cultural de Cantabria.
- CASADO SOTO, J. L. (Pr.) 1977. *Santander: historia gráfica, I: siglo XIX*. Santander: Joaquín Bedia.
- CASADO SOTO, J. L. 1976-1977. “Pescadores y linajes. Estratificación social y conflictos en la Villa de Santander (siglos XV y XVI)” en *Altamira: Revista del Centro de Estudios Montañeses*, N° 40, pp. 185-229.

- CASADO SOTO, J. L. 1979-1980. "Aproximación al perfil demográfico de la villa de Santander entre los siglos XIII y XVI" en *Altamira: Revista del Centro de Estudios Montañeses*, Nº 42, pp. 41-81.
- CASADO SOTO, J. L. 1979-1980. "El puerto de Santander, base naval en el Cantábrico de las Armadas de Felipe II y problemas derivados a la villa" en *Anuario del Instituto de Estudios Marítimos "Juan de la Cosa"*, III, pp. 217-228.
- CASADO SOTO, J. L. 1980. *Cantabria vista por viajeros de los siglos XVI y XVII*. Santander: Institución Cultural de Cantabria.
- CASADO SOTO, J. L. 1983-1986. "Reconstrucción de las Reales Atarazanas de Galeras de Santander" en *Anuario del Instituto de Estudios Marítimos "Juan de la Cosa"*, V, pp. 57-84.
- CASADO SOTO, J. L. 1985. "Santander: el caso de una villa de desarrollo urbano bajomedieval, paralizado en el siglo XVI" en *La España medieval*, Nº 6, pp. 641-670.
- CASADO SOTO, J. L. 1987-1988. "Algunas precisiones sobre la reconstrucción de las Reales Atarazanas de Galeras de Santander" en *Anuario del Instituto de Estudios Marítimos "Juan de la Cosa"*, VI, pp. 197-202.
- CASADO SOTO, J. L. 1990. *Santander: una villa marinera en el siglo XVI*. Santander: Librería Estudio.
- CASADO SOTO, J. L. 1993. "La catástrofe del Machichaco" en CASADO SOTO, J. L., SARABIA SOLANA, J. A. y SAZATORNIL RUIZ, L. *La catástrofe del Machichaco*. Santander: Autoridad Portuaria de Santander, pp. 17-109.
- CASADO SOTO, J. L. 1998. "Cantabria y Castilla vistas por un noble inglés en el siglo XVII" en *Altamira: Revista del Centro de Estudios Montañeses*, Nº 53, pp. 87-124.
- CASADO SOTO, J. L. 1998. *Santander y Cantabria en la conquista de Sevilla*. Santander: Ayuntamiento de Santander/Librería Estudio.
- CASADO SOTO, J. L. 1999. "La Bahía de Santander en la época romana" en IGLESIAS GIL, J. M. y MUÑIZ CASTRO, J. A. (Eds.) *Regio Cantabrorum*. Santander: Caja Cantabria, pp. 185-193.
- CASADO SOTO, J. L. 2001. *El incendio de Santander: febrero 1941*. Santander: [s. n.].
- CASADO SOTO, J. L. 2005. "De Portus Sancti Emetherii a Santander" en PÉREZ SÁNCHEZ, J. L. (Dir.) *Santander: historia de una ciudad*. Santander: Editorial Cantabria, pp. 74-113.
- CASADO SOTO, J. L. y GONZÁLEZ ECHEGARAY, J. 1995. *El puerto de Santander en la Cantabria romana*. Santander: Autoridad Portuaria de Santander.
- CASADO SOTO, J. L. y GONZÁLEZ ECHEGARAY, J. 1997. "Los edificios medievales" en CASADO SOTO, J. L. (Ed.) *La Catedral de Santander, patrimonio monumental*. Santander: Fundación Marcelino Botín, pp. 73-128.
- CASADO SOTO, J. L. y POLO SÁNCHEZ, J. J. 2002. *La Catedral de Santander: recuperación de un monumento olvidado*. Trabajo del Camino (León): Edilesa.
- CASADO SOTO, J. L., SARABIA SOLANA, J. A. y SAZATORNIL RUIZ, L. 1993. *La catástrofe del Machichaco*. Santander: Autoridad Portuaria de Santander.
- CASCÓN, M. 1952. "La historia del Colegio de la Compañía de Jesús, de Santander" en *Altamira: Revista del Centro de Estudios Montañeses*, Nº 1, pp. 3-26.

- CASTANEDO GALÁN, J. M., MUELA GUTIÉRREZ, R. y MUÑOZ RUBIO, M. 2004. *El ferrocarril en Cantabria: una visión*. Santander: Gobierno de Cantabria.
- CENDREDO UCEDA, A. y DÍAZ DE TERÁN, J. R. 1977. “Caracterización cuantitativa del desarrollo histórico del relleno de la Bahía de Santander; un proceso natural activado por el hombre” en *Revista de Obras Públicas*, Nº 3150, pp. 797-808.
- COFIÑO FERNÁNDEZ, I. 2004. *Arquitectura religiosa en Cantabria, 1685-1754: las Montañas Bajas del arzobispado de Burgos*. Santander: Universidad de Cantabria.
- CÓRDOVA Y OÑA, S. 1929. *Santander, su Catedral y sus obispos*. Santander: [s. n.].
- CRESPO LÓPEZ, M. 2014. *El Ateneo de Santander: una historia centenaria (1914-2014)*. Santander: Ediciones Tantín.
- CUESTA BEDOYA, J. 2000. “Creación de la diócesis de Santander” en MARURI VILLANUEVA, R. (Ed.) *La Iglesia en Cantabria*. Santander: Obispado de Santander, pp. 159-177.
- DE ASSAS, M. 1995 (1867). *Crónica de la provincia de Santander*. Santander: Librería Estudio.
- DE CÁCERES Y BLANCO, F. I. 2005. *Santander, una historia de vientos y mareas*. Santander: Librería Estudio.
- DE CASTRO, C. 1918. *Catálogo monumental y artístico de la provincia de Santander*. Inédito.
- DE ESCALANTE, A. 1999 (1871). *Costas y montañas*. Santander: Librería Estudio.
- DE LA DEHESA, A. 1884. *Apuntes para la historia del abastecimiento de aguas de Santander: dedicadas por el autor al Excmo. Ayuntamiento*. Santander: [s. n.].
- DE LA LASTRA VILLA, A. 1976. “De la arquitectura santanderina: el palacio de Riva-Herrera, desaparecido” en VV. AA. *XL Aniversario de la fundación del Centro de Estudios Montañeses*. Santander: Vol. 2, pp. 53-64.
- DE LA SIERRA, L. M. 1832. *Exposicion al Ilustre Ayuntamiento de Santander sobre las causas de insalubridad que contiene este pueblo, y medio de corregirlas*. Santander: [s. n.].
- DE LOS RÍOS Y FERNÁNDEZ VILLALTA, A. 1891. *España: sus monumentos y artes, su naturaleza e historia: Santander*. Barcelona: [s. n.].
- DE MEER LECHA-MARZO A. y MARTÍN LATORRE, E. 1995. “Creación y transformaciones de un espacio urbano: Santander, 1750-1990” en MONTESINO GONZÁLEZ, A. (Ed.) *Estudios sobre la sociedad tradicional cántabra: continuidades, cambios y procesos adaptativos*. Santander: Universidad de Cantabria/Asamblea Regional de Cantabria, pp. 205-231.
- DE PEREDA, J. M. 1977 (1884). *Sotileza*. Santander: Institución Cultural de Cantabria.
- DE PEREDA, J. M. 1985 (1896). *Pachín González*. Santander: Ayuntamiento de Santander.
- DE SETA, C. 1991. “Las murallas, símbolo de la ciudad” en DE SETA, C. y LE GOFF, J. (Eds.) *La ciudad y las murallas*. Madrid: Cátedra, pp. 21-66.
- DE SETA, C. y LE GOFF, J. (Eds.) 1991. *La ciudad y las murallas*. Madrid: Cátedra.
- DE SOLANO, R. 1930. “El ayer santanderino (continuación)” en *La Revista de Santander*, tomo I, Nº 5, pp. 216-227.

- DE SOLANO, R. 1930. “El ayer santanderino” en *La Revista de Santander*, tomo I, Nº 4, pp. 168-187.
- DE SOLANO, R. 1931. “El ayer santanderino (continuación): capítulo segundo. I Las Escuelas” en *La Revista de Santander*, tomo III, Nº 1, pp. 28-34.
- DE SOLANO, R. 1931. “El ayer santanderino (continuación): capítulo segundo. II Las Escuelas” en *La Revista de Santander*, tomo III, Nº 6, pp. 241-249.
- DE SOLANO, R. 1932. “El ayer santanderino (continuación): capítulo tercero. El instituto” en *La Revista de Santander*, tomo V, Nº 1, pp. 17-32.
- DEL CAMPO ECHEVERRÍA, A. 1924. *Breve reseña de la muy noble, siempre leal, decidida y siempre benéfica ciudad de Santander*. Santander: Est. Tip. de La Atalaya.
- DEL CAMPO ZABALETA, J. 1999. *Calles del Viejo Santander. Estampas peredianas a orillas del año 2000*. Santander: Librería Estudio.
- DEL RÍO DIESTRO, C. y GÓMEZ OCHOA, F. 1998. “La educación en el Santander de entresiglos” en AGENJO BULLÓN, XAVIER y SUÁREZ CORTINA, M. (Eds.) *Santander, fin de siglo*. Santander: Caja Cantabria, pp. 221-245.
- DELGADO VIÑAS, C. 2010. “Entre el puerto y la estación. La influencia de las infraestructuras de transporte en la morfología de las ciudades portuarias españolas (1848-1936)” en *Scripta Nova: Revista electrónica de geografía y ciencias sociales*, Nº 14.
- DELGADO VIÑAS, C., SAZATORNIL RUIZ, L. y RUEDA HERNANZ, G. (Eds.) 2009. *Historiografía sobre tipos y características históricas, artísticas y geográficas de las ciudades y pueblos de España*. Santander: TGD.
- ECHEVARRÍA ALONSO, M. J. 1995. *La actividad comercial del puerto de Santander en el siglo XVII*. Santander: Autoridad Portuaria de Santander.
- El emplazamiento del Apeadero de Viajeros del Ferrocarril de Santander á Bilbao en la Ciudad de Santander*. 1901. Bilbao: [s. n.].
- ESCAGEDO SALMÓN, M. 2003 (1919-1922). *Crónica de la provincia de Santander*. Santander: Librería Estudio.
- ESCUADERO SÁNCHEZ, M. E. 2005. “La élite santanderina en la Edad Moderna: la vivienda como símbolo del prestigio social” en *Trasdós: Revista del Museo de Bellas Artes de Santander*, Nº 7, pp. 91-109.
- ESCUADERO SÁNCHEZ, M. E. 2010. *Las Cuatro Villas de la Costa de la Mar: arquitectura y urbanismo en la Edad Moderna*. Santander: Ediciones de la Universidad de Cantabria.
- FERNÁNDEZ GONZÁLEZ, L. 2001. *Santander. Una ciudad medieval*. Santander: Librería Estudio.
- FERNÁNDEZ IBÁÑEZ, C. y RUIZ COBO, J. (Eds.) 2003. *La Arqueología de la Bahía de Santander*. Santander: Fundación Marcelino Botín.
- FERNÁNDEZ MARTÍN, L. 1997. “Notas históricas sobre el colegio de la compañía de Jesús de Santander” en *Altamira: Revista del Centro de Estudios Montañeses*, Nº 53, pp. 197-203.
- FORTEA PÉREZ, J. I. (Pr.) 1991. *Santander 1753: según las respuestas generales del catastro de Ensenada*. Madrid: Centro de Gestión Catastral y Cooperación Tributaria/Tabapress D. L.
- FRESNEDO DE LA CALZADA, J. 1923. “Santander en el siglo XVI” en *Arte Español*, VI, pp. 326-330.

- FRESNEDO DE LA CALZADA, J. 1923. *Del Santander antiguo. Los edificios públicos de la villa de San Emeterio*. Santander: Librería Moderna.
- FRESNEDO DE LA CALZADA, J. 1930. "Santander en el siglo XVIII" en *La Revista de Santander*, tomo I, Nº 2, pp. 49-55.
- FRESNEDO DE LA CALZADA, J. 1956. "Historia urbana de Santander" en CAMIROAGA DE LA VEGA, A. (Ed.) *Antología de escritores y artistas montañeses XLV*. Santander: La Moderna, pp. 3-64.
- GARCÍA DIEGO, P. 1958 (1793). *Primera guía de Santander*. Santander: Bedia Hermanos.
- GARCÍA Y BELLIDO, A., TORRES BALBÁS, L., CERVERA VERA, L., CHUECA GOITIA, F. y BIDAGOR LASARTE, P. 1968. *Resumen histórico del urbanismo en España*. Madrid: Instituto de Administración Local.
- GARCÍA-BARREDO ALONSO, V. 2004. *Santander. Valdecilla-Sardinero: un viaje por las imágenes de un siglo*. Santander: Librería Estudio.
- GIL DE ARRIBA, C. 1997. *Santander, guía geoliteraria*. Santander: Concejalía de Cultura de Ayuntamiento de Santander/Librería Estudio.
- GÓMEZ MARTÍNEZ, J. 2000. "La arquitectura medieval" en POLO SÁNCHEZ, J. J. (Ed.) *Catálogo del patrimonio cultural de Cantabria. Tomo III: Santander y su entorno*. Santander: Consejería de Cultura y Deporte, pp. 119-136.
- GÓMEZ OCHOA, F. (Ed.) 2011. *Santander: puerto, historia, territorio*. Santander: Ediciones de la Universidad de Cantabria/Autoridad Portuaria de Santander.
- GONZÁLEZ DE RIANCHO COLONGUES, A. 2001. *El linaje de los Riva-Herrera en la historia de Santander (siglos XVI al XX)*. Santander: Centro de Estudios Montañeses.
- GONZÁLEZ DE RIANCHO, J. 1960. "Consideraciones históricas sobre urbanismo y desarrollo urbanístico de Santander hasta el año 1934" en *Altamira: Revista del Centro de Estudios Montañeses*, Nº 1-2-3, pp. 265-285.
- GONZÁLEZ ECHEGARAY, J. 1951. "Estudio sobre Portus Victoriae" en *Altamira: Revista del Centro de Estudios Montañeses*, Nº 2-3, pp. 282-335.
- GONZÁLEZ ECHEGARAY, J. y CASADO SOTO, J. L. 2003. "El yacimiento arqueológico de la Catedral" en FERNÁNDEZ IBÁÑEZ, C. y RUIZ COBO, J. (Eds.) *La Arqueología de la Bahía de Santander*. Santander: Fundación Marcelino Botín, tomo II, pp. 451-511.
- GONZÁLEZ ECHEGARAY, J. y CASADO SOTO, J. L. 2003. *Santander hace 500 años: la peste y el voto de San Matías*. Santander: Ayuntamiento de Santander.
- GONZÁLEZ ECHEGARAY, M. C. 1989. "El cuartel de María Cristina" en *Altamira: Revista del Centro de Estudios Montañeses*, Nº 48, pp. 229-268.
- GONZÁLEZ ECHEGARAY, M. C. 2000. *En el corazón de Santander: fundación e historia de la Iglesia de la Compañía*. Santander: M. C. González.
- GONZÁLEZ ECHEGARAY, M. C. 2001. *Escudos de Cantabria. Tomo II: Asturias de Santillana I*. Santander: Librería Estudio, pp. 26-27.
- GONZÁLEZ ECHEGARAY, M. C. 2004. *Un mercado con cien años de historia, la Plaza de la Esperanza*. Santander: Asociación de Comerciantes del Mercado de la Esperanza.

- GONZÁLEZ ECHEGARAY, R. 1972. *Por más valer: 1er Centenario de la Junta del Puerto de Santander, 1872-1972*. Santander: Junta del Puerto.
- GONZÁLEZ RODRÍGUEZ, A. 2014. *El muelle del Cay de Santander*. Santander: Ediciones Tantín.
- Guía de arquitectura de Santander: 100 edificios en una bahía del norte*. 1996. Santander: Colegio Oficial de Arquitectos de Cantabria.
- GURIÉRREZ-COLOMER SÁNCHEZ, R. 1978. “Primeros tranvías que circularon por las calles de la ciudad de Santander” en *Altamira: Revista del Centro de Estudios Montañeses*, Nº 41, pp. 245-271.
- GUTIÉRREZ-COLOMER SÁNCHEZ, R. 2010. *Santander: 1875-1930*. Santander: Ediciones La Bahía.
- HERNÁNDEZ MORALES, Á. 1958. *La cripta de la Catedral de Santander*. Santander: Colegio Oficial de Arquitectos.
- HERNANDO, J. 1989. *Arquitectura en España, 1770-1900*. Madrid: Cátedra.
- HOYO APARICIO, A. 1988. *Ferrocarriles y banca: la crisis de la década de 1860 en Santander*. Santander: Cámara Oficial de Comercio, Industria y Navegación de Cantabria.
- HOYO APARICIO, A. 1993. *Todo mudó de repente: el horizonte económico de la burguesía mercantil en Santander, 1820-1874*. Santander: Universidad de Cantabria/Asamblea Regional de Cantabria.
- HOZ TEJA, J. 1951. “La capilla de Escalante en la Catedral” en *Altamira: Revista del Centro de Estudios Montañeses*, Nº 2-3, pp. 206-213.
- IGLESIAS GIL, J. M. 2005. “Santander y Roma” en PÉREZ SÁNCHEZ, J. L. (Dir.) *Santander: historia de una ciudad*. Santander: Editorial Cantabria, pp. 46-73.
- IGLESIAS GIL, J. M. 2011 “Usos portuarios de la Bahía de Santander en época romana” en GÓMEZ OCHOA, F. (Ed.) *Santander: puerto, historia, territorio*. Santander: Ediciones de la Universidad de Cantabria/Autoridad Portuaria de Santander, pp. 63-92.
- JADO CANALES, A. 1954. “El Castillo de San Felipe” en *Altamira: Revista del Centro de Estudios Montañeses*, Nº 1-3, pp. 57-78.
- JAR TORRE, L. 2011. *Un desastre a la española: la explosión del vapor Cabo Machichaco*. Santander: Creática.
- La escultura funeraria en la Montaña*. 1934. Santander: [s. n.].
- LANZA GARCÍA, R. 2005. “Crecimiento demográfico y transición urbana: el caso de la ciudad de Santander, 1752-1930” en *Investigaciones históricas: Época moderna y contemporánea*, Nº 25, pp. 117-160.
- LASHERAS PEÑA, A. B. 2001. “El Monumento a Pedro Velarde en Santander, 1880” en *Trasdós: Revista del Museo de Bellas Artes de Santander*, Nº 3, pp. 99-117.
- LIMORTI GARCÍA, C. (Coord.) 2010. *100 X 100 puerto: cien imágenes de un siglo de actividad portuaria: 1900-2000*. Santander: Autoridad Portuaria de Santander.
- LLANO DÍAZ, Á. 2002. “Apuntes para una historia de las escuelas públicas santanderinas (1923-1937)” en *Altamira: Revista del Centro de Estudios Montañeses*, Nº 59, pp. 7-70.
- LLANO DÍAZ, Á. 2004. “La enseñanza privada no congregacionista en Santander (1902-1909)” en *Altamira: Revista del Centro de Estudios Montañeses*, Nº 65, pp. 267-302.

- Lo admirable de Santander*. 1935. Bilbao: Arte Luis Santos y Cía.
- LODOS, F. 1955. "La creación del Obispado de Santander" en *Altamira: Revista del Centro de Estudios Montañeses*, N° 1-3, pp. 109-242.
- LÓPEZ GARCÍA, D. 2000. *Cinco siglos de viajes por Santander y Cantabria*. Santander: Concejalía de Cultura del Ayuntamiento de Santander.
- LOSADA VAREA, C. 2007. *La arquitectura en el otoño del Renacimiento: Juan de Naveda (1590-1638)*. Santander: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cantabria.
- MADARIAGA DE LA CAMPA, B. (Pr.) 2010. *Santander vista por los ilustradores del siglo XIX: colección Pedro Casado Cimiano*. [S. l.]: Cantabria Tradicional.
- MADARIAGA DE LA CAMPA, B. 1971. *El Instituto de Santander: estudios y documentos*. Santander: Institución Cultural de Cantabria.
- MADARIAGA DE LA CAMPA, B. 1984. *La vida en Santander a mediados del siglo XIX; con un informe del arquitecto Manuel Gutiérrez sobre el proyecto de reforma y ampliación de la ciudad*. Santander: Ediciones Tantín.
- MADOZ IBÁÑEZ, P. 1984. (1845-1850). *Diccionario geográfico-estadístico-histórico*. Santander. Santander: Librería Estudio.
- MAISO GONZÁLEZ, J. 1990. *La difícil modernización de Cantabria en el siglo XVIII: D. Juan F. de Isla y Alvear*. Santander: Concejalía de Cultura/Librería Estudio.
- MARTÍN GUTIÉRREZ, C. 2003. "Las estelas medievales de la Bahía de Santander" en FERNÁNDEZ IBÁÑEZ, C. y RUIZ COBO, J. (Eds.) *La Arqueología de la Bahía de Santander*. Santander: Fundación Marcelino Botín, tomo III, pp. 823-846.
- MARTÍN LATORRE, E. (Dir.) 1998. *La memoria del territorio: atlas histórico de Santander y su puerto*. Santander: Autoridad Portuaria de Santander.
- MARTÍNEZ GUITIÁN, L. 1950. *La Villa y la Ciudad de Santander en el siglo XVIII*. Madrid: Gráf. Uguina.
- MARTÍNEZ VARA, T. 1983. *Santander de villa a ciudad: un siglo de esplendor y crisis*. Santander: Delegación de Cultura del Ayuntamiento de Santander.
- MARURI VILLANUEVA, R. (Ed.) 2000. *La Iglesia en Cantabria*. Santander: Obispado de Santander.
- MARURI VILLANUEVA, R. 1990. *La burguesía mercantil santanderina 1700-1850: cambio social y de mentalidad*. Santander: Universidad de Cantabria.
- MAZA SOLANO, T. 1955. "Cuando Santander era una Villa" en *Altamira: Revista del Centro de Estudios Montañeses*, N° 1-3, pp. 36-82.
- MEER LECHA-MARZO, A., CESTEROS SEDANO, M. y SIERRA ÁLVAREZ, I. 1984. "Incendio y transformaciones urbanas. Santander 1941-1955" en *Ciudad y Territorio*, N° 62, pp. 35-52.
- MENÉNDEZ PELAYO, M. 1930. "El grabado de Santander de la obra de Braun y sus reproducciones" en *La Revista de Santander*, tomo I, N° 1, pp. 4-13.
- MONTERO VALLEJO, M., DE TERÁN, F. y LOZANO BARTOLOZZI, M. M. 1996-2011. *Historia del urbanismo en España*. Madrid: Cátedra.

- MOURE ROMANILLO, A. (Ed.) 2002. *Cantabria: Historia e instituciones*. Santander: Parlamento de Cantabria/Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cantabria.
- MUÑOZ JIMÉNEZ, J. M. 1981-1982. “Fortificaciones medievales de la costa de Cantabria: la situación a fines del siglo XV” en *Altamira: Revista del Centro de Estudios Montañeses*, Nº 43, pp. 25-55.
- MUÑOZ JIMÉNEZ, J. M. 1985. “Juan de Naveda y la arquitectura del manierismo clasicista en la villa de Santander (1600-1630)” en *Altamira: Revista del Centro de Estudios Montañeses*, Nº 45, pp. 189-210.
- MUÑOZ JIMÉNEZ, J. M. 1993. *Torres y castillos de la Cantabria medieval*. Santander: Ediciones Tantín.
- NAVASCUÉS PALACIO, P. y AGUILAR, I. 1980. “Introducción a la arquitectura de las estaciones en España” en ANÓNIMO. *El mundo de las estaciones*. Madrid: Dirección General de Bellas Artes, Archivos y Bibliotecas.
- Noticia circunstanciada de la explosión del vapor “Cabo Machichaco” ocurrida en Santander el 3 de noviembre de 1893*. 1894. Santander: [s. n.].
- ORDIERES DÍEZ, M. I. 1986. *Joaquín Rucoba: arquitecto (1844-1919)*. Santander: Ediciones Tantín.
- ORTEGA VALCÁRCCEL, J. 1986. *Cantabria 1886-1986: formación y desarrollo de una economía moderna*. Santander: Librería Estudio.
- ORTIZ DE LA TORRE, E. 1926. *La Montaña artística. Arquitectura religiosa*. Madrid: Espasa-Calpe.
- ORTIZ DE LA TORRE, E. 1927. *La Montaña artística. Arquitectura civil*. Santander: Diputación Provincial.
- PALACIO ATARD, V. 1960. *El comercio de Castilla y el puerto de Santander en el siglo XVIII: notas para su estudio*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- PALACIO RAMOS, R. 2005. *Por mejor servir al rey: el entramado defensivo de Santander (siglos XVI a XIX)*. Santander: Ayuntamiento de Santander.
- PALACIO RAMOS, R. 2008. “Historia y avatares del monumento erigido a Pedro Velarde en Santander” en *Altamira: Revista del Centro de Estudios Montañeses*, Nº 76, pp. 33-60.
- PEREDA DE LA REGUERA, M. 1953. *Juan de Nates*. Santander: Librería Moderna.
- PEREDA DE LA REGUERA, M. 1954. “Miscelánea histórico-artística” en *Altamira: Revista del Centro de Estudios Montañeses*, Nº 1-3, pp. 137-176.
- PÉREZ DEL MOLINO, R. 1887. *Segundos apuntes sobre las mejoras que en general debieran realizarse en Santander y sus inmediaciones*. Santander: [s. n.].
- PÉREZ SÁNCHEZ, J. L. (Dir.) 2005. *Santander: historia de una ciudad*. Santander: Editorial Cantabria.
- PÉREZ-BUSTAMANTE GONZÁLEZ DE LA VEGA, R. 1974. “La reforma y el mantenimiento económico del monasterio de Santa Clara en la Villa de Santander en el siglo XV” en *Altamira: Revista del Centro de Estudio Montañeses*, Nº 2, pp. 11-26.
- Plan Extraordinario de Obras Municipales: construcción de escuelas, palacio municipal y mercados: empréstito de dos millones trescientas setenta mil pesetas: 1896-1898*. 1898. Santander: Imprenta de Blanchard y Arce.
- POLO SÁNCHEZ, J. J. (Ed.) 2000. *Catálogo del patrimonio cultural de Cantabria. Tomo III: Santander y su entorno*. Santander: Consejería de Cultura y Deporte.

- PORRAS GIL, C. 1995. *La organización defensiva española en los siglos XVI y XVII desde el río Eo hasta el Valle de Arán*. Valladolid: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Valladolid.
- POZUETA ECHÁVARRI, J. (Dir.) 1985. *Santander, el puerto y su historia: bicentenario del Consulado del Mar*. Santander: Junta del Puerto.
- PUNTE FERNÁNDEZ, J. M. 2011. *Santander bajo las bombas: bombardeos y refugios antiaéreos en el Santander republicano (julio 1936-agosto 1937)*. Santander: Librucos D. L.
- QUIRÓS LINARES, F. 1991. *Las ciudades españolas a mediados del siglo XIX*. Valladolid: Ámbito.
- REGUERA SEVILLA, J. 1950. *El tratamiento jurídico de una catástrofe: problemas de derecho público y privado en la reconstrucción de Santander*. Santander: Universidad Internacional Menéndez Pelayo.
- REVUELTA GONZÁLEZ, M. 1984-1991. *La Compañía de Jesús en la España Contemporánea*. Madrid: Universidad Pontificia Comillas.
- RIANCHO FRANCOS, G. G. 2006. *Santander. Las imágenes y su historia: lo que cuentan las postales*. Santander: Librería Estudio.
- RIEGO AMÉZAGA, B. (Ed.) 1987. *Cien años de Cantabria a través de sus fotografías*. Barcelona: Lunwerg.
- RIEGO AMÉZAGA, B. y ALONSO LAZA, M. 1994. *El espejo constante: memoria fotográfica de Santander y su puerto 1861-1950*. Santander: Autoridad Portuaria de Santander.
- RINCÓN GARCÍA, W. 1988. *Ayuntamientos de España*. Madrid: Espasa-Calpe.
- RODRÍGUEZ ALCALDE, L. 1991. *Crónica del veraneo regio*. Santander: Librería Estudio.
- RODRÍGUEZ LLERA, R. 1980. *La reconstrucción urbana de Santander: 1941-1950*. Santander: Institución Cultural de Cantabria.
- RODRÍGUEZ LLERA, R. 1987. *Arquitectura regionalista y de lo pintoresco en Santander (1900-1950)*. Santander: Colegio Oficial de Arquitectos de Cantabria/Ayuntamiento de Santander.
- RODRÍGUEZ LLERA, R. 2003. *Pecios de arquitectura santanderina*. Valladolid: Secretariado de Publicaciones e Intercambio Editorial de la Universidad de Valladolid.
- SAINZ, E. y SANTOVEÑA, A. 2007. *Cien años con nosotros 1907-2007: el nuevo Ayuntamiento de Santander; notas históricas para un centenario*. Santander: Ayuntamiento de Santander.
- SAMBRICIO Y RIVERA-ECHEGARAY, C. 1986. *La arquitectura española de la Ilustración*. Madrid: Consejo Superior de los Colegios de Arquitectos de España/Instituto de Estudios de Administración.
- SAN JOSÉ MEDIAVILLA, Á. y CRESPO LÓPEZ, M. 2004. *Aquellos días: Cantabria a través de Antonio Mediavilla y otros fotógrafos de su tiempo (1890-1936)*. Santander: Cantabria en Imagen.
- SÁNCHEZ GÓMEZ, M. A. 1994. *La desamortización en Cantabria durante el siglo XIX (1800-1889)*. Torrelavega: Ayuntamiento de Torrelavega.
- SÁNCHEZ GONZÁLEZ, F. 1949-1950. *La vida en Santander: hechos y figuras (50 años-1900-1949)*. Santander: [s. n.].
- SANTOS Y GANGES, L. 2011. *Urbanismo y ferrocarril: la construcción del espacio ferroviario en las ciudades medias españolas*. Madrid: Fundación de los Ferrocarriles Españoles.

- SANZ MARTÍNEZ, J. ca. 1917. *Santander: cuevas prehistóricas, monumentos, palacios señoriales, casas solariegas, castillos, arte antiguo, etc.* Madrid: V. H. de Sanz Calleja.
- SARABIA ROGINA, P. 2003. “Estudio de las estructuras arqueológicas localizadas en el solar del Cine Coliseum (Santander)” en FERNÁNDEZ IBÁÑEZ, C. y RUIZ COBO, J. (Eds.) *La Arqueología de la Bahía de Santander*. Santander: Fundación Marcelino Botín, tomo III, pp. 865-879.
- SAZATORNIL RUIZ, L. 1992. *Antonio de Zabaleta (1803-1864): la renovación romántica de la arquitectura española*. Santander: Ediciones Tantín.
- SAZATORNIL RUIZ, L. 1993. “La ciudad de Santander después del Machichaco” en CASADO SOTO, J. L., SARABIA SOLANA, J. A. y SAZATORNIL RUIZ, L. *La catástrofe del Machichaco*. Santander: Autoridad Portuaria de Santander, pp. 111-135.
- SAZATORNIL RUIZ, L. 1994. “La parroquia de San Francisco: El nuevo templo y su entorno urbano en el Santander contemporáneo” en ALONSO DEL VAL, J. M., ARAMBURU-ZABALA HIGUERA, M.A. y SAZATORNIL RUIZ, L. *San Francisco, de convento a parroquia*. Santander: Ediciones Tantín, pp. 99-152.
- SAZATORNIL RUIZ, L. 1996. *Arquitectura y desarrollo urbano de Cantabria en el siglo XIX*. Santander: Universidad de Cantabria/Colegio Oficial de Arquitectos de Cantabria/Fundación Marcelino Botín.
- SAZATORNIL RUIZ, L. 1998. “Del Machichaco a la Magdalena. Arquitectura y urbanismo para un fin de siglo, 1893-1913” en AGENJO BULLÓN, XAVIER y SUÁREZ CORTINA, M. (Eds.) *Santander, fin de siglo*. Santander: Caja Cantabria, pp. 405-427.
- SAZATORNIL RUIZ, L. 1999. “Entre la nostalgia y el progreso: la sociedad burguesa y las artes” en SUÁREZ CORTINA, M. (Ed.) *La cultura española en la Restauración: I Encuentro de Historia de la Restauración*. Santander: Sociedad Menéndez Pelayo, pp. 223-262.
- SAZATORNIL RUIZ, L. 2000. “Arquitectura y urbanismo desde el Romanticismo a la Posguerra” en POLO SÁNCHEZ, J. J. (Ed.) *Catálogo del patrimonio cultural de Cantabria. Tomo III: Santander y su entorno*. Santander: Consejería de Cultura y Deporte, pp. 219-335.
- SAZATORNIL RUIZ, L. 2000. “Santander. La ciudad burguesa y las artes en torno al fin de siglo” en SUÁREZ CORTINA, M. (Ed.) *Santander hace un siglo*. Santander: Universidad de Cantabria, pp. 132-189.
- SAZATORNIL RUIZ, L. 2013. “La arquitectura regionalista montañesa: vestir con el ropaje antiguo las necesidades modernas” en VILLAR MOVELLÁN, A. y LÓPEZ GIMÉNEZ, C. M. (Eds.) *Arquitectura y regionalismo*. Córdoba: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Córdoba, pp. 149-184.
- SAZATORNIL RUIZ, L., ALONSO RUIZ, B. y MARTÍN HUÉSCAR, A. 1995. *Vistas y visiones: imagen artística de Santander y su Puerto: 1575-1950*. Santander: Autoridad Portuaria de Santander.
- SIMÓN CABARGA, J. 1950. *Las Reales Atarazanas de Santander*. Santander: Comisión de Cultura del Excmo. Ayuntamiento de Santander.
- SIMÓN CABARGA, J. 1955. “Perfil histórico-anecdótico de la ciudad” en *Altamira: Revista del Centro de Estudios Montañeses*, N° 1-3, 1955, pp. 83-108.
- SIMÓN CABARGA, J. 1963. *Historia del Ateneo de Santander*. Madrid: Editora Nacional.
- SIMÓN CABARGA, J. 1964. *Retablo santanderino*. Santander: Ayuntamiento.

- SIMÓN CABARGA, J. 1972. *Santander en el siglo de los pronunciamientos y las guerras civiles*. Santander: Institución Cultural de Cantabria.
- SIMÓN CABARGA, J. 1979. *Biografía de una ciudad*. Santander: Librería Estudio.
- SIMÓN CABARGA, J. 1980. *Santander en la historia de sus calles*. Santander: Institución Cultural de Cantabria.
- SIMÓN CABARGA, J. 1981. *Santander. Sidón Ibera*. Santander: Librería Estudio.
- SIMÓN CABARGA, J. 1982. *Evocación de la Vieja Puebla*. Santander: Librería Estudio.
- SIMÓN CABARGA, J. 2010. “El teatro en Santander: antecedentes e historia del Teatro Principal” en *Altamira: Revista del Centro de Estudios Montañeses*, Nº 79, pp. 449-472.
- Solicitud del Excmo. Ayuntamiento pidiendo los terrenos sobrantes del relleno de la dársena de la Ribera, é informes sobre el emplazamiento definitivo de la estación del ferrocarril de Santander á Bilbao*. 1901. Santander: [s. n.].
- SOLÓRZANO TELECHEA, J. Á. 2002. *Santander en la Edad Media: patrimonio, parentesco y poder*. Santander: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cantabria.
- SUÁREZ CORTINA, M. (Ed.) 2000. *Santander hace un siglo*. Santander: Universidad de Cantabria.
- TOCA, S. 1941. *Santander en llamas: así ocurrió la catástrofe*. San Sebastián: Gráficas Fides.
- VALLEJO DEL CAMPO, J. A. 1983. *Apuntes históricos del Santander Alfonsino, 1876-1931*. [S. l.]: [s. n.].
- VAQUERIZO GIL, M. 1989. “La desamortización del convento de San Francisco de Santander” en *Altamira: Revista del Centro de Estudios Montañeses*, Nº 46, pp. 209-228.
- VARELA MARCOS, J. 1991. *El inicio del comercio castellano con América a través del puerto de Santander (1765-1785)*. Valladolid: Diputación Provincial.
- VILLAR MOVELLÁN, A. y LÓPEZ GIMÉNEZ, C. M. (Eds.) 2013. *Arquitectura y regionalismo*. Córdoba: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Córdoba.
- VILLAR PARDO, L. 1990. *Monumentos de Santander: estatuas, placas y motivos ornamentales*. Santander: Librería Estudio.
- VILLEGAS LÓPEZ, R. y RODRÍGUEZ GUTIÉRREZ, B. 2013. *La visión de Cantabria en el “Semanao Pintoresco Español” (1836-1857)*. Torrelavega: Librucos.
- WÜNSCH CANTERO, E., WÜNSCH CANTERO, A. y FERNÁNDEZ SOBREMAZAS, A. 2006. *Wünsch, pasión por la fotografía*. Santander: Creática D. L.